

Locura de fin de semana

Suerte en las cartas, desgraciada en el amor.

Para Savannah la vida había sido siempre así. Y ella sabía que debía haberse detenido, mientras aún era tiempo.

Esa noche, en la reunión, se le habían subido a la cabeza el vino y esa suerte que no parecía abandonarla nunca. Ganar y ganar. Hasta que el final, ella arriesgó todo. Apostó muy alto y perdió... La apuesta era pasar un fin de semana con Cord Harding.

Cord era esbelto y hermoso, espaldas anchas y un indomable cabello rojo. Además, Cord era un hombre con voluntad de acero. Él no sabía lo que era perder. Y, naturalmente, estaba decidido a cobrar sus ganancias.

CAPÍTULO 1

Savannah Emery advirtió su presencia no bien él entró en la habitación. Todos la advirtieron. No se trataba sólo de su tamaño, aunque el metro noventa de estatura y los hombros macizos de Cordell Harding lo hacían fácilmente reconocible en una multitud.

Tampoco se trataba de su cabello, de un brillante castaño rojizo y una abundancia sorprendente. Se debía al hecho de que era el jefe y todos los presentes en la fiesta de Mel North esa noche trabajaban para él, incluso Savannah. Al oír el murmullo de saludos corteses y bromas de oficina, tuvo la seguridad de que Cord Harding cruzaba la habitación en dirección a ella. Con casual deliberación, barajó una vez más los naipes, inclinó la cabeza de cabello oscuro elegantemente atado y envolvió en su característica sonrisa a quienes se hallaban alrededor de la mesa. Debido a la escasa iluminación que Mel había dispuesto para la habitación, poca gente notó que esa noche la sonrisa no se reflejaba en los ojos casi dorados de Savannah. Y aquellos que lo notaron eran demasiado corteses y compasivos como para decir algo al respecto.

—Si me disculpan —dijo con gentileza a los demás jugadores—, voy a tomarme un descanso. Continúen sin mí.

Por el rabillo del ojo, vio que Harding se dirigía directamente a la mesa de juego. Ella deseaba salir de allí, y pronto.

—No puedes abandonar ahora, Savannah —protestó George Streeter, con una burlona expresión apenada en su rostro infantil—. ¡Has ganado casi todas las fichas!
—Sobrevino entonces un coro de súplicas risueñas que la instaban a continuar.

—Pero siempre pensé que el mejor momento para abandonar era cuando se estaba ganando —comentó Savannah con inocencia, mientras se ponía de pie con un movimiento grácil.

Su alta figura, elegante y proporcionada, se movió con delicadeza instintiva. Si alguien hubiera comentado acerca de su encanto, ella habría reído con cierto pesar, explicando que cualquier mujer con casi un metro ochenta de estatura y apariencia de valquiria, tenía que desarrollar algunas características compensadoras.

—Tienes que darnos una oportunidad para recuperar nuestras fortunas —se lamentó alguien, señalando la enorme pila de fichas acumulada frente al asiento de Savannah.

La sonrisa de ella se ensanchó y Savannah se inclinó para empujar las fichas hasta formar una desordenada pila en el medio de la mesa.

—Ya que ninguno de estos grandes ricachones ha respaldado estas fichas ni con un centavo, puedo darme el lujo de ser generosa y renunciar a todo el montón.

—Está bien —rió George, mientras comenzaba a repartir los apuntadores plásticos entre los otros—. Creo que podría ser divertido que alguien más tuviera la oportunidad de ganar. Debo decir que esta noche tu suerte ha sido extraordinaria, Savannah. Si se mantiene así, te convendría probar en Las Vegas.

—Ya sabes lo que dicen —interrumpió una mujer algo borracha desde el otro lado de la mesa—. "Afortunada en el juego..."

Hubo un instante de incómodo silencio, ya que primero la mujer y luego los demás jugadores advirtieron lo que se acababa de decir. Savannah percibió la tensión del grupo y deliberadamente emitió una risita.

—"Desafortunada en el amor" —dijo, completando así la trillada frase—. Ustedes pueden creer eso si los hace sentir mejor. Yo en cambio, me aferro a mi versión; cualquier suerte que haya podido tener esta noche es el resultado de habilidad mental superior.

Hubo una carcajada general; los jugadores se relajaron y Savannah aprovechó para retirarse. Se deslizó a través de la multitud de compañeros de trabajo que estaban dispersos por toda la habitación y se dirigió al bar que Mel había instalado en un rincón.

En algún lugar de la reunión, conversando con la gente, se encontraban muy juntos Jeff Painter y Alison Sayer, la pareja cuyo compromiso había servido de excusa para que Mel diera una de sus famosas fiestas. Savannah contuvo el impulso de buscarlos una vez más con una mirada amarga. No se puede perder lo que nunca se tuvo, se dijo a sí misma por centésima vez, y trató de no pensar en que había estado muy cerca de tener a Jeff Painter para ella. Si sólo hubiera tenido más tiempo... Pero el tiempo era algo que le había sido negado, gracias a las arbitrarias decisiones de Cord Harding. No era justo culpar a su jefe por el inesperado traslado de Jeff a la costa de San Diego el mes anterior, pero en su rencoroso estado de ánimo actual, Savannah sentía deseos de hacerlo.

El bar estaba provisto de una amplia variedad de bebidas y licores. A Mel le

encantaba dar fiestas de primera categoría. Savannah se sirvió otro vaso del vino de California que había estado bebiendo y a pesar de que su sentido común le advertía que tuviera cuidado porque todavía no había comido, bebió un enorme trago. Este sería su último vaso, decidió con firmeza. Sin embargo, prefería que la recordaran por haberse emborrachado en la fiesta y no por estallar en amargos sollozos o hacer un escándalo.

—Entiendo que abandonó la mesa de juego siendo la ganadora indiscutible de la noche —dijo una profunda voz masculina detrás de ella.

Savannah se volvió, sorprendida y se enfrentó con la última persona con quien deseaba hablar esa noche. Un par de ojos verdosos, despiadadamente perceptivos, dominaban los duros rasgos de Cord Harding. Pómulos salientes, mentón decidido y líneas que reflejaban sus treinta y siete años de arduo trabajo se unían para formar un rostro que nadie en su sano juicio podía describir como apuesto, ya que la belleza implicaba una superficialidad totalmente ausente en este hombre. Y la salvaje sonrisa con que ahora la observaba nada podía hacer para suavizar su evidente masculinidad.

—El término "ganador" puede ser relativo —dijo ella con tono cortés y evasivo.

Por encima de uno de los anchos hombros de Harding, echó una indolente mirada hacia el resto de la habitación. A los veintiocho años, Savannah había desarrollado un aire casual de majestuosidad que armonizaban a la perfección con su rostro y figura. Podía ser muy evasiva cuando quería. Los contornos de su rostro eran femeninos, pero no suaves. Nadie cometía el error de llamarla hermosa, pero llamativa era una palabra que muchos encontraban apropiada. Y cuando sonreía, la mayoría de la gente la describía como encantadora. Era esta sonrisa lo que con facilidad anulaba el efecto altanero.

—No estoy de acuerdo —dijo Cord sin inmutarse, moviéndose sólo lo suficiente como para interceptarle la visión del lugar, repleto de compañeros de trabajo vestidos en el informal estilo de la Costa Oeste—. Un ganador es alguien que obtiene lo que quiere. Así de simple.

—Usted debería saberlo, señor Harding —replicó ella con burlona modestia, mirándolo a los ojos por encima del vaso—. Por lo general, usted parece obtener lo que desea. No hay duda de que le ha ido muy bien: posee su propia empresa de construcción y la ha convertido en un éxito antes de llegar a los cuarenta años.

Muy bien, dijo para sus adentros, recordando los chismes que lo describían como el típico hombre que había logrado el éxito gracias a su propio esfuerzo. Había comenzado trabajando en la construcción antes de terminar el secundario, para luego asistir a la universidad nocturna y obtener así el título de ingeniero con especialización en comercio. Después de eso, nada había podido detenerlo. Dos meses atrás había trasladado la sede central desde la oficina de San Diego hasta la Costa Mesa, donde trabajaba Savannah.

Fue entonces cuando se conocieron. Debido a su trabajo en el departamento de personal, ella había tenido que enfrentarlo dos o tres veces hasta la fecha y él no había podido menos que reconocer su capacidad profesional.

—Gracias —murmuró él con voz suave, mientras que con sus ojos verdosos la observaba con atención.

Savannah sabía lo que él buscaba y no iba a darle la satisfacción de encontrarlo. Era lo mismo que otra gente en la habitación había intentado averiguar y Savannah deseó que la firma fuera mucho más grande e impersonal. Nadie, se dijo a sí misma con vehemencia, llegaría a saber cuan fastidiada y dolida estaba.

—El único problema de recibir un elogio de su parte es que nunca se puede estar seguro de si es sincero o sólo forma parte de ese lenguaje superficial y cortés que ha recogido a lo largo de su carrera como encargada de personal —continuó Cord pensativo, mientras tomaba un vaso para servirse un trago fuerte.

Savannah levantó una ceja con aire indiferente.

—Usted me sorprende —dijo con sequedad, mientras lo observaba dejar la botella y apoyar su enorme cuerpo contra el bar. A pesar de la estatura de Savannah, Cord era bastante más alto y su proximidad la inquietaba. Instintivamente quiso alejarse, pero era demasiado orgullosa como para revelar su perturbación—. Hubiera jurado que con su infalible instinto para los negocios y la gente, usted ya habría aprendido a detectar la verdad.

—Caramba, esta conversación se está tornando muy personal de pronto ¿no cree? —comentó él con un significativo brillo en los ojos.

—No por culpa mía —le informó Savannah con altivez y desvió la mirada para ocultar el leve rubor que le subía por las mejillas.

—No me molesta —le dijo él con suavidad y ella sintió que la observaba

—Mis años de experiencia con el personal me dicen que es sumamente imprudente que el jefe mantenga conversaciones íntimas con sus empleados —replicó ella.

Por desgracia, en su esfuerzo por no mirarlo, sus ojos habían buscado espontáneamente a Jeff y Alison al otro extremo de la habitación. Esta visión no mejoró en absoluto su estado de ánimo. La oscura cabeza de Jeff se inclinaba con intimidad sobre la de Alison. Su aire protector hirió a Savannah íntimamente. Jeff nunca había adoptado esa actitud hacia ella, pero quizá era más fácil para un hombre sentirse protector hacia alguien pequeño y delicado como Alison...

—Y mis años de experiencia como hombre me dicen que una conversación íntima es la mejor forma de introducir una invitación a cenar —dijo él.

Savannah volvió bruscamente la cabeza y frunció el ceño con fastidio.

—Ya le dije en dos oportunidades que no estoy interesada, señor Harding —le recordó con aspereza.

—Déjeme ver —dijo él lenta y pensativamente—. La primera vez usted acababa de reprenderme por no prestar debida atención al club de empleados. Le pregunté si quería continuar la discusión durante la cena y casi me arranca la cabeza.

—Ya tenía otro compromiso esa noche —le aclaró ella, recordando que había interpretado esa invitación como signo de que él no tomaba en serio el problema del personal.

—Eso averigüé. Con el galante señor Painter.

Un par de semanas más tarde, Painter fue trasladado a San Diego...

—¡Usted hizo que lo trasladaran! —exclamó Savannah con sarcasmo, sin poder contenerse.

Enseguida deseó no haber abierto la boca.

—Soy un hombre de negocios, Savannah —la reprendió él—. No creerá que he llegado a ser lo que soy tomando decisiones tales como trasladar a un hombre sólo porque está saliendo con una mujer a la que me gustaría invitar a cenar.

—¡Claro que no! —afirmó ella, avergonzada.

Era verdad. Un hombre como Cord Harding separaría los negocios de su vida privada. No se llega al éxito combinándolos.

—No quise decir que lo había hecho por... por razones personales.

Pero el resultado final era el mismo, agregó para sus adentros, y Cord lo sabía. Ya todos en la habitación lo sabían.

—Él no le hubiera convenido en absoluto, Savannah —afirmó Cord de repente, con esa voz profunda y grave que siempre lograba atraer la atención de quienes lo escuchaban.

Su actitud, sin duda, era la de un conocedor del mundo que aconsejaba a una mujer demasiado impulsiva y Savannah sintió deseos de gritar.

—No tengo intención de discutir mi vida privada con usted, señor Harding.

—Ya veo —murmuró él—. Si prometo no mencionar más a Jeff Painter en toda la noche ¿acepta cenar conmigo?

—No estoy de muy buen humor esta noche. Sería una pésima compañía —replicó Savannah.

—Me arriesgo.

Ella ya estaba perdiendo la paciencia. Lo miró a los ojos con una frialdad que en realidad no sentía y en las profundidades verdes vio justo lo que había sospechado.

Cord Harding estaba tanteando el terreno, tratando de averiguar si ya que había perdido un hombre, ella buscaba otro con quien salvar su orgullo. En forma típicamente masculina, deseaba aprovecharse de la situación y el saberlo la enfureció. ¡Al diablo con los hombres! ¡Bien podía prescindir de todos ellos!

—Una vez más, señor Harding, no, gracias.

Sonrió al decir estas palabras, pero no era su verdadera sonrisa y él debió de haberlo adivinado.

Harding respiró hondo y bebió un trago, sin quitarle los ojos de encima. Al ver cómo se le endurecía la expresión, Savannah sintió deseos de reír en voz alta. ¡Qué frustrante debería ser para él enfrentarse con una mujer tan terriblemente difícil! Tan diferente de las mujeres a las que estaba acostumbrado. En cierta forma, Savannah se sintió mejor. Como si en algo se hubiera vengado por todo el dolor y la humillación que le había ocasionado con una simple decisión cotidiana.

—Creo que debería aceptar mi invitación —dijo Cord finalmente y ella pudo percibir que en verdad deseaba que lo hiciera.

—¿Por qué? —preguntó con tono insolente—. No tengo hambre.

—Todo el mundo aquí sabe de su enamoramiento con Jeff —comentó él con delicadeza—. Usted es una mujer que merece algo mejor que lo que Painter podría haberle ofrecido.

—Y usted, por supuesto, puede ofrecérmelo —lo desafió ella, tratando de apaciguar su cólera.

—Si fuera tan tonto como para contestarle, nunca lograría llevarla a cenar —rió Cord—. Y de veras quiero que venga. Tanto por su propio bien como por cualquier otra cosa.

—¿Qué gran beneficio puedo obtener excepto una cena gratuita que quizás usted descuenta de sus impuestos? —le preguntó, cada vez más irritada.

—Tendrá el infinito placer de demostrarles a todos aquí, incluso a Jeff, que usted no está exactamente enamorada de él —le respondió Cord enseguida.

—¿Quiere decir que no hay como salir del brazo de un hombre para demostrarle a otro que no era tan importante? —arriesgó ella.

—Exactamente. —Cord aguardó con impaciencia su respuesta.

—¿Por qué querría hacerme este favor? —le preguntó Savannah con expresión calculadora.

Sabía muy bien por qué él lo hacía. Esa noche el señor Cordell Harding estaba en plan de seductor y la había elegido como víctima porque pensaba que sería la más vulnerable.

—Digamos que estoy interesado en promover las relaciones entre empleador y empleados —respondió él, esbozando una leve sonrisa al presentir la victoria.

—Estoy segura de que sus intenciones son buenas, señor Harding, pero mi respuesta sigue siendo no. Juntaré coraje para salir de aquí sola. Con seguridad me servirá para fortalecer mi carácter —sonrió Savannah provocativamente, preguntándose cuánto tiempo insistiría él antes de disponerse a buscar otra compañera.

¿Elegiría alguna otra mujer solitaria en esa multitud? No era muy de Harding salir con sus empleados. En realidad, jamás se había enterado de ningún otro caso excepto el suyo. ¿Por qué habría sido ella la dama afortunada?

—No se apresure, Savannah. Imagine cuánta frustración podría descargar si pasara todo un fin de semana gritándome por haber transferido a Jeff en un momento tan inoportuno.

En eso tenía razón, aunque no le gustaba tener que admitirlo. Podía ser agradable desquitarse con el hombre que había desbaratado sus planes. Quizá la decisión de destruirle la vida se había debido sólo a razones comerciales, lo menos que podía hacer ahora era arrepentirse, cosa que él no hacía.

—Eso sería muy infantil de mi parte ¿no cree? —le respondió con arrogancia.

—Sí —rió él—. Pero estoy dispuesto a ser comprensivo.

—La respuesta sigue siendo no. —Savannah bebió un sorbo de vino, sin notar que el nivel de su vaso había descendido bastante.

—¡Qué obstinada! —exclamó Cord con tono burlón—. ¿Dígame, le gustaría vengarse de mí en una forma más impersonal?

—¿Y ahora qué sugiere?—preguntó ella con un dejo de hostilidad.

—Jugaremos a los naipes. Si su suerte es tan buena como dicen, podría destruirme. ¿No le resultaría agradable?

Savannah lo miró fijamente sin decir palabra, tratando de adivinar su estrategia. ¿Por qué querría jugar con ella? Por otra parte, la seducía la idea de derrotarlo, aun en algo tan insignificante como un juego de naipes.

—Hace un rato estábamos jugando al blackjack —dijo pensativa—. No se requiere mucha destreza, sólo suerte...

—Me agrada —sonrió él con expresión diabólica.

Había un brillo desafiante en sus ojos, una mirada expectante en los duros rasgos de su rostro. De pronto, Savannah sintió deseos de vengarse con algo más tangible que una simple negativa.

—Acepto —le dijo con cierta imprudencia—. Si eso es lo que quiere...

—Conseguiré los naipes y las fichas —propuso él.

—¿Cómo? ¿No vamos a jugar por dinero? —se burló Savannah.

—Estoy dispuesto a aceptar una derrota, pero no a destruir mis finanzas —bromeó él.

Unos minutos más tarde, Savannah se dio cuenta de que todos sabían que en algún rincón de la sala ella estaba jugando a los naipes con el jefe, pero nadie deseaba unírseles. Como si percibieran que la partida era privada, todos se mantuvieron al margen, otorgando a ambos cierta intimidad. Savannah, en silencio, distribuyó los naipes.

—George y los otros estaban en lo cierto —sonrió Cord al cabo de unos minutos, mientras empujaba una pila de fichas hacia el otro lado de la mesa para agregarlas a las de Savannah—. Esta noche usted está con suerte. ¿No quiere jugar al poker por un rato? Quizás así pueda ganarle.

Savannah, que había estado jugando con una concentración casi obsesiva, levantó la vista por un instante y se encogió de hombros.

—Como quiera: De todas formas, pronto se quedará sin fichas —le dijo con satisfacción.

—Tengo el presentimiento de que con poco esfuerzo, usted es capaz de pisotear el orgullo de cualquier hombre —comentó Cord mientras la observaba repartir la primera mano de poker.

—¿Quiere abandonar? —Savannah sonrió, con un brillo de anticipación en sus ojos dorados.

Él tenía razón, pensó. Había sido muy agradable derrotarlo con tanta facilidad.

—¡Ah, no! Mi orgullo me exige perseverar hasta el amargo final —suspiró él al tiempo que recogía los naipes.

La suerte de Savannah se mantuvo en la primera vuelta. En realidad, esa noche no podía perder, pensó con regocijo. El vino y el placer de una victoria rotunda se le

estaban subiendo a la cabeza y ella lo sabía. Sin embargo, no deseaba detenerse justo ahora. No hasta que hubiera destruido a Cord Harding.

—Bueno —se lamentó él más tarde, contando cuidadosamente el resto de sus fichas—, se me ocurre una sola forma de hacer que este juego no termine en la próxima mano.

—¿Cuál?—preguntó Savannah, preparándose para repartir los naipes una vez más.

—Tengo que empezar a ganar —murmuró él.

—Imposible —declaró Savannah con mezquina satisfacción—. ¿Acaso no ve que esta noche yo no puedo perder? ¿Por qué no admite que lo he vencido?

—¿Le gustaría que lo hiciera? —preguntó él con curiosidad.

—¿Acaso no era éste todo el sentido del juego? —replicó Savannah—. ¿Permitirme descargar todas mis agresiones infantiles? —Una sonrisa sutil curvó sus labios—. ¿Para qué seguir dilatando lo inevitable? ¿Qué le parece si apostamos a todo o nada?

—Eso acortaría los trámites ¿no es cierto? —respondió él con descuido—. Muy bien, todo o nada.

Luego de una serie de estimulantes triunfos, el resultado decisivo de la mano fue un duro golpe para Savannah. Perdió.

—¡No! —exclamó, e impulsivamente protegió las fichas con las manos mientras Cord se disponía a tomarlas.

—Supongo que no será mala perdedora... —dijo él, extendiendo la mano para arrebatarse el tesoro.

Había risa en sus ojos verdosos. Una arrogante risa masculina que irritó a Savannah aun más que la pérdida misma.

—Volvemos al blackjack —insistió ella—. Sólo una mano.

—¿Y qué va a apostar? —preguntó Cord con bastante lógica, mientras alejaba los dedos de las fichas.

—Su invitación a cenar. Cenaré con usted si gana esta vuelta. —No toleraría levantarse de la mesa ahora y dejarle a él la victoria.

—Mmm... —Él dudó por un instante, y Savannah se apresuró a persuadirlo.

—A menos que tema que su suerte no dure —lo tentó.

—Soy capaz de enfrentar cualquier desafío —rió él, y comenzó a dar los naipes con una serenidad que debería haber alertado a Savannah, si no hubiera estado tan convencida de que esa noche era invencible.

Unos minutos más tarde, Cord dio vuelta a los naipes con aire de superioridad.

—Veintiuno —murmuró—. Esto sin duda me convierte en el ganador indiscutible. ¿No es cierto? No se preocupe, le permitiré regañarme durante el postre.

—Exijo otra oportunidad —dijo Savannah sumamente molesta; su imprudencia era cada vez mayor.

No lo dejaría salirse con la suya. Sin duda ganaría si probaba un par de veces más.

—¿Qué más tiene usted para ofrecer? —le preguntó Cord con gentileza,

levantando una ceja castaña.

—Bueno... —Hizo una pausa, pensó durante un instante y luego se apresuró a decir:

—Yo pagaré la cena si pierdo.

—No vale —dijo él enseguida, sacudiendo la cabeza—. Es mi privilegio.

—¡Caramba, no se me ocurre nada más! A menos que usted quiera jugar por dinero —agregó esperanzada.

—Claro que no. Un jefe nunca debe jugar por dinero con sus empleados. Es malo para la imagen. —Él aguardó un instante, mientras observaba las diversas expresiones que pasaban por el rostro serio de Savannah—. ¿Está segura de ganar si le doy otra oportunidad?

—¡Claro! He estado ganando toda la tarde. Esto es sólo una derrota transitoria.

—Si está segura de la victoria —terció él con voz suave—, puedo sugerirle otra apuesta.

—¿Cuál? —preguntó ella enseguida, mucho más esperanzada.

Se inclinó hacia adelante como alentándolo a contestar y la luz brilló en la cadena dorada que rodeaba su cuello.

Él parecía observar el collar y luego dijo con calma:

—Puedo apostar un beso.

—¡Un beso! —exclamó ella azorada.

—Dado por usted voluntariamente en el momento que yo elija —explicó Cord con expresión burlona y desafiante.

Savannah respiró hondo. Estaba a punto de insultarlo, cuando de pronto, una idea cruzó por su mente. ¿Por qué habría de saldar todas sus deudas de juego? Además, aún tenía la oportunidad de vencer. ¿Qué importancia tenía apostar un beso? Dejó escapar un suspiro y tomó la decisión.

—De acuerdo. Acepto los términos de la apuesta —dijo con orgullo, alzando la cabeza con instintiva arrogancia.

—No hay duda de que ve la suerte de su parte —observó Cord mientras repartía los naipes una vez más.

—Así es —afirmó ella, y acto seguido, perdió—. ¿Está usted haciendo trampas? —le dijo con mirada acusadora.

¡Todo había sucedido tan rápido! Gracias a Dios que no pensaba cumplir con la apuesta. Pero aun así...

—Acusar a un hombre de tramposo solía ser causal de duelo —le dijo él, mientras sus dedos jugaban con una reina de corazones.

Por un instante, Savannah lo observó en silencio, mientras él apilaba las fichas con cuidado y acomodaba los naipes en la caja. Bebió el último sorbo de vino y apoyó el vaso con brusquedad. Era inconcebible que este hombre resultara ser el ganador. Si bien ella no tenía intenciones de cumplir la apuesta, deseaba sentir el placer de ganar.

—Una oportunidad más, Cord —le suplicó suavemente, sin advertir que lo llamaba por su nombre.

Lo miró a través de la mesa con un brillo cálido en sus felinos ojos dorados.

Él apartó la vista de las fichas. Permaneció en silencio y durante un momento, sus ojos se encontraron con los de ella.

—Creo que sería más sensato que abandonara cuando aún estoy ganando —murmuró con tranquilidad; dejó de apilar las fichas.

—Pensé que podría arriesgarse —lo tentó ella, y una vez más, se inclinó hacia él, con los codos sobre la mesa y el mentón entre las manos.

—Además —agregó—, el objetivo de esto era que yo ganara, ¿recuerda?

Mientras esperaba la respuesta de Cord, sintió que la situación se tomaba cada vez más tensa.

—¿Qué puede ofrecerme? —susurró él con voz profundamente masculina.

Era evidente que no deseaba jugar sólo por fósforos. Sus ojos verdosos la perforaron, y por un breve instante, Savannah imaginó un enorme gato persiguiendo a su presa. Un escalofrío le recorrió la espalda, pero se negó a prestarle atención. Ya no le importaban las apuestas, pensó con rabia. No tenía intención de saldar su deuda. Su única obsesión era ganar. Aplastarlo de tal forma que Cord Harding se declarara vencido por completo. Toda la rabia y frustración que le había causado la pérdida de Jeff la quemaban por dentro, y necesitaba desquitarse con alguien.

—Establezca los términos de la apuesta —sugirió ella.

—¿Todo o nada una vez más?

—Sí —asintió, pasándose la lengua por los labios nerviosamente.

—Si voy a establecer los términos, no hay razón para que no la haga apostar algo que realmente deseo —dijo él luego de vacilar un instante.

Savannah inclinó la cabeza y aguardó en silencio.

—Me pregunto si usted cumplirá la apuesta —murmuró Cord en voz baja.

Era la primera vez que revelaba tener dudas al respecto.

—Como me dijo hace un momento, ese tipo de acusación podía ser causal de duelo en el pasado.

—Le pido disculpas —dijo él con la misma formalidad, inclinando cortésmente la cabeza.

—¿Los términos de la apuesta? —preguntó, tratando de ocultar su ansiedad.

—Hoy es viernes —comentó él, y Savannah asintió aunque no le encontraba mucho sentido a la frase.

—Si gano —dijo él remarcando las palabras, mientras la observaba para ver su reacción—, usted pasará todo un fin de semana conmigo. Comenzaríamos por la cena de esta noche.

En el incrédulo silencio que siguió, Savannah se puso pálida. No podía creer lo que oía. Otro beso o una cita no la hubieran sorprendido. No podía entender el descaro de este hombre. ¿Quién diablos se creía que era? Con un sobrehumano esfuerzo de voluntad logró dominar la ira; se echó hacia atrás y lo observó anonadada.

—¿Se está burlando de mí? —preguntó con voz ronca.

—No.

—¡Pretende que acepte semejante apuesta! —lo increpó, con ojos llameantes.

—Eso depende de las ganas que tenga usted de jugar otra mano —dijo con indiferencia—. No pretenderá que arriesgue mis ganancias por algo trivial. El premio tiene que ser algo que yo realmente desee.

—¿Y un fin de semana conmigo es lo que realmente desea? —preguntó ella incrédula.

—Creo que sería una buena forma de aprovechar el tiempo —corroboró él, con una leve sonrisa—. Claro que también podríamos terminar el juego aquí y ahora.

—¿Con usted como vencedor indiscutible? —Savannah levantó el mentón majestuosamente.

—Puedo ser un ganador benevolente; además no olvide que por esto recibe una cena gratuita. Ya verá que perder contra mí no es una experiencia tan terrible —agregó con una sonrisa.

En ese momento nada podía irritar más a Savannah que el masculino regocijo de Cord. De pronto, se dio cuenta de que aun aceptando semejante apuesta, estaba en condiciones de castigar a Cord Harding cualquiera fuera el resultado. Si ganaba, podía levantarse de la mesa e irse con el placer de verlo totalmente derrotado. Si perdía igual tendría la satisfacción de no cumplir con la apuesta. Sería agradable hacerle creer que pasaría todo un fin de semana con él y luego desaparecer.

Juntando coraje, Savannah aceptó los términos de la apuesta.

—¿Está de acuerdo? —preguntó él para asegurarse.

—Sí —declaró Savannah con frialdad, tratando de restarle importancia al asunto.

—¿Me disculpará si voy contra las reglas y no le deseo buena suerte? —preguntó con suavidad, mientras barajaba las cartas, sin dejar de mirarla.

Savannah recibió los naipes en silencio. Frunció el ceño con expresión concentrada. Los números eran muy bajos. Iba a tener que pedir otro naipe y rogar que no se excediera la mágica cifra de veinticinco.

Cord también permaneció en silencio, analizando su juego. Sin decir palabra, le entregó el naipe que ella reclamaba.

—Dieciocho.

Iba a tener que plantarse y rezar porque Cord sacara un número demasiado alto. Savannah, nerviosa, levantó la vista mientras él tomaba un naipe. Vio un brillo de satisfacción en los ojos de él y un segundo antes de que diera vuelta los naipes supo que había perdido.

—Veintiuno —dijo él casi con suavidad, observando la expresión de ella mientras mostraba los naipes.

Por un instante, sus ojos revelaron la satisfacción que sentía pero luego una expresión inescrutable le cubrió el rostro. Savannah mostró su juego sin decir una palabra y ocultó las manos debajo de la mesa. No quería que Cord viera cómo le temblaban.

—Me gustaría partir ahora —dijo Cord de repente, poniéndose de pie sin

molestarse en guardar los naipes.

Savannah lo siguió con la mirada mientras él rodeaba la mesa y la tomaba del brazo, haciendo alarde de su caballerosidad. Pero debajo de esa aparente gentileza, había una fuerza implacable, y Savannah supo de inmediato que sería inútil protestar.

A decir verdad, reconoció Savannah mientras él la guiaba por entre el alegre grupo de curiosos, necesitaba de ese apoyo físico. No sabía si hubiera podido atravesar sola ese mar de miradas indiscretas.

CAPÍTULO 2

—Lo hizo muy bien —aprobó Cord al salir de la casa de Mel para internarse en la fresca tarde californiana—. Parecía una reina.

La miró con sus ojos color esmeralda, pero Savannah lo ignoró con altivez. El aire fresco y la tibieza del sol poniente comenzaban a devolverle la razón. ¿Qué demonios la había llevado a aceptar un juego tan tonto?

—¿A qué se refiere? —replicó ella ofendida.

Su mente comenzaba a alterarse. Él la guiaba hacia un impecable Mercedes de color claro que estaba estacionado en la calle.

—A la forma majestuosa en que acaba de dejar la fiesta —sonrió él de repente. Por si le interesa, Jeff Painter la observó anonadado.

—Como todo el mundo, supongo. No fue precisamente la salida más satisfactoria de mi vida.

—Pero, sin duda, una de las más memorables. ¿Dónde está su auto?

—Vine con María, la otra mujer del departamento de personal —admitió Savannah, deseando haber traído su propio coche.

Hubiera sido una excusa excelente para separarse de él. Bueno, tendría que pensar en algo más ingenioso para huir antes de que finalizara la velada. Al día siguiente se iría de vacaciones, y Cord Harding seguramente no lo sabía, ya que jamás se preocupaba por detalles tan insignificantes. Perder a los naipes había sido humillante, pero sería sumamente agradable abandonar a Cord después de haberle hecho creer que pasaría todo un fin de semana con él. ¡Dios! ¡Qué opinión debía tener de ella!

—Eso hace todo más fácil ¿verdad? —rió él. Abrió la puerta del Mercedes y al ver que Savannah no se acomodaba espontáneamente en el asiento, la empujó con suavidad—. Iremos en mi auto. —Cerró la puerta de modo concluyente.

Savannah se miró las manos que tenía apoyadas sobre el regazo y notó que aún le temblaban los dedos. Se preguntó si Cord también lo había advertido. ¿Cómo haría para huir?

—Conozco un pequeño lugar donde sirven mariscos frescos —dijo Cord, mirando por el espejo retrovisor antes de alejarse de la acera—. Y los vinos son excelentes. ¿Qué le parece?

—No me interesa —respondió ella con franqueza, preguntándose cuánto tiempo

más intentaría él entretenerla si ella se mostraba obstinada.

—¿Está disgustada? —le preguntó—. Ya verá como se sentirá mejor después de un buen plato de mariscos y ese delicioso y tonificante vino que Antonio acaba de...

—¿Usted suele hacer este tipo de cosas? —le preguntó incrédula, preguntándose cómo él podía actuar con tanta naturalidad.

—¿Se refiere a si suelo apostar con una mujer por premios como éste? Jamás. Esto es nuevo para mí —rió él, cambiando las marchas con pericia—, ¿Y qué me dice de usted? ¿Es siempre tan atolondrada o sólo cuando se enfurece?

—No sea ridículo —siseó ella, negándose a mirarlo.

Quizá lo más fácil sería esperar a que terminara la cena y luego levantarse para ir al baño. Podría escapar del restaurante y encontrar un teléfono...

—Pero esta noche está enojada ¿verdad, Savannah? —preguntó él con voz suave—. No está triste por lo de Jeff Painter, simplemente está furiosa. ¿Eso no le hace pensar en nada?

—¿Preferiría usted que llorara? —preguntó ella con voz tensa—. ¡Lo único que me da ganas de llorar es la forma en que me ganó a los naipes!

—Quizá eso significa que su suerte ha cambiado. Si ahora es desafortunada en el juego, será afortunada en el amor. ¿No es así como dice el refrán? —preguntó Cord con el intolerable modo de alguien que quiere mostrarle a otro el lado bueno de las cosas.

—Entonces la segunda parte del refrán se cumplirá para usted —comentó Savannah con tono dulzón—. Le espera una mala racha en el amor ¿no cree? —

«¡Y la tendrás esta noche», pensó con determinación, «cuando me vaya de aquí y te plante! ».

—Pero yo no creo en eso, sino en que es el hombre el que se fabrica su propia suerte. Algo me dice que seremos una pareja muy afortunada.

—¿Durante un fin de semana?

«Era obvio que no estaba tratando de hacerle creer que se refería a una relación a largo plazo», pensó Savannah, furiosa.

¡Eso sí que era agregar humillación a sus heridas!

—Durante un fin de semana —asintió él—. El domingo por la noche hablaremos del futuro.

—Habla con mucha tranquilidad de todo este asunto —observó ella con frialdad.

Sintió deseos de estrangularlo por pensar en ella con tanta indiferencia. Por otro lado, existía el hecho de que ella había aceptado esa maldita apuesta. Quizá no era justo echarle toda la culpa a él. Después de todo, era sólo un hombre que trata de aprovecharse de la situación.

—Estoy tratando de tomarlo con la misma calma que usted —sonrió él.

Savannah ignoró ese y todos los demás intentos de conversación que hizo Cord, hasta que estuvieron en el restaurante, con las listas en la mano.

—¿Me va a tocar el castigo del silencio durante todo el fin de semana? —preguntó él luego de que Savannah le hizo el pedido al camarero.

Observó el rostro tenso de ella y la mirada verdosa centelleó con una mezcla de risa y masculina anticipación.

—Los términos de la apuesta no especificaban que yo tuviera que conversar —dijo ella, contemplando el vino en su vaso y jurándose que no tomaría una sola gota más esa noche.

—Es cierto, pero no creí que sería mala perdedora.

—¿Por qué? —preguntó ella, mirándolo con expresión hostil.

—No lo sé. Quizá porque sonrío siempre y habla con la gente con mucha facilidad.

—Es parte de mi trabajo.

—¿Igual que sermonear al jefe acerca de las técnicas administrativas más adecuadas? —rió Cord.

—Nunca lo sermoneé... —comenzó a defenderse Savannah, pero él la hizo callar con un movimiento del tenedor.

—Sí que lo hizo —declaró muy convencido—. Piense en la batalla sobre el club de empleados, la escaramuza que sostuvo para que la compañía pagara los aranceles de las clases no muy relacionadas con el trabajo que tomaban los empleados, la disertación que me dio para convencerme de que permitiera que todas las mujeres de la empresa perdieran una hora y media de trabajo hace dos semanas para asistir a un seminario sobre cómo evitar la violación...

—Una clase muy útil —declaró Savannah con intención.

—No se atreva a amenazarme, Savannah Emery —le advirtió Cord con la misma intención—. Me gané el premio del fin de semana con todas las de la ley y usted no tiene ningún derecho de hablar de violación. Especialmente cuando sabe perfectamente que nunca recurriría a esa forma de brutalidad.

—¿Quién dijo que lo sé? —replicó ella.

—Nunca habría jugado a los naipes con un hombre del que desconfiara en esa forma —anunció él, como si estuviera explicando algo obvio.

Savannah lo miró con resentimiento.

—Cuando hace así se parece a un gatito enojado —sonrió él de pronto.

—¿Cuándo hago qué? —refunfuñó ella.

—Cuando me mira con esos enormes ojos dorados. Qué suerte, aquí viene la comida —agregó alegremente, al divisar al camarero que se acercaba con una bandeja cargada—. Se sentirá mejor después de una buena comida. Luego bailaremos un rato en el salón...

—¿Y después qué? —preguntó Savannah con audacia, tratando de decidir cuándo le convendría escapar.

—Después la llevaré a casa, por supuesto —replicó él con expresión inocente—. A mi casa, claro. Allí descubriré la forma de hacer ronronear a una gatita como usted.

Le sonrió con un descaro tan increíble que Savannah pensó seriamente en clavarle el cuchillo. De pronto cayó en la cuenta de que él había usado el diminutivo "gatita". ¡Para describirla a ella! Una traicionera parte de su mente comenzó a olvidar a Jeff y preguntarse qué se sentiría al bailar con un hombre que era tan grande que la

haría sentirse pequeña y frágil... como la tal Alison por la que Jeff había perdido la cabeza.

—Parece estar muy seguro de que saldaré mis deudas de juego —murmuró.

Notó que desde que se habían ido de la fiesta, Cord parecía más relajado. Y ese era el estado de ánimo en que había que mantenerlo, decidió. No quería que hubiera problemas cuando decidiera poner fin a la velada.

—Creo —replicó Cord con voz profunda e íntima —que ahora que la tengo cerca, puedo hacerla sentir deseos de saldar sus deudas.

Repentinamente, Savannah tomó la decisión de jugarse la velada al todo por el todo. Si Cord Harding era tan vanidoso como para creer que podría hacerla desear saldar esa deuda específica, se merecía todo lo que iba a obtener. Aun si no estuviera haciendo esto en venganza, de todas formas llevaría a cabo sus planes, se dijo con firmeza. Era lo menos que podía hacer por la próxima desafortunada mujer que cayera en manos de Cord.

—¿Se ha detenido a pensar en el aspecto práctico de la situación? —sugirió con ironía—. El detalle de mi ropa, por ejemplo...

—Podemos pasar por su casa mañana, cuando vayamos a la playa —le informó él alegremente, cortando un trozo de abalón con evidente placer—. Esta noche no va a necesitar nada más.

Savannah se mordió el labio para no gritarle que no tenía derecho de tratarla como si fuera una cualquiera. Ya no sabía si se sonrojaba por el fastidio o la vergüenza. ¿Realmente creía que ella iba a permitir que dos hombres la trataran tan mal en el transcurso de una noche? El hecho de que pudo haber provocado la situación al caer en la trampa de apostar contra un hombre como él ya no le importaba. Esa noche Cord Harding iba a obtener su merecido.

—Parecería que ya tiene todo el fin de semana organizado —se obligó a decir con un dejo de admiración—. ¿Así que mañana iremos a la playa? —Hurgó en su plato como si buscara un metal precioso.

Eso le mantenía las manos ocupadas en algo que no fuera arrojar cosas a través de la mesa. También significaba que no tendría que enfrentarse con esa fascinante e insistente mirada.

—¿Le gustaría que fuéramos? Conozco una playita aislada donde podríamos nadar, hacer un picnic y... —Hizo una pausa significativa antes de agregar—: ... Y divertirnos. Pensé que después podríamos pasar la siguiente noche en algún lugar de la costa. Cualquiera pueblo de aquí a San Diego. El domingo en la tarde regresaremos lentamente, y por la noche tendremos nuestra pequeña charla sobre el futuro —concluyó con la eficiencia con que confeccionaría el temario de una reunión de negocios.

—Dígame —preguntó ella luego de un instante—, ¿en qué momento organizó este programa?

Levantó la vista y notó que la estaba mirando

—Si se lo digo, probablemente se pondrá furiosa —admitió él.

—¿Cree que todavía no estoy demasiado fastidiada por todo este asunto?
—preguntó Savannah con voz dulzona.

Cord lanzó una carcajada, era un profundo y agradable sonido que brotaba de algún punto de la extensión de su tórax.

—Es un buen punto. De acuerdo, le diré la verdad. ¡Planeé el fin de semana o algo semejante en el mismo momento en que usted aceptó jugar!

Savannah lo miró fijamente.

—¡De modo que hizo trampa! —exclamó, arrojando la servilleta y poniéndose de pie.

Ya no necesitaba más pretextos.

Cord enfrentó la llameante mirada de Savannah y la risa desapareció.

—Siéntese —dijo en voz baja, con un tono que ella lo había oído usar en situaciones muy desagradables.

Le obedeció, sorprendida ante su propio comportamiento. Debió de tener algo que ver con el hecho psicológico de que su subconsciente seguía considerándolo el jefe, decidió con amargura.

—Esta es la segunda vez en la noche que me acusa de tramposo —declaró él con frialdad—. Creo que tiene que disculparse, de la misma forma en que me disculpé cuando dije que quizá no fuera a saldar sus deudas de juego.

—No estoy de humor para pedir disculpas —terció Savannah, consciente del impacto que le causaba el fastidio de él—. He pasado por lo que creo que fue la peor noche de mi vida y no pienso disculparme por los comentarios descorteses que se me pueden escapar de tanto en tanto.

—¿Tengo que prepararme para recibir ese tipo de comentarios durante todo el fin de semana? —quiso saber Cord.

—No habrá creído que iba a ser generosa en la derrota, ¿verdad?

—Quizá no mucho al comienzo de la velada, pero mañana por la mañana sí. Creo que para ese entonces estará de mucho mejor humor. —Sonrió con una serena promesa y la expresión de sus ojos se suavizó—. Pasaré por alto su insulto, por ahora. Más tarde podrá disculparse. Termine de comer, así pasaremos al salón de baile.

—Sí, señor Harding —replicó ella en insolente imitación a la forma en que hubiera accedido a sus pedidos en la oficina.

—Eso es —asintió él con aprobación—. Mientras siga recordando que yo soy el que manda, no habrá mayores problemas.

Sólo cuando se levantaron de la mesa y pasaron al salón. Savannah decidió poner en acción el primer paso de su improvisado plan.

—¿Me disculpa un momento? —preguntó con tono cortés, como hacen siempre las mujeres cuando desean anunciar que van a pasar al baño.

Cord le echó una mirada y asintió con la cabeza.

¿Qué otra cosa podía hacer un hombre en esas circunstancias? Pensó Savannah, satisfecha con su ardid. Pero al caminar con paso grácil bajo la tenue iluminación de la sala, una incómoda sensación entre sus hombros le advirtió que él la estaba mirando.

Por suerte no iba a tener que correr el riesgo de caminar hacia el vestíbulo del restaurante. El teléfono estaba cerca de los baños y lo único que Cord podría ver desde donde estaba sentado, era que ella se había alejado en la dirección correcta.

No bien dobló una esquina y quedó fuera de la vista, Savannah se recogió la falda y corrió hacia el teléfono público junto a la pared. Abrió la guía telefónica y buscó las listas de taxis. Cuando la encontró, marcó un número.

—Le puedo mandar un auto dentro de quince minutos más o menos.

—Perfecto —suspiró Savannah agradecida.

Dentro de quince minutos tendría que hallar otra excusa para alejarse de Cord, pero estaba segura de que algo se le ocurriría. Cortó la comunicación y regresó al salón.

—Justo a tiempo para la primera pieza —dijo Cord, poniéndose de pie y tomándola del brazo—. Deje la bolsa sobre la mesa; no hay problema.

Sin decir palabra. Savannah lo siguió hasta la pista de baile. Cuando él la tomó entre sus brazos, descubrió que estaba en la posición ideal para mirar de tanto en tanto su reloj digital sobre su muñeca, sin que resultara demasiado evidente. Quince minutos...

Tenía razón en algo, decidió casi de inmediato. Era muy agradable bailar con un hombre de gran tamaño. No era que Jeff Painter fuera pequeño, se reprendió, sintiéndose culpable. Pero no tenía la altura y el ancho de espaldas de Cord Harding. Casi sin darse cuenta, Savannah comenzó a relajarse. Le encantaba bailar y con su gracia instintiva, lo hacía muy bien.

—Bailas justo como me lo había imaginado —susurró Cord a su oído, mientras la guiaba lentamente por la pista—. Suave y delicada entre mis brazos. Qué encantadora mezcla de características femeninas que hay en ti, mi pequeña reina —prosiguió con tono acariciante, apretando la cabeza de ella contra su hombro.

Savannah se dio cuenta de pronto de que la programada seducción de la noche había comenzado y sintió una extraña tensión.

—En el momento en que los vi juntos, me di cuenta de que Jeff Painter no era el hombre para ti —continuó Cord, aparentemente satisfecho con su análisis.

Savannah sintió que los dedos de él le recorrían la espalda. Cambió de posición para escapar de ese íntimo contacto y se encontró aun más cerca de su cuerpo fuerte y musculoso. Cuando notó la satisfacción de él al ver que ella acortaba la distancia entre sus cuerpos, sintió deseos de darse un puntapié.

—No puede saber nada acerca de la situación entre Jeff y yo —protestó en tono helado, levantando la cabeza del hombro de Cord y echando una subrepticia mirada al reloj.

—A lo largo de mi vida, tuve que aprender mucho acerca de la gente —la contradujo él—. Y tú, con tu excelente trabajo con el personal, deberías haber tenido el suficiente sentido común como para ver lo que yo vi.

—¿Y cuál fue esa gran revelación que me perdí? —lo aguijoneó ella, sin atreverse a mirarlo.

—Que eres demasiado fuerte para él. Necesita a alguien como esa dulce y pequeña Alison No-sé-cuánto. Tú lo hubieras abrumado, Savannah. ¿No te das cuenta de eso? De la misma forma en que probablemente has abrumado a la mayoría de los hombres en tu vida...

—¡Supongo que no cometerá el error de creer que tomaré ese comentario como un cumplido!

La voraz sonrisa de Cord se ensanchó.

—Pero si fue un cumplido, Savannah. Odio a la gente insípida cuyos sentimientos son tibios en su máxima intensidad. Es obvio que los hombres te admiran, porque se sienten atraídos por la calidez de tu sonrisa y la promesa de aventura en esos misteriosos ojos. Pero cuando se acercan, muchos deciden que es más seguro mantenerte como amiga que como amante. Con el tiempo, Jeff hubiera llegado a la misma conclusión.

—Jeff se estaba enamorando de mí —objetó Savannah con tensa voz.

—Se sentía atraído —la corrigió Cord—. Y reconozco que lo tuviste detrás de ti por un tiempo. Si nada hubiera interferido, podrías haberlo convencido para que se comprometieran, pero tarde o temprano hubieras arruinado todo perdiendo los estribos o exigiéndole demasiado. Si no hubieras estado tan decidida a hacerlo enamorarse de ti, estoy seguro de que tu habitual sentido común te hubiera advertido que al final él hubiera resultado demasiado débil y poco interesante.

—¿Y usted cree que este fin de semana voy a ver la luz y me voy a dar cuenta de que necesito a alguien como usted? —exclamó Savannah, furiosa ante la profundidad de su arrogancia.

—Somos muy parecidos, Savannah —murmuró él con tono tranquilizador.

—¿Con ese comentario quiere tentarme a aceptar una aventura?

—No tiene por qué terminar este fin de semana —susurró Cord, atrayéndola hacia él con más fuerza.

—Pero terminará —lo desafió ella—. Usted no me engaña, Cord. La expresión de sus ojos esta noche ya la vi antes en los ojos de otros hombres. Una mujer no llega a mi edad sin haber aprendido bastante acerca del sexo opuesto, a menos que sea muy tonta. Usted se encontró con la novedad de haberse ganado a una mujer por el fin de semana y piensa que sería muy agradable aprovechar al máximo mientras sea posible.

—¿Qué tiene de malo sentir deseo por una mujer? —murmuró él con voz algo ronca—. Soy un simple hombre, Savannah, y soy objeto de las mismas necesidades que otros hombres. La diferencia es que yo reconozco el hecho de que sólo me conformo con una mujer como tú.

Savannah no pudo menos que admirar la técnica de Cord. Por cierto que era muy distinta de la de los hombres con quienes salía habitualmente y también muy diferente de la de los suaves avances de Jeff Painter. No le cabían dudas de que Cord tendría mucho éxito con ese método.

—¿Quiere que le dé un consejo? —le preguntó Savannah cortésmente.

—¿Cuál? —dijo Cord con cautela.

—La próxima vez que trate de seducir a una mujer diciéndole que la desea, no olvide limar un poco las asperezas de su discurso. ¡No sé, diga que su corazón también está involucrado, no sólo sus instintos masculinos!

—Pero entonces ella pensaría que miento sin ningún reparo ¿no cree? —replicó Cord.

En sus ojos verdosos había risa y algo más. Algo primitivo, que hizo que Savannah se alegrara de que el taxi estuviera por llegar.

—Quizá —asintió ella, riendo.

Bromear con un hombre como Cord le producía un efecto embriagador. Especialmente cuando estaba por huir.

—Prefiero que haya sinceridad en nuestra relación —dijo Cord, entornando los ojos al oír la risa de ella—. Preferiría que no pensara que estoy mintiendo...

Savannah se alzó de hombros como para hacerle ver que no le importaba si mentía o no. Antes de que él pudiera responder, la música cesó. Justo a tiempo, pensó Savannah, echando otra mirada al reloj. Ya era hora de emprender la retirada.

Con los nervios a flor de piel, Savannah se sentó en la silla que Cord le ofrecía y tomó la bolsa con gesto automático. Cord se estaba acomodando frente a ella cuando vio que Savannah abría la pequeña traba y parecía buscar algo.

—Diablos —murmuró con serenidad, tratando de no sobreactuar—.

Frunció apenas el ceño mientras revolvía el contenido de la bolsa.

—¿Qué sucede? —quiso saber Cord.

—Nada grave. Dejé el lápiz labial en el baño. Será mejor que lo busque antes de que alguien se lo lleve o lo tire a la basura. Volveré en un instante... —Sin esperar la respuesta, se puso de pie y le sonrió con expresión interrogante, como si le solicitara permiso para ir.

Él asintió con cortesía y Savannah partió en la misma dirección que antes. Durante el baile, decidió que sería más seguro utilizar la puerta trasera que había visto en su anterior incursión. No quería despertar las sospechas de Cord al alejarse en dirección al vestíbulo.

Cerrando la puerta detrás de sí, Savannah salió a la playa de estacionamiento. Corrió hasta la parte delantera del edificio. Allí esperaba un taxi.

Lo que le impidió lanzarse hacia adelante, no fue la visión del taxi, sino el hombre alto de cabellos rojizos que se inclinaba para introducir algunos billetes por la ventanilla abierta. ¡Cord! ¡No era posible! Acababa de dejarlo sentado en el salón. Tenía que haber ido directamente hacia la puerta en el preciso instante en que ella se alejaba en dirección al baño.

En ese momento Cord se volvió y vio a Savannah bajo la luz de los focos del estacionamiento, con una expresión de frustración y sorpresa en el rostro. Él sonrió. Nunca se había parecido tanto a una fiera salvaje que busca a su presa.

Savannah se sintió invadida por una furia helada. Cord se adelantó hacia ella y el conductor del taxi se alejó sin siquiera mirar hacia atrás.

—Allí estás, querida —dijo Cord con una voz sedosa que le azotó los nervios como

no lo hubiera hecho ningún tono iracundo—. Veo que ya estás lista para partir. Me alegro de que estés tan ansiosa como yo por proseguir con los entretenimientos de esta velada.

Estaba enfadado pero no furioso, notó Savannah. Pero ella sí que estaba furiosa.

—Fue un buen intento, Savannah —le aseguró Cord mientras la tomaba del brazo y la guiaba hacia el Mercedes—. Pero no podía permitir que te salieras con la tuya. Las deudas de honor se pagan, sabes.

—¿Qué le hace pensar que ese taxi me esperaba a mí? —replicó ella furiosa.

¡Al diablo con él! Lo derrotaría en su propio juego, se juró en silencio. En vez de perder el tiempo aquí en la playa de estacionamiento, encontraría la forma de escapar que fuera lo más humillante posible. ¡Le haría pagar por ser presumido, aunque fuera lo último que hiciera en su vida!

—Te pido disculpas —dijo él de inmediato—. Supuse que...

—Pues supuso mal —replicó Savannah con tono ácido—. ¿Por qué querría escapar a la oportunidad de que me seduzca el presidente de la empresa? Sobre todo cuando se tomó tanto trabajo para asegurarme que sus intenciones no eran honorables. Por supuesto que significa que tendré que comenzar a buscar trabajo el lunes, pero...

—¿Por qué dices eso? —la interrumpió Cord, abriendo la puerta del auto y ayudándola a entrar.

—Las aventuras de oficina son muy incómodas cuando se terminan —explicó Savannah amablemente, mientras él subía al auto detrás de ella, obligándola a recluírse en un rincón—. Y en el caso de una empleada y el presidente de la empresa los demás siempre se muestran tan compasivos con la mujer, que al final se siente tan humillada como para renunciar. Suponiendo que tiene amor propio, claro.

Cord vaciló antes de responder. Encendió el motor con un movimiento brusco y puso la marcha atrás.

—Esa excusa es tan ineficaz como tu plan de huir en taxi —le informó, mientras salían a la calle.

Pero no la miró y Savannah tuvo la impresión de que lo había sorprendido.

—Sí, creo que sí —asintió con un suspiro—. Supongo que es fácil conseguir a alguien idóneo para que ocupe un puesto. Después de todo, debe haber millones de encargados de personal por ahí que andan buscando empleo. —Señaló con la mano la ciudad iluminada.

—Habla de eso el domingo —replicó él con tono distraído, concentrado en conducir.

Y en ese momento Savannah se dio cuenta de que realmente iba a tener que renunciar. No el lunes, por supuesto. El lunes estaría de vacaciones. Pero cuando regresara luego de dos semanas daría el preaviso. ¿Qué otra cosa podía hacer luego del fracaso de esta noche? A pesar de que pensaba huir relativamente ilesa, jamás toleraría volver a trabajar con este hombre. Nunca antes se había metido en una situación tan ridícula y se propuso aprender la lección. ¡El vino, los sentimientos y los naipes no congeniaban en absoluto!

La casa de Cord resultó ser un agradable condominio en un tranquilo barrio de casas elegantes. El efecto total hubiera sido grato para Savannah si no hubiera estado tan sumergida en sus pensamientos. El Mercedes iba a quedar fuera del garaje, notó al ver que Cord estacionaba el auto y daba la vuelta para abrirle la puerta. Ahora tenía que prestar atención para ver qué hacía él con las llaves.

Sin decir una palabra, permitió que la guiara hacia la entrada. Vio que Cord usaba el mismo llavero para abrir la puerta. Le indicó que pasara delante de él al amplio vestíbulo; Savannah notó que metía las llaves en el cajón de un pequeño mueble. Se sorprendió al ver que él no tomaba medidas de seguridad. Jubilosa por haber descubierto eso, se volvió y vio que Cord la estaba observando con un deseo tan intenso que automáticamente retrocedió un paso.

Cayó en la cuenta de lo que estaba sucediendo y por primera vez sintió que el temor se introducía dentro de ella y se ubicaba junto a la ira y el deseo de escapar. Cord no estaba pensando en esconder las llaves porque tenía una sola cosa en mente. Y Cord Harding podía ser muy tenaz cuando lo deseaba.

—Creo que voy a recolectar los pagos en el orden en que me los he ganado —declaró, como si hubiera tomado una repentina decisión—. Ya me cobré la cena contigo y ahora quiero el beso que apostaste.

Un fuego color esmeralda ardía en el fondo de sus ojos; un fuego que amenazaba con estallar en llamas y consumirlos a ambos. Savannah sintió que se le humedecían las manos; la tensión parecía alimentarse de sí misma, haciéndola sentirse extraña e increíblemente débil.

—No, Cord, yo... —comenzó a decir, levantando una mano en un gesto de instintiva protección.

Frunció el ceño con expresión severa.

—Vamos, mi pequeña reina —la persuadió él con suavidad, acortando la distancia entre ellos con paso seguro y decidido—. La primera cuota no fue tan terrible ¿no? Comiste hasta la última migaja —le recordó él y Savannah sintió deseos de lanzar una risa histérica ante la irrelevancia del comentario—. Por ahora lo único que te pido es el beso que me debes. Después de todo, prepararé café y conversaremos durante un rato. No te apuraré, te lo juro...

Se interrumpió y Savannah se asustó al comprobar que reaccionaba ante ese tono tranquilizador. Café, pensó desesperadamente, cuando él fuera a preparar el café tendría oportunidad de robar las llaves. Eso significaba darle ese beso y hacerle bajar la guardia.

Apretó los puños contra el cuerpo y habló.

—Puede besarme —dijo con voz helada, como si le estuviera concediendo un gran favor.

Permaneció inmóvil mientras él extendía los brazos y la tomaba por los hombros.

—Gracias —murmuró—. Iba a hacerlo aun sin tu consentimiento.

Savannah tuvo la momentánea y vertiginosa sensación de que se había acercado demasiado a la fuente de ese fuego color esmeralda y luego la boca de Cord cubrió la

suya en un beso que fue una exploración voraz y embriagadora, que le arrebató el aliento con la fuerza de su exigencia.

¡Nunca había sido besada así! Ese beso era una imagen exacta del hombre mismo. Grande, poderoso, dominante, con la implacable curiosidad de un invasor en una tierra extraña. Cord exploró el territorio de la boca de ella, destruyendo la resistencia que encontraba y ampliando el alcance de su autoridad hasta que ella se vio forzada a detener la invasión final apretando los dientes con fuerza.

—Quiero un beso verdadero —terció Cord a modo de advertencia.

Con la boca a escasos centímetros de la de ella, utilizó el dedo pulgar para presionar la comisura de los labios hasta que estos se separaron. Cuando volvió a apoderarse de ellos, clavó con suavidad la uña en la piel vulnerable y Savannah dio un respingo.

—¡Ay! —protestó, y de inmediato él entró en su boca, consolidando la victoria y saboreando la cálida dulzura que había ganado.

CAPÍTULO 3

Savannah reaccionó por instinto ante el asalto de Cord; un instinto muy femenino que le advirtió que sería imposible luchar contra él. Era mucho más fuerte que ella y esa fuerza se veía acentuada por el poder de una voluntad masculina que se intensificaría si ella intentaba resistirse. Además, se dijo mientras se relajaba deliberadamente entre los brazos de él, ¿no deseaba acaso hacerle bajar la guardia? ¿Hacerlo sentirse tan seguro de ella que inconscientemente le daría la oportunidad para escapar?

—Savannah, mi dulce Savannah —suspiró Cord con genuino placer viril al sentir que ella se aflojaba en sus brazos—. He esperado tanto tiempo para besarte, acariciarte...

Le liberó los labios para poder explorar la sensible zona detrás de la oreja, recorriéndole la línea del cuello con la boca, mientras sus manos se deslizaban hasta la cadera de Savannah y la atraían con fuerza hacia él.

—¡Pero, Cord! —exclamó ella, consciente de que el deseo de él crecía a cada instante—. Apenas... apenas si nos conocemos. ¿Cómo puedes decir que me has deseado durante más que... más que una noche?

Las manos de Savannah, que en un principio se habían detenido sobre los hombros de él, en un vano intento por alejarlo, se movieron sobre la blanca camisa y los dedos acariciaron en forma inconsciente los tensos músculos bajo la piel. Sería divertido hacerle creer que le estaba haciendo perder la cabeza con la fuerza de su pasión, se dijo Savannah, notando que él reaccionaba a su contacto.

—Una noche, unos días, semanas, ¿qué importancia tiene? —Apartó con una mano la suave tela del vestido y le acarició la piel del cuello. Savannah sintió un escalofrío y se asombró ante lo extraño que era el deseo de un hombre—. Cuando un hombre se da cuenta de pronto de que desea intensamente a una mujer, el tiempo no es importante. Te aseguro que antes de que termine esta noche, me desearás tanto como yo a ti, mi pequeña reina ¡Mañana por la mañana ni siquiera podrás recordar el rostro de ese idiota de Painter!

—Estás tan seguro de ti mismo —exclamó ella con un pequeño sollozo de frustración y ¡Santo Cielo! deseo. Era necesario retomar el control de sí misma y de la situación. Ahora todo dependía de eso—. ¿Siempre consigues lo que quieres, Cord Harding?

Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el fuerte hombro de él, tratando desesperadamente de pensar. Era obvio que de alguna forma se había convertido en un desafío para él.

Por alguna razón, Cord Harding había decidido divertirse a costa de ella, demostrarle qué fácil era hacer que una mujer se olvidara de otro hombre.

—Si lo quiero mucho, sí —le informó él sin vacilar. La seguridad de su voz era en sí misma un arma. ¿Cómo tenía que hacer una mujer para luchar contra tanta arrogancia? —Y te aseguro que te deseo, Savannah Emery. Casi no lo pude creer cuando tu furia y tu sed de venganza te empujaron a esa última apuesta. —El placer que sentía ante la estupidez de ella era más que evidente—. ¡Qué gatita más tonta! Estabas segura de que ibas a ganar. Por suerte jugabas conmigo y no con algún idiota que no hubiera sabido aprovechar el triunfo.

La mano con que había apartado el vestido bajó en una caricia por su costado; los dedos se deslizaron en forma posesiva por la curva de su pecho. Cord gimió, un áspero sonido de viril deseo, y Savannah se horrorizó ante la intensidad de su propia reacción. Una parte de su ser se despertaba y respondía a las implícitas exigencias de él. Cuando la mano de Cord se detuvo justo debajo de sus senos, fue ella la que se estremeció.

—No te arrepentirás, querida —murmuró moviéndose a una posición que alertó el deteriorado sentido común de Savannah.

¡Si iba a hacer algo éste era el momento!

—¡Cord, por favor! —susurró, tratando con desesperación de dar a sus palabras un auténtico tono de súplica. Se guiaba por intuición y sabía en ese momento era lo único de lo que podía depender—. Dijiste que... que hablaríamos.

Levantó los ojos hacia él con la suave mirada de una mujer que está a punto de caer bajo el peso de la pasión del momento. Lo único que la molestaba era que no estaba actuando del todo. Era muy alarmante descubrir lo vulnerable que era una en los brazos de un hombre. Los besos de Jeff nunca la habían perturbado de esa forma y era intolerable que un hombre como Cord le demostrara en forma tan gráfica que había nuevos horizontes para descubrir en el campo del amor.

—Dijiste que no ibas a presionarme —agregó con tono persuasiva al ver que él vacilaba.

La agitación de su propia voz la sorprendió. Nunca había parecido tan débil e indefensa. El saber eso le dio fuerza para mantenerse firme. ¡No era una tonta damisela que pierde la cabeza por el poderoso deseo de un hombre!

—Hablares más tarde, mi dulce Savannah —prometió Cord, trazando con los labios una línea de fuego hasta la boca de ella—. Más tarde, cuando sepas cuánto te deseo y necesito poseerte...

—Por favor —suplicó ella presintiendo la determinación de él—. Necesito un poco de tiempo, Cord. Todo eso está sucediendo muy rápido. No lucharé contra ti —mintió, bajando la vista con femenina sumisión—. Pero tú prometiste que no me apresurarías.

Probó de usar un poco de fuerza, empujando suavemente contra los hombros de él, tratando de poner algo de distancia entre ella y ese poderoso cuerpo contra el cual la aprisionaban. Casi pudo sentirlo tomar una decisión y contuvo el aliento, preguntándose qué sucedería ahora. Y entonces, para su gran alivio, Cord le permitió

apartarse de él, aunque no la soltó.

—Me pides que te dé tiempo y yo quiero suplicarte que me permitas apurarte —dijo él con una sonrisa.

Savannah se dio cuenta de que se esforzaba por controlar su pasión.

—Me lo prometiste —le recordó con un hilo de voz, los ojos dorados fijos sobre el rostro de él, con expresión suplicante.

—¿Siempre exiges que un hombre cumpla sus promesas? —preguntó mientras le acariciaba la mejilla con un dedo.

Savannah asintió en silencio, ya que temía abrir la boca para hablar.

—No tengo otra alternativa ¿verdad? —decidió Cord con pesar—. Recuerda solo que estamos jugando limpio, yo también exigiré que cumplas con tu palabra.

Savannah ignoró la chispa de temor que se encendió en su mente y esbozó una trémula sonrisa.

—Incluiste una taza de café en el trato, ¿recuerdas... ?

—Estás decidida a hacerme cumplir al pie de la letra ¿no es cierto? —Sonrió con expresión burlona—. Me pregunto por qué será. ¿Acaso estás nerviosa, mi atolondrada jugadora?

—Un poco —admitió ella enseguida, fijando los ojos en el segundo botón de la camisa de Cord.

No le importaba que lo supiera. Además de que era cierto, había una posibilidad de que él hiciera las cosas más lentamente si pensaba que ella sentía temor.

—No hay razón para agitarse —ronroneó y a Savannah se le pusieron los nervios de punta.

Comenzaba a darse cuenta de que había más de un peligro allí, pero un resto del audaz estado de ánimo que la había llevado a esa alocada apuesta seguía en pie.

«Mañana por la mañana», se dijo, «voy a preguntarme qué diablos me sucedió anoche...»

—A pesar de la impresión que puedas haber tenido esta noche —le dijo—, no acostumbro a apostar este tipo de cosas. Todo sucedió en forma tan rápida que no...

—¿No estás segura de cómo viniste a parar a mis brazos? —concluyó él volviendo a atraerla hacia él y depositando un tentador beso sobre los labios entreabiertos de Savannah.

Ella, que se esperaba otro ataque a gran escala, se sorprendió ante la suavidad de la caricia de Cord.

—Estás aquí —dijo él con voz seductora—, porque yo deseo que lo estés y porque pienso que tú quieres estar aquí. ¿No es así, Savannah? ¿Por qué no me dices la verdad, cariño? Nunca te hubieras arriesgado con esa última apuesta si no hubieras arriesgado a perder contra mí. Tu orgullo nunca te hubiera permitido decirme que querías venir conmigo. Pero en un juego de naipes podías arrojar la suerte a los vientos.

Savannah oyó la total satisfacción en sus palabras y eso le devolvió la fuerza que le faltaba. Este hombre iba a aprender una lección esta noche. Era sólo una cuestión

de tiempo, se juró mientras le sonreía con deliberación.

—Quizá me arriesgué porque nunca creí que ibas a cobrarme la deuda —sugirió con ironía, liberándose de los brazos de él con un movimiento grácil.

—Me conoces demasiado como para creer eso —rió él suavemente—. Después de dos meses de trabajar para mí debes haber aprendido que siempre hago cumplir los tratos. ¿Por qué no te relajas y admites la verdad?

Había una suave persuasión en el modo de Cord que perturbó a Savannah aunque ya había tomado la decisión.

Se alejó en dirección a la sala, admirando la decoración de estilo español.

—Tienes una hermosa casa —comentó.

—Gracias, pero no vas a desviarme de mi objetivo —replicó él, caminando detrás de ella.

Savannah sintió los ojos de Cord sobre su cuerpo y tuvo que controlarse para no temblar. Esto de jugar con Cord Harding resultaba embriagador. Era diferente de todo lo que había conocido. Sus relaciones con hombres eran muy distintas de ésta y jamás se había considerado provocativa. Pero esta noche se sentía temeraria, llena de una audacia de la que sabía que se arrepentiría. Había algo en este hombre que sacaba a relucir una faceta de su personalidad que Savannah no sabía que existía.

—No estaba tratando de esquivar la pregunta —le aseguró—. Pero pedirme que admita que siento un abrumador deseo es demasiado, Cord. Déjame algo de orgullo —suplicó.

—Será un placer para mí hacerte olvidar tu orgullo antes de que termine el fin de semana —declaró él, acercándose—. El domingo por la noche podremos ser sinceros el uno con el otro.

—Estás tan seguro de ti mismo —suspiró Savannah, dividida entre la admiración por la tenacidad de él y el deseo de darle su merecido.

—Muy pronto sabrás a qué me refiero. Ya estás comenzando a comprender ¿verdad, dulce Savannah? —Le acarició el cabello recogido y Savannah tuvo la impresión de que él deseaba soltarlo y enredar los dedos en él—. Me di cuenta cuando te besé hace unos minutos. Estaba casi seguro de eso en el restaurante cuando no le gritaste al taxi que esperara. Sentiste alivio cuando yo me di cuenta de lo que estabas tramando y tomé el asunto entre mis manos ¿verdad? No te preocupes, sé que era necesario para ti intentar escapar de alguna forma. Probablemente tu orgullo te lo exigía. Quizá estabas asustada por lo que habías hecho. Tu resentimiento hacia Jeff Painter y el efecto del vino estaban comenzando a desaparecer...

«Para ser reemplazados por un rencor hacia ti que todavía no ha comenzado a aplacarse», terminó Savannah para sus adentros.

—Pareces conocerme muy bien —susurró, bajando la vista como si admitiera que el análisis de Cord era acertado.

Con un movimiento causado tanto por un extraño deseo de tocarlo, como por ganas de provocarlo, Savannah jugueteó con el botón de la camisa de Cord. De inmediato la mano de él se cerró sobre sus dedos apretándolos contra su pecho.

—Quiero llegar a conocerte mejor —dijo—. Y quiero que me conozcas. Cumplirás tu palabra ¿verdad, querida?

Savannah no levantó la vista ya que no tenía el coraje suficiente como para mirarlo mientras mentía.

—Sí —terció en voz baja—. Saldaré mis deudas.

—Gracias, Savannah—murmuró Cord, depositando un beso ruidoso sobre la frente de ella—. Acerca del café...

—¿Sí?—lo alentó ella con voz vacilante.

—Soy un hombre de palabra. —Sonriendo, la tomó de la mano y la guió hacia la cocina.

Pronto tendría que entrar en acción, se dijo Savannah, apoyándose con descuido contra la puerta, mientras observaba cómo Cord revisaba el armario en busca de café. Parecía creer que ya la había domado y Savannah se asombró ante la seguridad de él. Qué presumido que tenía que ser, pensó con admiración, para pensar que luego de una cena y de un beso, la había convencido de que pasara el fin de semana con él. Echó una mirada hacia el vestíbulo y el mueble con las llaves. Si caminara con descuido hacia la sala...

—Antes de que termine el fin de semana, pienso hablar seriamente contigo acerca de tu afición al juego —bromeó Cord mientras llenaba la cafetera con agua.

—¿No la apruebas? —se burló ella, pensando en el hecho de que muy pocas veces jugaba a los naipes y jamás lo hacía por dinero.

Quizá él creía que ella tenía pasión por el juego. Cruzó los brazos sobre el pecho y caminó lentamente hacia la sala, deteniéndose justo en la línea de visión de él, para contemplar un cuadro.

—No voy a negar que esta noche tu vicio estuvo de mi parte —rió él—, pero insisto en que apartes de ti esas malas costumbres. ¡No me gustaría que otro hombre tuviera la misma suerte que yo!

—Un fin de semana es muy poco tiempo —comentó Savannah, casi fuera de la vista de Cord—. Supongo que podré prescindir del juego durante dos o tres días.

—Nadie dijo que esto fuera a terminar con el fin de semana, Savannah.

—¿Ya estás pensando en una relación a largo plazo? —bromeó ella—. ¡Qué emocionante! A menos que resultes ser un amante posesivo, claro.

No debió haber dicho eso, pensó de inmediato. Cord apareció en la puerta de la cocina y la observó.

—Seré un amante sumamente posesivo —le aseguró con un tono peligrosamente suave—. Te rendiste a mí en un juego de naipes, mi reina y no hay forma de echarse atrás...

El sonido del teléfono en la cocina interrumpió el discurso de Cord y al verlo alejarse para atender, Savannah sintió un increíble alivio. Algo en la intensidad de la mirada de Cord la había atemorizado, era como si realmente creyera que podría controlarla. Había sido un juego de naipes estúpido, se dijo furiosa. Decidió que ésta era la mejor oportunidad para escapar.

—¿Hola? —La voz profunda de Cord respondió a la llamada y Savannah contuvo el aliento.

En silencio comenzó a alejarse hacia el vestíbulo, escuchando la conversación de Cord.

—Mira, Ella, sé que es un problema, pero te prometo que me encargaré de todo. Dame un poco de tiempo... Dame un poco de tiempo. —La persona debió de haberlo interrumpido, porque Cord dejó de hablar.

Savannah tenía el llavero en la mano. Con sumo cuidado abrió la puerta y salió a la calle. El Mercedes esperaba junto a la acera y ella voló hacia el auto, invadida por la excitación. Instantes más tarde estaba dentro del auto tratando desesperadamente de ponerlo en marcha. No tardó mucho. Casi enseguida, el poderoso motor rugió y Savannah puso el coche en movimiento. Al cabo de treinta segundos corría calle abajo, concretando la tan ansiada fuga. No quiso mirar hacia atrás.

En algo había tenido razón, pensó Savannah a la mañana siguiente, mientras subía al avión con destino a la Bahía de Monterrey. Se arrepentía totalmente de lo que había sucedido la noche anterior. Desde el principio hasta el final. «Dios Santo», pensó, acomodándose en el asiento y ajustándose el cinturón de seguridad, ¿qué demonios me sucedió? Era obvio que lo mínimo que había perdido era un buen empleo. Tendría que presentar la renuncia no bien regresara de Carmel, a hacerse efectiva de inmediato. Es más, decidió con pesar, hasta podría hacerlo por correo. La idea de volver a ver a Cord Harding en persona le resultaba de lo más deprimente.

—¿Café? —preguntó una amable azafata y Savannah aceptó agradecida.

No había dormido mucho esa noche. Como no se había atrevido a quedarse en su apartamento, dejó el Mercedes en el garaje con una nota que le decía al dueño que le pidiera las llaves al portero. Luego, en una desesperada carrera, temiendo que Cord apareciera de un momento a otro, cargó las maletas en su propio auto, huyó al aeropuerto y pasó el resto de la noche en un hotel cerca de allí.

Ahora estaba a salvo, decidió Savannah. Libre para pensar en el desastre que había dejado detrás de ella. Nunca había planeado unas vacaciones más oportunas. Tenía dos semanas para reponerse de la vergüenza, la furia y el desprecio hacia sí misma que sentía. Bebió otro poco de café caliente y se preguntó si era posible echarle la culpa al vino. No, hacerlo sería mentirse a sí misma. No había dudas de que el alcohol había aumentado la locura, pero durante toda la noche había sido plenamente consciente de lo que hacía. No había blancos en su memoria que pudieran ser utilizados como excusas.

Lo único positivo de todo el asunto era que Jeff Painter ya no le resultaba nada importante.

Savannah suspiró y sacudió la cabeza con pesar. Se había metido en una situación tan humillante, que lo único en que podía pensar esa mañana era en un alto hombre de cabellos rojizos y en su propia increíble estupidez. Pensar en lo que Cord opinaría de ella le resultaba tan intolerable como el hecho de saber que con su abominable comportamiento, era ella misma la que había causado esa opinión. ¡Y ella que había

pretendido enseñarle una lección! Savannah se lamentó para sus adentros, tratando de calmarse al pensar en que se había vengado de él por la forma en que se había metido en su vida, pero no logró tranquilizarse. Cord había simplemente tomado una decisión rutinaria que casualmente había tenido repercusión en la vida de ella. No era justo culparlo por eso y no había ninguna razón para acusarlo de haberlo hecho adrede.

Por otra parte, insistía su mente con obstinación, Cord no tenía derecho de decretar que la noche anterior ella estaba dispuesta a todo. Se merecía tener que ir a buscar el auto y que le pisotearan un poco el orgullo. ¿O no? Hizo una mueca de desprecio hacia sí misma. No había ninguna duda de que Cordell Harding era un tipo molesto y fanfarrón que creía que con sólo intentarlo conseguía a cualquier mujer. Savannah tuvo que admitir que su éxito y su vital masculinidad le facilitaban el camino a las aventuras amorosas. Ella tendría que alegrarse de haber tenido la oportunidad de demostrarle que no todas las mujeres estaban esperando para postrarse a sus pies en el momento en que él decidía que las deseaba. ¡Pero era difícil ver el lado bueno de las cosas cuando en lo único que se podía pensar era en lo embarazoso de la situación! No, jamás toleraría volver al trabajo dentro de dos semanas. Mandaría la renuncia por correo. Savannah sintió que se ruborizaba y se alegró de estar alejándose de la Costa Mesa. ¿Quién dijo que no se podía huir de los problemas?

Pensar en eso le levantó el ánimo. Al llegar al Aeropuerto de Monterrey recogió las maletas y alquiló un auto para el corto viaje hasta Carmel, ese lugar hermoso y tranquilo. Era el lugar preferido de Savannah para las vacaciones, y este año había elegido ir allí en lugar de Hawai o Acapulco. En realidad la vida nocturna sería más activa en los otros dos lugares, pero Savannah había preferido una pintoresca hostería en las solitarias playas de Monterrey. Ahora se alegró de haber optado por eso. ¡Lo menos que deseaba en ese momento era una vida nocturna agitada! Los acontecimientos de la noche anterior habían generado suficiente emoción para las dos semanas siguientes, pensó Savannah con ironía, mientras detenía el automóvil en la pequeña playa de estacionamiento detrás del hotel.

—¡Señorita Emery! La estábamos esperando —sonrió el empleado de la recepción.

En su rostro de mediana edad había una expresión de cálida bienvenida. Y algo de admiración masculina, notó Savannah y luego se dijo que últimamente estaba algo obsesionada con las miradas que veía en los hombres.

—La hemos puesto en la dos dieciocho. Espero que le guste.

—Gracias. —Savannah le devolvió la sonrisa—. Tenía muchas ganas de venir aquí —agregó con sinceridad.

Media hora más tarde, Savannah se calzó un par de apretados vaqueros y unas zapatillas de lona. Una de las ventajas de su estatura eran las piernas largas, pensó mientras se miraba en el espejo. Pero había veces en que cambiaría todo por poder tener la sensación de ser pequeña y frágil. Se puso un anorak amarillo y pensó en el nuevo romance de Jeff. ¿Cómo se llamaba? ¿Alison? Bueno, se dijo Savannah con severidad. Ella no era ninguna Alison y eso era seguro. Además, el hecho de ser alta y grande tenía ciertas ventajas, pensó con una sonrisa. Los hombres casi nunca trataban

de aprovecharse de mujeres que eran casi del mismo tamaño que ellos. Excepto hombres como Cord Harding, se corrigió con pesar, mientras bajaba las escaleras. Pensaba ir primero a la agencia a devolver el auto alquilado y luego pasear por la calle llena de anticuarios que terminaba frente al mar.

Cuando por fin llegó a la playa, Savannah se permitió relajarse. Caminó con paso rápido por la orilla, disfrutando del espectáculo de las olas, los retorcidos cipreses de Monterrey que se aferraban a la rocosa costa y las extensas playas desiertas. Decidió caminar hasta deshacerse de los dolorosos recuerdos de la noche anterior.

—Disculpa —la interrumpió una voz masculina cuando comenzaba a emprender la marcha—. ¿Te importaría compartir la playa o éste es un paseo privado?

Savannah se volvió sorprendida y vio a un apuesto hombre de aproximadamente su misma edad, de pie sobre un pequeño acantilado cerca de ella. Apartando de su rostro unos mechones de cabello castaño, Savannah sonrió con amabilidad.

—La playa es pública, por supuesto— dijo—. No voy a echarle de aquí.

—¡Qué bien! —El hombre sonrió alegremente y bajó por el acantilado en dirección a ella.

Unos ojos oscuros la miraron de arriba abajo y Savannah notó que él no estaba desconforme con lo que veía. Pero su análisis fue cortés ella decidió no ofenderse. Había algo en esos ojos oscuros y en el natural encanto californiano que le hacían acordar a Jeff.

—Me llamo Eric Daly —le informó él deteniéndose a unos pocos metros.

—Yo soy Savannah Emery.

Al ver que él echaba una rápida mirada a la mano derecha de ella, Savannah se dio cuenta que quería ver si llevaba alianza. Con una sonrisa comenzó a caminar y Eric Daly se puso a su lado.

—¿Estás de vacaciones en Carmel? —preguntó con tono amable, hundiendo las manos en los bolsillos de la chaqueta.

Era un hombre atractivo y probablemente lo sabía, pensó Savannah, observando el color gastado de los apretados vaqueros, el cabello oscuro peinado en forma de parecer revuelto por el viento aun cuando no estuviera en una playa, y la elegante chaqueta.

—Sí —respondió con un dejo de sequedad.

No estaba segura de querer fomentar la relación.

No quería saber nada más de hombres por el momento. Pero tenía que responder con algo.

—¿Y tú?

—Estoy viviendo en la casa de unos amigos, allí sobre el acantilado. —Señaló una elegante mansión que miraba hacia el mar—. Es un lugar hermoso, pero demasiado tranquilo. ¿Estás sola? —agregó con delicadeza, mirándola por el rabillo del ojo.

—Sí —replicó Savannah con tono seco—. Vine en busca de paz y tranquilidad.

Eric era alto como Jeff, pero no tanto como Cord Harding. Tampoco tenía el físico musculoso de Cord, que probablemente era un saldo de los días en la

construcción. Sin embargo, si ella no se ponía tacones, Eric sería de una altura razonable.

—¿De qué te ríes? —preguntó Eric con cautela, al ver la sonrisa de Savannah.

—De nada, en serio. Estoy simplemente disfrutando del día —dijo ella enseguida, dejando que la sonrisa se convirtiera en la expresión cálida y risueña que encantaba a sus amigos y hacía que los candidatos entrevistados se sintieran cómodos.

La sonrisa surtió el acostumbrado efecto y Eric también sonrió. «Probablemente piensa que hizo una conquista», suspiró Savannah para sus adentros. ¡Al diablo con los hombres! Entonces recordó lo que Cord le había dicho acerca de abrumar a los hombres; que todos al final decidirían que sería más seguro tenerla de amiga que de amante. El comentario le había molestado principalmente porque había presentido que había algo de cierto en eso. ¿Acaso Eric Daly era también de carácter débil? ¡Diablos! Ella no era ninguna bruja...

—¿Tienes auto? —preguntó Eric con curiosidad.

—Lo entregué en la agencia de alquiler esta mañana. Como las tiendas, los restaurantes y el mar quedan tan cerca de la hostería, decidí que no lo necesitaría. Vine aquí a descansar —dijo Savannah con tono decidido—. No tengo pensado conducir hasta que me vaya.

—¿No quieres dar un paseo por el campo? ¿O pasar algo de tiempo en Monterrey?

—No es importante. No en este viaje.

—Estás decidida a descansar ¿verdad? —Eric rió—. ¿En qué trabajas que necesitas tanto descanso?

Savannah rió.

—No es nada tan terrible. Soy encargada de personal. Pero los últimos dos meses han sido algo agotadores. —Se encogió de hombros—. ¿Y tú?

—¿Cómo me gano la vida? Trabajo en compra y venta de propiedades. Tengo una empresa cerca de San Francisco.

—Con un trabajo cansador como ese, necesitarías las vacaciones más que yo —exclamó Savannah, con un dejo de admiración en la voz, que surtió el efecto de siempre.

Eric Daly quedó encantado.

—Me gusta el esfuerzo y la energía que se necesitan, pero hay veces en que necesito escaparme —admitió.

—¿Cuánto te quedas en Carmel?

—Alrededor de una semana. ¿Y tú? —Sonrió y le echó una mirada calculadora.

—Dos semanas.

—¡Demasiada paz!

—Te aseguro que la necesito —sonrió Savannah.

—¿Si prometo no hacer demasiado ruido y arruinar tu paz y tranquilidad, cenarás conmigo esta noche? No conozco a nadie de aquí excepto a mis amigos, los dueños de la casa, y ellos van a salir.

Sonrió y Savannah se dio cuenta de que estaba seguro de que ella iba a aceptar. ¿Y por qué no debía hacerlo? Eric había resultado ser un compañero inteligente y conversador y era muy halagador que un hombre así se interesara por ella luego de la traición de Jeff. Sin contar el interés de Cord Harding, se dijo de inmediato

—Me gustaría mucho —dijo, tomando una rápida decisión.

—Fantástico. Hay un lugar muy lindo cerca de tu hotel. Podremos ir a pie. ¿Te parece bien a las seis y media? Podremos tomar algo antes de cenar.

—De acuerdo.

Savannah sonrió y lo observó alejarse, con una extraña mezcla de sentimientos. No había hecho este viaje para conocer hombres. Es más, si hubiera tenido eso en mente, sin duda no hubiera conocido a nadie. Pero Eric parecía simpático y luego del cortante comentario de Cord acerca de cómo manejaba al sexo opuesto, era tranquilizador que un hombre demostrara interés. Con expresión decidida, Savannah subió a su habitación.

Esa noche se esmeró mucho al arreglarse, quizá debido a un instintivo deseo de contradecir a Cord, admitió con una mueca. Eligió un suave vestido que se adhería a su figura proporcionada y caía hasta los bien torneados tobillos. Automáticamente, buscó zapatos de tacón bajo. Se había convertido una norma para las salidas de noche. ¡Estaba muy bien ser de estatura imponente cuando se trataba con candidatos para empleos, empleados rebeldes y ejecutivos, pero había veces en que le hubiera resultado divertido ser hermosa pequeña y mimosa! Alguien hacia quien un hombre se sintiera instintivamente protector. Y bueno, suspiró, no se podía tener todo. Se negó a pensar en los momentos que había pasado bailando entre los brazos de Cord Harding la noche anterior.

Como siempre, Savannah estuvo lista con demasiada anticipación. Era una mala costumbre que había tratado de eliminar un par de años atrás, pero no lo había logrado. Había nacido para ser puntual, se dijo con una sonrisa, y se dispuso a hojear una revista que estaba sobre la mesita junto a la cama, tratando de encontrar algo para leer mientras esperaba a Eric. Acababa de acomodarse sobre un sillón para leer un artículo de negocios, cuando oyó que golpeaban a la puerta.

Se puso de pie, pensando con placer que Eric parecía tener el mismo problema de puntualidad que ella. Dejó la revista sobre la cama y fue a abrir la puerta con una cálida y alegre sonrisa.

—Hola, Eric —comenzó a decir antes de abrir la puerta por completo—. Me alegro de que no seas uno de esos hombres que dan por sentado que las mujeres siempre se atrasan...

Las palabras murieron sobre sus labios. Savannah contempló el fantasma junto a la puerta. Los ojos dorados adquirieron una expresión horrorizada, y Savannah tragó saliva, sin poder creer lo que veía.

—¡No! —chilló con desesperación y acto seguido, hizo lo primero que se le ocurrió.

Cerró la puerta de un golpe y le echó llave. Un instante más tarde se apoyó

contra la pared y observó la habitación con la mirada perdida. No era posible que Cord Harding estuviera allí afuera, a menos de un metro de ella.

Volvió a oír unos pacientes golpéenos a la puerta.

—Me temo que realmente soy yo —dijo Cord con suavidad.

La voz baja y profunda llegaba claramente desde el otro lado de la puerta.

Alejándose de la pared como si de pronto se hubiera convertido en un metal al rojo vivo, Savannah se volvió y la miró hipnotizada. ¡Debía de estar imaginando cosas! Seguramente Cord Harding no la había seguido hasta Carmel para... ¡para vengarse!

—Será mejor que abras la puerta, Savannah —dijo él con calma—. No voy a marcharme.

—¡Tienes que marcharte! —logró declarar sin ninguna lógica.

Miraba el picaporte fijamente como si de alguna manera Cord fuera a girarlo y entrar en la habitación. ¡Eso era ridículo! ¡El no podía derretir cerraduras!

—Déjame entrar, Savannah —le ordenó él con serenidad.

—¿Qué harás si no te dejas? —lo desafió ella con audacia, mordiéndose los nudillos en un gesto infantil que no había hecho por años—. ¿Derribarías la puerta? ¡Ni siquiera tú serías capaz de hacer semejante escándalo!

—Por supuesto que no —dijo él, con tono divertido—. ¿Por qué habría de tomarme todo ese trabajo cuando todo lo que tengo que hacer es bajar y buscar una llave?

—¡Cord, por favor! ¡Vete!—suplicó Savannah con desesperación.

—No puedo hacerlo, Savannah —murmuró él a través de la puerta, casi como si quisiera disculparse—. Hay demasiadas cosas que aclarar entre nosotros.

—¿Cómo qué? —preguntó ella, furiosa—. ¡No hay nada que hablar y tú lo sabes!

—¿Qué te parece ese asuntito del paragolpes trasero derecho del Mercedes? —sugirió él.

—¡El Mercedes! —exclamó Savannah, anonadada—. ¡Yo no le hice nada! ¡Estaba perfecto cuando lo dejé en el garaje!

Imágenes de una exorbitante cuenta por reparación del auto bailaban en su mente. Con una sensación de inevitable desastre, Savannah apoyó la mano sobre el picaporte. Giró la llave de mala gana y abrió la puerta lentamente, cerrando los ojos por un instante, antes de atreverse a espiar por la ranura.

A través del espacio de cinco centímetros que quedó entre la pared y la puerta, Savannah contempló al inesperado visitante. Cord la observó con divertida paciencia. Los ojos verdosos brillaron cuando puso una enorme mano contra la puerta y empujó.

—El auto no es lo único de lo que tenemos que hablar —comentó, abriendo la puerta poco a poco—. ¿Quién es Eric?

CAPÍTULO 4

—Eric —repitió Savannah distraídamente. Desde que había recibido el impacto de la presencia de Cord, no había podido pensar en el otro hombre. De pronto, recobró la memoria—. ¡Eric! —volvió a decir con repentina convicción, mientras retrocedía hasta el centro de la habitación.

—Sí, Eric —la imitó Cord, cerrando la puerta de un puntapié y avanzando hacia ella. Arqueó una ceja castaña con expresión reprobadora—. ¡No me digas que aparte de privarme de mis ganancias, tienes pensado dárselas a otro hombre!

Savannah sintió que se ponía casi tan roja como el vestido que llevaba. Hizo un desesperado intento por recobrar el control de la situación. Su sentido común le decía que el primer paso a dar era dejar de retroceder. Era una actitud muy negativa, se dijo con firmeza. Le daba a Cord la idea de que de alguna forma llevaba la ventaja.

—No sé qué es lo que crees que vas a lograr, Cord —dijo con vehemencia,

deteniendo la retirada e irguiéndose en toda su estatura.

Con la mayoría de los hombres eso hubiera resultado muy eficaz. Por desgracia, Harding no pertenecía a esa mayoría.

—Sí que lo sabes —la contradijo él, examinándola con sus centelleantes ojos verdosos—. Vine a cobrarme lo que me corresponde.

Se detuvo a menos de medio metro y le sonrió. Savannah decidió que esa sonrisa era tan digna de confianza como la de un tigre.

—No seas ridículo —dijo con voz tensa, tratando de congelarlo con su altivez. ¡Qué situación tan espantosa! ¡Y Eric llegaría de un momento a otro!—. ¡No tienes ningún derecho de atarme a esa... a esa estúpida apuesta y tú lo sabes! ¡Por todos los cielos, fue hecha bajo presión!

—Yo no te obligué a apostar un fin de semana de tu vida —señaló él con el tono de alguien que sabe que está en lo cierto. Echó una mirada a la habitación e hizo un gesto complacido—. Una hostería encantadora, dicho sea de paso. Este será un hermoso lugar para cobrar la deuda que tienes conmigo. Todavía me debes una velada en compensación por la que me perdí el viernes cuando te escapaste. Quizá me quede hasta el lunes a la noche para recuperar el tiempo perdido.

—¿Quieres dejar de comportarte como si hubiera algo de normal en todo esto? —exclamó Savannah furiosa—. No soy responsable por lo que sucedió anoche. ¡Tú... tú me obligaste a hacerlo! ¡Me incitaste! No tengo intención de... ¡Levántate de ahí! —exclamó con horror al ver que Cord se había sentado sobre el único sillón de la habitación.

—Quiero estar cómodo para oír las excusas —explicó él con tono amable, enfrentando los centelleantes ojos dorados con una expresión inocente que alarmó a Savannah.

—¿A qué estás jugando, Cord? —preguntó con rabia, poniéndose frente a él con las manos sobre la cadera.

—Dejé de jugar anoche —replicó él con serenidad—. Eres tú la que sigue deleitándose con juegos de azar.

—No puedes pretender realmente que salde una deuda de juego como la que me llevaste a hacer anoche. Debiste darte cuenta cuando me marché.

—Robándote mi auto.

—Tomando tu auto prestado —lo corrigió ella de inmediato, recordando el incidente con vergüenza—. ¡Debiste haberte dado cuenta de que no pensaba cumplir con el trato!

—Me di cuenta de que a último momento te asustaste—dijo él, observándola con una sonrisa condescendiente.

—¡En ningún momento pensé cumplir! En el mismo instante en que hice la apuesta, decidí que no la pagaría —exclamó.

—¿Tenías los dedos cruzados detrás de la espalda, ¿no es cierto? —preguntó Cord con expresión divertida—. Bueno, si es así, ahora es un buen momento para enseñarte que las deudas de juego son sagradas.

—Cord, escúchame —dijo Savannah furiosa—. Ahora no tengo tiempo para hablar de esto. ¡Va a llegar un amigo mío en cualquier momento!

—Ah, sí. El tal Eric. Tenemos mucho de que hablar, ¿no es cierto Savannah? ¿Por qué no te sientas y dejas de caminar ida y vuelta?

—¡Este es mi cuarto y si quiero caminar nadie va a impedírmelo!

—Eso es lo que me gusta en una mujer —comentó Cord con tono burlón—. Un carácter fuerte.

—¿Vas a marcharte de una buena vez? —preguntó ella muy tensa, volviéndose para mirarlo.

—Vamos, cariño —terció él con suavidad—. No pretenderás que me vaya y le deje el premio a otro hombre. ¿No te conté anoche que tengo tendencia a ser posesivo? Estoy seguro de que cualquiera de mis relaciones comerciales darán buenas referencias sobre mi tenacidad.

—¡No eres mi dueño! —exclamó Savannah.

Comenzaba a inquietarse de veras. Sentado allí, Cord parecía enorme e inamovible.

—Soy dueño de dos noches y dos días de tu vida —le recordó él.

Savannah dio un respingo ante la sangre fría con que lo decía.

—Sabes que sólo te usé para descargar algo de la frustración que sentía por lo de Jeff Painter —comenzó a decir, preguntándose si una táctica más humilde daría mejor resultado—. Había tomado demasiado y no pude menos que echarle la culpa por el traslado de Jeff a San Diego. Sé que no era lógico —admitió, mirándolo por el rabillo del ojo para ver qué efecto surtía—. Me refiero a que... bueno, sé que el traslado se debió nada más que a razones de negocios. Pero anoche estaba incómoda y tenía deseos de venganza. ¡Tú fuiste el que sugirió que jugáramos a las cartas para que yo me descargara!

—Lo entiendo. Lo entendí anoche.

—¿Entonces por qué me persigues? —preguntó Savannah volviéndose para enfrentarlo desde el otro extremo de la habitación—. Si lo que te preocupa es el auto, con todo gusto te daré el nombre de mi compañía de seguros...

—Prefiero cobrarme la cuota en tu persona, mi dulce Savannah.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella, sorprendida.

—Estoy hablando de hacerte el amor hasta que te vuelvas loca en mis brazos.

—Estaba de pie ahora, acercándose hacia ella mientras hablaba. La voz profunda se había convertido en un susurro áspero y seductor que hizo que Savannah se estremeciera—. Estoy hablando de hacerte cumplir la promesa que hiciste con esos ojos dorados. Estoy hablando de un fin de semana entero durante el cual te veré sonreír sólo para mí...

Savannah lo miró sin saber cuáles eran sus intenciones, semiparalizada por la viril determinación de su voz.

—Cord, sé razonable —susurró con tono vacilante—. No puedes obligarme a...

—¿Quién dijo que te voy a obligar? —preguntó él. Estaba muy cerca de ella, pero no la tocó—. He pensado mucho acerca de la mejor forma de tratar contigo, mi pequeña jugadora.

—¿Ah, sí? —preguntó ella con recelo.

—Ajá. ¿Quieres saber cuál es mi análisis de la situación y mi decisión final acerca de cómo cobrarte la deuda? —preguntó él con tono servicial.

Savannah lo observó con cautela, tratando de adivinar su estado de ánimo. No terminaba de entender este enfoque antojadizo. ¿Qué estaba tramando? No parecía estar dispuesto a usar la fuerza y eso le devolvió un poco de coraje.

—En alguna otra oportunidad —replicó ella, luchando por retomar el control de la situación. Apoyó una mano firme sobre el brazo de Cord y trató de empujarlo hacia la puerta. Era lo mismo que tratar de mover una enorme roca—. Quiero que te vayas, Cord.

—Todavía no —respondió él observando la mano de ella sobre su brazo. Levantó las manos y apoyó las palmas contra la pared, atrapando a Savannah entre sus brazos—. En primer lugar, creo que luego de haber emprendido este viaje para recoger mis ganancias, me merezco un beso de bienvenida.

—¡No! —Savannah se retorció al ver que Cord inclinaba la cabeza, pero una de las manos de él se apartó de la pared para sostenerle el mentón e inmovilizarla.

—Sí —la corrigió.

Savannah sintió el cálido aliento de él sobre su mejilla, justo antes de que la boca de Cord cubriera la de ella con lenta y provocativa deliberación. Savannah sintió que la rodeaba con el otro brazo, apretándola tan fuerte que no se podía mover. Era una repetición de la noche anterior, pensó, invadida por el pánico.

Trató desesperadamente de liberar las manos, cerrar los puños, y estrellarlos contra el ancho y musculoso pecho de Cord, pero él le tomó un puño, luego el otro y aprisionándolos en su mano los mantuvo detrás de la espalda de Savannah. En ningún momento la lastimó, pero había una frustrante sensación de solidez en sus movimientos.

—Basta —suplicó Savannah, cuando su boca comenzó a aflojar ante la insistencia de él.

¿Qué diablos le sucedía con este hombre, que le provocaba esas reacciones? ¡Ni siquiera le resultaba atractivo!

—No te preocupes —murmuró él contra los labios de ella—. Estoy cargando un poco a mi cuenta.

Savannah notó que la empujaba hacia la pared hasta que quedó aprisionada entre la dura superficie y el cuerpo sólido de Cord.

—No te debo nada —lloriqueó, furiosa y frustrada ante la sensación de impotencia cada vez mayor que experimentaba.

—Me debes todo lo que hay en ti ¿no te das cuenta? —ronroneó él, mordisqueándole la oreja—. Vine a cobrar. Pero no tienes por qué temer, pequeña

valquiria. A diferencia de ti, yo cumplo mi palabra y ayer prometí que no te apuraría. —Le soltó las manos y le pasó los fuertes dedos por el contorno del rostro—. Te daré tiempo...

—¿Cuánto? —preguntó ella de inmediato, vislumbrando una única posibilidad.

Cord se encogió de hombros.

—Un par de días, quizás. Puedo faltar un tiempo al trabajo...

—¡Un par de días más! —chilló Savannah, desesperada—. ¡Eso es muy poco para convencer a alguien para que tenga una aventura!

—¿Por qué no? —preguntó él razonablemente, sonriendo con expresión divertida—. Después de todo, no es lo mismo que si fuéramos dos extraño que empiezan de cero. Ya sabemos cómo van a terminar las cosas. ¿No me vas a privar del premio que me gané, verdad, mi dulce Savannah? —agregó con tono persuasivo.

—¡Con todo gusto! —Savannah apoyó las manos contra los hombros de él y empujó, pero fue en vano.

¡Pensar que durante todos estos años se había engañado con la idea de que quería un hombre grande y fuerte que la hiciera sentir débil y femenina! Ahora hubiera dado cualquier cosa con tal de que Cord fuera más pequeño y manejable.

—Afortunadamente para ti, antes de tomar el avión esta mañana juré que tendría paciencia —dijo él con tono burlón.

—Cord, por favor —intentó ella con desesperación—. Un amigo mío vendrá de un momento a otro. ¿No lo entiendes? No quiero tener que explicarle tu presencia.

—¿Dónde conociste al misterioso Eric? —preguntó Cord con tono amable, sin sacar los brazos de alrededor de ella.

—En la playa, hoy —le explicó Savannah con impaciencia—. Se aloja en casa de unos amigos y me invitó a cenar. Me resultará muy incómodo explicarle qué haces aquí.

—¿Quieres que se lo explique yo? —sugirió Cord alegremente.

—¡No!

—Pues entonces tendrás que decirle que se vaya.

—¡No pienso hacerlo! ¡Es un hombre muy simpático que me invitó a cenar y no tengo intención de humillarme contándole que no puedo salir con él porque mi jefe no me lo permite! —exclamó Savannah furiosa.

Unos fuertes golpes a la puerta interrumpieron el iracundo discurso.

—Es Eric —susurró.

—¿Y qué? —preguntó él con tono suave—. Dile que se vaya.

—¡No puedo! —replicó Savannah, luchando por liberarse—. Tengo una cita con él esta noche y no pienso fallarle. ¡Si hay algo de caballerosidad en ti, pues métete en ese ropero y escóndete!

—¿Esconderme? —preguntó Cord azorado. Tuvo la suficiente delicadeza de no levantar la voz—. ¿En el ropero? ¿Estás loca? ¡Este es mi fin de semana, no el de Eric!

Volvieron a oírse los golpes a la puerta.

—Enseguida voy, Eric —gritó Savannah—. Estoy hablando por teléfono.

—No hay apuro —respondió Eric amablemente—. Te esperaré aquí afuera.

—Pues bien —siseó Savannah, mirando a Cord con ojos relampagueantes—, ¿vas a hacerme quedar mal o vas a optar por ser cortés y desaparecer?

Era inevitable, por supuesto y Savannah lo sabía. Cord iba a hacer un escándalo y humillarla más de lo que lo había hecho hasta ahora. Pero tenía que intentarlo una vez más.

Durante un largo y tenso momento, Cord la miró, como si estuviera tratando de decidir qué hacer.

—Juré que iba a ser paciente contigo —dijo finalmente—, pero no tengo muchas ganas de esconderme en los roperos mientras jugueteas con otros hombres. Eso es pretender demasiado ¿no te parece?

Savannah vio la risa en sus ojos y sintió deseos de pegarle.

—Por favor —dijo en voz baja, abriendo los enormes ojos suplicantes.

No le costó demasiado.

—La última vez que accedí a tus súplicas terminé con la cama vacía y el Mercedes chocado.

—Cord, si me haces este favor, te juro que regresaré más tarde y aclararé todo contigo.

—¿Palabra de honor? —se burló él.

—Sí.

—¿No escaparás dejándome encerrado en un ropero?

—¡Cord! ¡Por el amor de Dios!

—¿A qué hora regresarás? —murmuró él.

—No lo sé. Pero no será muy tarde —agregó de inmediato, al ver que el rostro de él se endurecía—. Le... le diré a Eric que quiero volver temprano.

Aguardó ansiosamente, vislumbrando un rayo de esperanza.

—De acuerdo —dijo Cord luego de un instante. Se volvió en forma abrupta y pasó junto a ella—. Pero si no te importa me esconderé en el baño en lugar del ropero. Creo que no quepo ahí adentro.

Atónita, Savannah lo siguió con la mirada. ¡Iba a hacerlo! Iba a permanecer fuera de la vista mientras ella se iba con Eric. ¡No podía creerlo!

—Gra... gracias —murmuró, sin atreverse a creer que la victoria había sido tan fácil.

¿Qué estaba sucediendo allí?

—El placer es mío— dijo él, entrando en el baño y volviéndose para enfrentarla, con la mano sobre la puerta.

—Asegúrate de estar aquí a las diez.

—¡A las diez! ¡Nadie vuelve a las diez! No he vuelto a las diez desde que estaba en la escuela secundaria.

—Una de dos —terció Cord con tono lacónico—. O estás aquí a las diez o me encargaré de explicarle todo a tu Eric.

—Regresaré —prometió Savannah deprisa.

No quería perder la ventaja que había ganado en forma tan inesperada.

—Bien. Por cierto que mi decisión de ser paciente va a ser puesta a prueba esta noche. Ya me estoy sintiendo como un idiota.

—Te agradezco mucho —comenzó a decir Savannah, extendiendo la mano para cerrar la puerta.

—Recuerda, Savannah —murmuró Cord, impidiéndole cerrar la puerta—. A las diez.

—Lo recordaré —prometió ella, pensando que si alguna vez lograba salir de esa habitación lo más probable era que jamás regresara.

—Cinco minutos después de la hora mágica comenzaré a buscar. Es una ciudad pequeña, Savannah.

Savannah dejó escapar un suspiro resignado. Iba a tener que volver y hablar con él. ¡No podía permitir que la siguiera por todas partes!

—Regresare.

—Sí sé qué lo harás —sonrió él y le permitió cerrar la puerta.

Savannah respiró hondo, tomó un chal y salió.

—Eric, discúlpame por haberte hecho esperar —dijo al salir al vestíbulo.

—No hay problema. ¿Terminaste tu conversación? No quería apurarte —dijo Eric amablemente, mientras le acomodaba el chal sobre los hombros, disfrutando de la belleza de ella.

—Ah, sí. Era... era una amiga de la oficina —mintió Savannah enseguida—. Me llamó para decirme que trataría de venir a Carmel mientras yo estuviera aquí.

—¡Qué bien! Si aparece, le conseguiré un amigo así seremos cuatro.

Savannah observó con aprensión el rostro entusiasmado de Eric. Ese era el problema de las mentiritas piadosas. Caían sobre uno como bolas de nieve.

—Creo que este restaurante te gustará —dijo Eric al cabo de unos minutos, cuando salieron a la acera—. Es a unas pocas calles de aquí. Se especializan en cocina francesa con pescado y tienen una carta de vinos excelente.

—Suena maravilloso —asintió Savannah, tratando de disimular su mirada nerviosa en dirección al segundo piso de la hostería.

De inmediato deseó no haber caído en la tentación. Cord estaba allí, observándolos desde la ventana. No bien vio que ella miraba hacia arriba sonrió con expresión benigna y saludó alegremente. Pero Savannah no se dejó engañar ni por un segundo. Había visto la expresión dura en el rostro de él antes de que la reemplazara por esa falsa cortesía y había sentido un escalofrío. De pronto se preguntó por qué Cord le había permitido salir con Eric. Esa actitud no concordaba con la expresión en esos ojos verdosos. Una vez más, Savannah se sintió agradecida por su experiencia con la gente. Los años en que había tenido que tratar con diferentes ejemplos de naturaleza humana, la habían convertido en una experta para conversar en condiciones no ideales. Pero aún mientras hablaban del menú con Eric y aceptaba su elección del vino, su mente daba vueltas al problema de cómo tratar con Cord Harding. ¿Qué

demonios iba a hacer con él? ¿Durante cuánto tiempo pensaba seguirla por todo el país, esperando para cobrar sus cuotas? Todo este asunto era de lo más perturbador.

—Parece que te gusta mucho trabajar con bienes raíces —comentó en una oportunidad, mientras jugueteaba con la ensalada.

Por lo general tenía buen apetito, pero esta noche...

—Tuve la suerte de estar allí cuando California comenzó a ser un éxito —rió él, muy satisfecho—. Los bienes raíces son una de las últimas tonteras para los que quieren hacer fortuna.

—Creo que me metí demasiado en la rutina del horario de oficina —admitió Savannah con una sonrisa de disculpa.

—Podrías explotar tu talento en forma independiente. No sé, algún tipo de trabajo de asesoramiento, quizá —sugirió Eric.

Pero en un momento en que Savannah levantó la mirada para responder a un comentario de Eric, se quedó paralizada. Por encima del hombro de Eric vio que el camarero guiaba a un solitario comensal hacia una mesa junto a la ventana. ¡Cord! ¡La había seguido hasta el restaurante!

—¿Qué sucede Savannah? ¿Estás bien? —preguntó Eric con voz preocupada.

—Estoy bien —le aseguró tomando un reconfortante sorbo de vino.

Por el raballo del ojo vio que Cord la observaba mientras recogía el menú. Notó que sonreía con lo que suponía que era displicencia y cortesía. Pero las sonrisas de Cord siempre le hacían pensar en un animal salvaje que acecha a su presa. ¿Qué iba él a hacer ahora? Echó una ojeada al reloj. Eran sólo las siete. ¡Faltaba mucho para la hora en que el mundo entero se convirtiera en una calabaza!

—¿Has hecho alguna inversión en propiedades? —preguntó Eric, encarando su tema preferido—. ¿Eres dueña del apartamento donde vives?

—No —balbuceó ella, muy consciente de la mirada penetrante de Cord.

—¿Qué haces con tu dinero? —quiso saber Eric, a punto de convertirse en el asesor financiero.

Savannah no estaba de humor para que le dieran un sermón acerca de como invertir el dinero.

—Estoy en el mercado de valores —explicó, deseando que eso pusiera fin a la conversación.

—¡El mercado de valores! —exclamó él con reprobación—. Ese no es lugar para una mujer.

Savannah arqueó una ceja y sonrió con expresión peligrosa.

—Al contrario. Me atrae tanto como las propiedades a ti. Hay muchas mujeres que invierten en acciones.

—Es un enfoque equivocado —proclamó Eric, sin darse cuenta de que Savannah no tenía ningún deseo de representar el papel de la mujer indefensa que necesita consejos—. Lo que hace falta es comenzar con alguna propiedad —comenzó a decir con tono pomposo.

—No me interesa ese tipo de inversión —dijo ella con voz dulzona, tratando de

cortar nuevamente la conversación.

La sonrisa de Cord se había vuelto más amplia. Se había dado cuenta de que ella estaba perdiendo la paciencia con Eric. Trató de mirar a su compañero con una expresión cálida que contradijera su fastidio.

—Es mía la cuestión de responsabilidad, ¿no crees? —preguntó Eric con aire de superioridad—. Sin duda no te gusta la idea de tener que ocuparte de todos los detalles de las propiedades, tratar con inquilinos, encontrar compradores y hablar con agentes.

—Digamos que el mercado de valores me resulta mucho más emocionante —replicó Savannah con ironía.

—No deberías bromear con eso. Estamos hablando de tu futuro —dijo apuntando el tenedor hacia ella para dar más fuerza a sus palabras.

—Si no te importa —dijo Savannah con deliberación, deseando que Cord dejara de mirarla en esa forma—, prefiero no hablar del futuro esta noche.

Eric vaciló, desgarrado entre las ansias de iniciarla en el camino de la virtuosidad fiscal y el deseo de proseguir con el lado romántico de la velada.

—En alguna otra oportunidad, quizá —asintió, sonriéndole con expresión de quien entiende que una mujer no quiere cargar la mente con asuntos tan pesados.

—Quizá —dijo Savannah.

No tenía intención de volver a tocar el tema.

La tensión que había llenado el salón cuando Cord entró pareció aumentar con el correr de las horas. Savannah la sintió en cada centímetro de su cuerpo, tensándole los nervios a medida que se acercaban las diez de la noche. Iba a tener que deshacerse de Eric y aclarar las cosas con Cord. Nada más que eso. ¡Era mejor enfrentar y sacarse de encima esa desagradable situación que vivir con el perenne temor de encontrarse con un fantasma pelirrojo en citas futuras! Iba a tener que ser muy, muy firme con Cordell Harding, se dijo Savannah, mientras Eric pagaba la cuenta y la guiaba hacia la puerta.

—¿Qué te parece si vamos a tomar algo a ese lugar cerca de tu hotel? —sugirió Eric, sin percibir en absoluto el dilema en que se encontraba Savannah—. Creo que hay una pequeña orquesta.

Savannah echó una mirada al reloj.

—Ay, Eric, me encantaría, pero mejor dejémoslo para otra vez. Lamento ser tan aguafiestas, pero lo que pasa es que estoy agotada. Anoche no dormí mucho y tuve una semana terrible. ¿Te importaría mucho dar por terminada la velada? —Lo miró con expresión seductora y le sonrió.

—¿Tan temprano? —comenzó a decir él, bastante sorprendido.

Probablemente no estaba acostumbrado a que sus invitadas quisieran regresar a casa temprano.

—No tenía pensado salir esta noche —explicó Savannah—. Mis planes iniciales

incluían estar profundamente dormida a esta hora.

—Ya veo. —Vaciló un instante—. ¿Una sola copa?

—Bueno... —Finalmente accedió y asintió con la cabeza.

Todavía le quedaba media hora.

Pero no encontró la tranquilidad en el pequeño club nocturno. No bien Eric ordenó las bebidas, Savannah sintió un escalofrío y supo que Cord estaba en la habitación. Al cabo de un momento lo vio a través del humo y la oscuridad, apoyado contra el bar con un vaso en la mano. Estaba mirándola y cuando sus ojos se cruzaron con los de Savannah, miró el reloj con expresión cargada de intención.

Savannah apretó los dientes y consideró varios planes de acción, pero todos hubieran resultado muy embarazosos para el pobre Eric. No podía hacerle eso, pensó, y se avocó a la tarea de mostrarse agradable por otros veinte minutos más. La única satisfacción que extrajo del resto de su salida fue cuando sin saberlo, Eric la hizo pasar junto a Cord al dirigirse a la puerta. Durante un segundo Cord estuvo tan cerca de ella que hubiera podido extender el brazo y tocarla. Savannah vio la risa en las profundidades verdosas de los ojos de él y con toda deliberación esbozó una sonrisa falsa, al tiempo que incrustaba el tacón de su sandalia en el dedo del pie de Cord.

—Ay, perdón —murmuró con el tono arrepentido que se usa cuando uno choca contra un desconocido.

—No es nada —replicó Cord con voz sedosa. Cuando Savannah pasó junto a él, agregó—: Lo debitaré a tu cuenta.

Por lo menos el corredor que daba a su cuarto estaba vacío, pensó Savannah aliviada, cuando Eric se detuvo junto a la puerta. Con un poco de suerte, Cord tendría la cortesía de mantenerse fuera de la vista mientras ella se despedía.

—Lamento terminar la velada tan temprano —dijo Eric con voz algo ronca, tomándole la mano y sonriendo en forma encantadora.

Savannah se dio cuenta de que iba a besarla y se sorprendió al ver que estaba nerviosa. Al fin y al cabo debería sentirse halagada de que este hombre atractivo e inteligente la hubiera encontrado atractiva. ¡En especial cuando no había resultado una compañera muy divertida! Entonces ¿por qué experimentaba esta sensación furtiva, como si de alguna forma estuviera mal permitir que Eric la besara?

—Lo pasé muy bien —le aseguró, tratando de convencerse también a sí misma—. Lamento mucho todo esto, pero te aseguro que necesito descansar —agregó con una sonrisa de disculpa.

—Te llamaré mañana —murmuró Eric inclinándose hacia ella.

Savannah había levantado el rostro para recibir el beso y estaba cerrando los ojos como correspondía cuando Eric, aparentemente embestido desde atrás, de pronto perdió el equilibrio y cayó contra ella.

—¡Qué diablos...! —exclamó, volviéndose para echar una mirada fulminante al corpulento hombre que había aparecido desde la escalera.

—Le ruego que me disculpe —dijo Cord con serenidad, mirando el rostro serio de Savannah—. Debo de haberme tropezado al doblar la esquina.

Hizo un exagerado intento de acomodar la chaqueta de Eric y luego comenzó a hurgar en sus propios bolsillos.

—Caramba, estoy seguro de que guardé las llaves en mi chaqueta antes de esta noche —murmuró como si estuviera hablando solo—. ¿Ustedes dos están parando aquí? —prosiguió con tono amable, dirigiéndose a Eric y Savannah en general.

—Savannah sí. Yo estoy en casa de unos amigos en el centro de la ciudad —explicó Eric con sequedad.

Comenzaba a darse cuenta de que Cord no iba a desaparecer rápidamente dentro de alguno de los cuartos.

—Hermoso lugar ¿verdad? — le comentó éste a Savannah que apenas sonrió—. No veo la hora de ir a la playa mañana. Me dijeron que los domingos sirven un riquísimo desayuno completo. A usted le gustan los anticuarios y las tiendas de arte, ¿no es cierto? A las mujeres siempre les gustan esas cosas —le explicó a Eric—. A decir verdad, yo también pienso buscar alguno que otro objeto de arte. Necesito algo para la repisa sobre el hogar. Por casualidad no habrán visto nada interesante, ¿verdad?

—Bueno... no, me temo que no. —Eric observó a la furiosa Savannah con expresión de impotencia.

—Creo que ya es hora de que me vaya...

—Otra vez muchas gracias —dijo ella con tono cortés, deseando poder gritarle a Cord—. Esperaré tu llamado.

—Sí, bueno. Hasta mañana entonces.

Con una última mirada frustrada en dirección a Cord, Eric se marchó, dejando atrás a una iracunda Savannah.

—Eso —declaró ella con vehemencia al verlo desaparecer— estuvo totalmente de más.

—¿Cómo que estuvo de más? ¡Ibas a permitir que te besara!

—¿Y qué? ¡No es asunto tuyo! —exclamó Savannah, sacando la llave del bolso e introduciéndola en la cerradura con un movimiento brusco.

—¡Claro que sí! Se supone que este es mi fin de semana. Te dejé salir a cenar con él ¿no? ¿Qué más pretendes que haga?

Savannah lo ignoró y luego de encender la luz, entró en el cuarto.

—Además —anunció Cord, como si tuviera la última palabra—, no es más que otro Jeff Painter.

—¡Sucede que a mí me gustan los tipos como Jeff!

—No es cierto —la contradujo él enseguida, sentándose de nuevo sobre el único sillón—. ¡Bueno, al menos no pensarás así cuando hayas aprendido a apreciar mis varias y diversas cualidades! —Estiró las piernas y se miró un zapato—. Eso que me diste en el club nocturno fue un golpe feo —comentó como al pasar.

Savannah oyó la satisfacción en su voz y se dio cuenta de que Cord estaba contento con la forma en que progresaban las cosas, como si pudiera permitirse unas bromas porque sabía que en última instancia era él quien tenía control de la situación. Esa seguridad preocupaba a Savannah, pero no dio señales de estar perturbada cuando se sacó el chal y el collar que había usado.

—Te merecías mucho más que un pisotón —replicó, mirándolo en despejo.

—Por suerte para ti, he decidido enseñarte a ser una buena perdedora.

Cord estaba muy cómodo en la silla, observando los movimientos de ella con evidente interés.

Frunciendo el ceño con expresión severa, Savannah se volvió y se sentó sobre la cama, enfrentando a Cord. Mantuvo deliberadamente el cabello recogido en su elegante peinado. Había algo en la mirada de Cord que le decía que él deseaba que se sacara algunas prendas más. Probablemente pensaba que si se ponía cómoda estaría más vulnerable, decidió Savannah.

—Bueno, —dijo ella con tono lejano—. Terminemos con esto. Es obvio porqué te dejé plantado anoche.

—En medio de una conversación con una tía muy querida —la interrumpió él.

—Me doy cuenta de que mi partida perturbó tu orgullo masculino. Me he convertido en una especie de desafío para ti ¿verdad? —Sin darle tiempo para responder, Savannah prosiguió—: Sé que soy diferente del tipo de mujer con que sales habitualmente. Según los chismes de la oficina, parece que prefieres las rubias pequeñas y decorativas, de modo que no trates de hacerme creer que soy más que un capricho pasajero. —Respiró hondo—. Lamento lo de anoche. Te aseguro que no sé lo que me sucedió, pero te puedo garantizar que nunca apuesto, y menos ese tipo de cosas. Te pido disculpas si tu auto fue golpeado mientras estaba en mi garaje. Pagaré el arreglo, por supuesto. Respecto al resto, te agradecería mucho que olvidaras un estúpido comportamiento en la fiesta.

¡Bueno! Se había disculpado en forma. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Muy lindo —aprobó Cord en voz baja. Los ojos verdes no se apartaron del rostro de ella ni por un instante—. Hay un solo problemita.

—¿Cuál? —preguntó Savannah muy tensa. Presentía la firmeza de él y deseaba escapar de ella.

—No voy a renunciar a lo que me gané anoche —murmuró Cord—. Te deseo a ti.

CAPÍTULO 5

—Pues no puedes tenerme —replicó Savannah, atónita ante la escandalosa simpleza de sus palabras.

Trató de disimular su nerviosismo con un gesto altanero, pero no se atrevió a mirarlo a los ojos.

—¿Quieres que te diga exactamente qué voy a hacer para convencerte de que pagues tus deudas? —sonrió Cord—. Ahora sé en qué fallé anoche.

—¡No hay nada que puedas hacer!

—¡Claro que sí! Voy a acosarte —explicó él, con los ojos cargados de risa y anticipación—. De la misma forma en que lo hice hoy. No podrás ir a ninguna parte con otro hombre sin tenerme detrás de ti.

—¡No puedes hacer eso! —rugió Savannah furiosa. Se puso de pie de un salto y caminó hasta la ventana, volviéndole la espalda—. Eso es una forma de hostigamiento o algo así. ¡Estoy segura de que va contra la ley! ¡No lo permitiré!

—Entonces será mejor que te decidas a darme mi fin de semana —replicó Cord.

Su tono era divertido, pero había una nota de hierro en la voz. Savannah sintió algo de temor. Conocía a Cord Harding lo suficiente como para saber que nunca se desviaba de un objetivo.

—¡No permitiré que me fuerces a hacer esto!

—Ah, pero allí está justo la perfección de mi plan. No harás nada por la fuerza. Eso espero.

—¿Qué quieres decir? —masculló Savannah.

Se dio cuenta de que una parte de ella estaba realmente intrigada. ¿Qué sucedía en la malévola mente de Cord?

—Quiero decir que el éxito de mi plan se basa en mi habilidad de ser paciente —admitió él con pesar—. Me temo que es un punto débil, pero de todos modos voy a intentarlo —agregó.

—¿Crees que voy a hartarme de tenerte detrás de mí en cada cita y que te voy a pagar las apuestas con tal de deshacerme de ti?

Savannah mantuvo la mirada fija en los cipreses que se veían desde la ventana. Si no iba a amenazarla con la fuerza, todavía existían posibilidades.

—Cuento con crear una respuesta automática en ti —rió él con expresión traviesa—. Cada vez que regreses de una cita con otro hombre, te encontrarás despidiéndote en mis brazos, y no los de él. Después de un tiempo, simplemente aceptarás lo inevitable.

—¡Estás loco! —balbuceó Savannah.

Tuvo una visión de un interminable futuro de Jeff Painter y Eric Daly empujados y echados por Cord cuando la trajeran de vuelta a su casa. ¡Era ridículo! ¡Además, no daría resultado!

—No creo que me lleve mucho tiempo. Se me ocurre que debes ser muy rápida para aprender —dijo Cord con tono alentador.

—Renunciaré a mi trabajo cuando regrese a Costa Mesa y si insistes en perseguirme me iré a vivir a otro apartamento. ¡Nunca me encontrarás! —lo amenazó, volviéndose para enfrentarlo con expresión furiosa.

—Sí que lo haré —declaró él con total seguridad y Savannah le creyó—. Pero no creo que haya que llegar a eso —agregó con tono meditativo—. Ya te expliqué que sé en qué me equivoqué anoche...

—¿Lo tienes todo pensado, verdad? —dijo Savannah con un gesto orgulloso.

—Creo que sí. Anoche, el problema fue que no pudiste tolerar la inevitabilidad de todo el asunto. Según los términos de la apuesta, yo establecí el tiempo y el lugar de tu entrega y eso fue más de lo que tu orgullo pudo soportar. Lo comprendo —dijo con una sonrisa que aumentó la tensión de Savannah—. En mi nuevo enfoque, la inevitabilidad sigue presente, pero serás tú la que más o menos decida cuándo y dónde.

—¿Eso es todo? —murmuró ella, sin poder dar crédito a sus oídos—. Pues déjame que te diga una cosa. Eso no es ni siquiera el principio. Te olvidaste de incluir ciertos factores importantes, tales como el amor, la amistad, el compromiso de sentimientos y todas las otras cosas que entran en una relación. ¿No lo entiendes, Cord Harding? ¡No pasaría un fin de semana contigo a menos que estuviéramos tan enamorados que todo lo demás dejara de ser importante! ¿Sabes de qué estoy hablando? ¿O ves a las mujeres sólo como conquistas pasajeras, diversiones de fin de semana? Anoche yo era una novedad para ti, y cuando me escapé, pasé a la categoría de desafío. ¡Tu vanidad masculina se resintió y ahora te has convencido de que debes cobrarme la apuesta para salvar tu ridículo orgullo!

—Tú —dijo Cord con voz áspera, entornando los párpados —no sabes nada acerca de mis motivos, de modo que no trates de adivinarlos.

Se levantó de la silla y se acercó a Savannah antes de que ella pudiera alejarse. Unas manos fuertes se cerraron alrededor de su cintura y la atrajeron contra el cuerpo duro. Savannah se preguntó que había sucedido con la expresión divertida que había visto en sus ojos unos minutos antes.

—Yo, por otra parte —prosiguió él con deliberación, observando la expresión asombrada de ella con una cierta satisfacción— te comprendo perfectamente. ¡Te pareces mucho a mí, Savannah Emery y si durante los últimos dos meses no hubieras estado tan ocupada tratando de seducir a Jeff Painter, te habrías dado cuenta de eso!

—¡No es cierto! —exclamó Savannah, tratando de no perder el control de la situación—. Tú y yo no tenemos nada en común. ¡Y no estaba tratando de seducir a Jeff! —agregó, furiosa.

—Sí que estabas. —Cord sonrió y la risa llegó hasta sus ojos—. ¿Por qué no tratas en cambio de seducirme a mí? No voy a huir en busca de una mujer más tranquila como hizo él.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Savannah estrelló la palma de la mano contra la mejilla de Cord. En el interminable momento de silencio que siguió, ella sintió una onda de impacto tan tremenda que anuló el punzante dolor de la mano. ¡Jamás había hecho algo así! Y a juzgar por la fugaz expresión de fastidio que cruzó por el rostro de Cord, él tampoco estaba acostumbrado a eso. En ningún momento quitó los brazos de alrededor del cuerpo de ella y Savannah se dio cuenta de que no habría forma de evitar que le devolviera la bofetada si él deseaba hacerlo. Con mucho coraje enfrentó la mirada oscura de los ojos verdes y se quedó inmóvil en el círculo de sus brazos.

—Tú sí que pones a prueba la paciencia de un hombre —dijo Cord por fin, con un tono parejo y lacónico.

—Te... te lo merecías —balbuceó ella con labios temblorosos.— Me estabas insultando...

—No estaba haciendo nada de eso, pero no discutiremos ahora. Límitate a agradecer que he decidido no usar la fuerza, mi dulce valquiria. ¡Pero sería útil que recordaras que todas las decisiones son revocables por aquél que las toma! No vayas a llevarme demasiado lejos.

No iba a pegarle; Savannah se dio cuenta de eso y recobró el coraje. Por el momento no se detuvo a cuestionar el porqué de tanta tolerancia, pero se apresuró a ver hasta dónde llegaba.

—Acercas de esta decisión tuya —lo provocó, lanzando una mirada calculadora al rostro duro de él—. ¿Cuáles son los límites? ¿Me garantizas que no harás nada más que molestarme?

Cord respiró hondo antes de responder.

—No quiero tenerte en mi cama por la fuerza. Quiero que estés allí porque tú también lo deseas.

Savannah asintió con la cabeza.

—Es una cuestión de orgullo, ¿no es así? Tu vanidad no tolera la idea de que no puedas convencer a una para que pase el fin de semana contigo, sin tener que usar la fuerza.

Los nervios que había sentido antes fueron reemplazados por una cierta satisfacción. Si Cord iba a ser puro ruido y pocas nueces, quizá todavía podría tratar con él.

—Espero que con la molestia sea suficiente —replicó él con tono burlón.

Sin duda había notado que Savannah estaba recobrando la confianza.

—¿No usarás la fuerza? —insistió ella, tamborileando los dedos sobre la manga del saco de Cord.

—No —le confirmó él—. Es más, dejaré que seas tú la que ponga fin a nuestra pasión —agregó con magnanimidad.

—¡Si corre por cuenta mía no habrá ninguna pasión a la que poner fin! —replicó Savannah.

—Bueno —dijo Cord con una nota de pesar en la voz—. Me temo que no puedo renunciar a todos los privilegios masculinos. —Sus labios se curvaron en una sonrisa. —Habrá momentos como ahora, en que la necesidad de demostrar que no eres indiferente a mí será casi intolerable.

Savannah se dio cuenta demasiado tarde de cuál era su intención y trató de esquivarlo, pero Cord la inmovilizó sin ningún esfuerzo y aun cuando luchaba contra él, Savannah advirtió que el peligro real estaba allí, en su beso.

—Recuerda —susurró Cord, mientras le acariciaba la línea de la mandíbula con la boca—. Dejaré que seas tú la que me detenga. No tienes nada que temer, de modo que puedes abandonarte a las sensaciones. Piensa cuánto placer sentirás más tarde cuando me obligues a irme, sin haber llegado a nada. Podrás provocarme, hacerme creer que estás sucumbiendo y luego mandarme a tomar una ducha fría...

Había una nota insistente y persuasiva en la voz de Cord, que parecía calarle hasta los huesos.

—¿Y te irás? —preguntó Savannah, preparándose para resistirse al sensual ataque.

¡Cuando la tenía así, la hacía sentirse sumamente frágil y pequeña!

—Sí, me iré —prometió él—. Si me echas a último momento me iré. ¿Pero ahora por qué no me muestras algo de ese fuego que está esperando para estallar y devorarme?

Cord la tomó por el cuello y sus dedos se enredaron en el cabello de ella, liberando las oscuras hebras hasta que las horquillas cayeron sobre la alfombra. Con un suspiro de placer, Cord hundió las manos en los suaves rizos, inmovilizando a Savannah para poder besarla.

Ella sintió la misma languidez que había experimentado la noche anterior y trató

de obligarse a rechazarla. ¡Pero la tentación era tan grande! De alguna forma, él le había propuesto jugar con fuego, pero con la garantía de que no permitiría que se quemara. Si hablaba en serio, si realmente iba a marcharse cuando ella le negara la entrega final...

—Eso es —susurró él con voz ronca, al sentir que ella ya no estaba rígida contra él—, disfruta y luego tómate la revancha. ¿Qué más puedes pedir?

—¡Soy muy capaz de razonar por mí misma! —logró decir Savannah y Cord rió.

—¿Pero viste qué bien lo hago yo por ti? Eso es porque somos muy parecidos —le informó, explorando la curva de la cadera de ella antes de llegar al extremo superior del cierre.

—No —protestó Savannah sin mucha fuerza.

Al sentir que el cierre se abría hundió los dedos en los músculos del cuello de Cord.

—No te preocupes, no olvidaré mi promesa. Ay, mi dulce y fogosa Savannah ¿te das cuenta de que me vuelves loco? —susurró al tocarle la suave piel de la espalda—. Quiero conocer la pasión que prometen tus ojos. Y conmigo no será necesario que te reprimas —le aseguró, tirando el vestido hacia adelante hasta que de la cintura para arriba, Savannah estuvo entre sus brazos con nada más que el sostén de encaje blanco.

Ella cerró los ojos, sabiendo que era inútil tratar de ignorar el implacable asedio de Cord. Cuando sintió que le desabrochaba el sostén, emitió un suave gemido y ocultó el rostro en el hombro de él. Las manos de Cord se apoderaron de sus senos, y Savannah dejó escapar un sonido que se asemejaba al maullido de un pequeño gato.

—¡Cord!

—Todavía no —le dijo él, haciéndole sentir la perturbadora virilidad de su deseo. Cambió de posición y apretó las caderas de Savannah contra las suyas—. ¿Ves el poder que tienes sobre mí, cariño? —susurró con tono alentador.

Con un rápido movimiento que la desorientó por un instante, Cord le bajó el vestido hasta los tobillos, la levantó y la llevó hasta la cama. Luego de depositarla suavemente sobre las mantas, se quitó la chaqueta y la camisa, sin dejar de mirarla ni un instante. Se recostó junto a ella y la atrajo hacia él.

—Eres ideal para estar en mi cama —sonrió Cord con satisfacción, deslizando las manos por el cuerpo de ella, cubierto sólo por bragas de encaje.

—Esta es mi cama, no la tuya —dijo Savannah, estremeciéndose bajo las posesivas caricias de él.

—Cualquiera sea el lugar donde termines debajo de mí como ahora —dijo él, colocándose encima de ella—, pues ese lugar es mi cama. ¿Lo entiendes?

Y entonces se apoderó de sus labios y le aprisionó las piernas entre las suyas. Savannah reaccionó desde lo más profundo de su femineidad.

—¿Ves? —dijo Cord, mordisqueando la curva de sus senos—. Estabas destinada a ser mía. Tú y yo nacimos para estar juntos. ¡Te necesito ahora mismo y sé que tú también me deseas! —Al sentir la lengua de él sobre sus pechos, Savannah gimió y

arqueó las caderas contra él. —Eso es lo que quiero de ti —susurró Cord—. Todo lo que tienes para dar. No te guardes nada, dulce Savannah. No te arrepentirás...

Sus dedos le recorrieron la piel del estomago y Savannah contuvo el aliento.

—Cord, no puedo permitir que me hagas esto —se lamentó al ver que su fuerza caía bajo el dominio de él.

Giró la cabeza hacia un lado y enredó los dos en el grueso cabello rojizo de Cord.

—Voy a hacer que me conozcas. Quiero que me conozcas tanto que no podrás mirar a otro hombre sin darte cuenta de que me perteneces.

Savannah oyó el tono posesivo de su voz y presintió el indomable instinto masculino que estaba atrás. Un hombre como éste se adueñaría de una mujer durante el tiempo que quisiera. Sería suya. ¿Y qué pasaría cuando él se cansara de la relación? preguntó una desesperada vocecita en la mente de Savannah. ¿Qué sucedería cuando terminara el fin de semana? Trató de recordar los derechos que él le había dado para detener las apasionadas caricias. Si no los utilizaba pronto, pagaría sus deudas de juego de una manera que le dejaría una marca de por vida. En ese momento supo que entregarse a Cord Harding era un riesgo enorme. Era demasiado peligroso, demasiado amenazador. ¡Era necesario aferrarse a la única oportunidad de huir!

—¡Cord, no! —exclamó al sentir los labios de él sobre su estómago y las exploratorias caricias de sus dedos—. ¡Basta! ¡Me lo prometiste!

Por un instante creyó que no le iba a hacer caso. Se aferró con más fuerza, como si no quisiera detenerse.

—Savannah, tú no deseas que me detenga —susurró, levantando la cabeza y contemplándola con pasión—. Confía en mí esta noche, mi vida...

—No —dijo ella con un hilo de voz, consciente de su vulnerabilidad—. Dijiste que yo podría detenerte y estoy haciendo uso de mi derecho...

—¿Vas a echarme después de todo? —suspiró él, jugueteando con un mechón del cabello de Savannah, que le caía sobre el hombro—. ¿Nos harías esto a los dos?

—Quizá no me conoces tanto como crees —replicó ella con desesperación.

—No; entiendo muy bien lo que está pasando en esa mente tan femenina —replicó él, con tono tranquilizador—. Vas a demostrarnos a los dos que no eres débil, que no piensas sacrificar tu orgullo ante las exigencias de tu cuerpo. Pero no es necesario que me demuestres nada, Savannah. Me gusta esa particular debilidad en ti. ¡Quiero ser el único que pueda originarla! —Se inclinó hacia adelante y la besó suave y largamente—. No le tengas miedo a esa debilidad ni a mí.

—¡No tengo miedo!—exclamó ella. El fastidio la ayudó a recobrar las fuerzas—. ¡Simplemente estoy demostrando que no eres el amante invencible que te crees!

Cord levantó una ceja rojiza.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Crees que podrías resistirte a mí si yo no hago lo que me pides?

—Jamás lo averiguarás ¿sabes? —siseó ella—. Porque vas a marcharte. ¡Me diste tu palabra!

—Supongo que me lo busqué —admitió Cord con simplicidad, irguiéndose hasta

quedar sentado junto a ella. Savannah vio que la pasión se disipaba de los ojos color esmeralda y supo que la victoria era suya—. ¿Pero cuánto tiempo crees que aguantarás? —preguntó con curiosidad, acariciándole un seno con dedos posesivos—. Todas las noches te encontrarás en mis brazos y todas las noches vas a decirte a ti misma que no hay nada de malo en entregarte las sensaciones del momento, porque al final podrás echarme. Pero tarde o temprano dejarás de usar tu privilegio ¿verdad, Savannah? Tarde o temprano te dejarás llevar por esto que existe entre nosotros y terminarás despertando entre mis brazos. Y entonces me cobraré el fin de semana que me debes.

—¡No! —lo desafió ella con valor—. ¡No voy a entregarle un fin de semana a un hombre que piensa que soy sólo una conquista más! —Esquivó la mano de él, se bajó de la cama y corrió al ropero en busca de una bata—. Ahora vete —le ordenó, atándose el cinturón bajo la perturbadora mirada de Cord—. Tienes que marcharte. ¡Lo prometiste!

Cord se levantó lentamente, recogió su camisa y se la abotonó sin decir palabra.

Savannah tampoco habló, pero observó fascinada cómo él se vestía. Cord captó su mirada y sonrió.

—No te preocupes. Esto es sólo un atraso temporal. Conseguiré el fin de semana y cualquier otra cosa que desee de ti. ¡Pagarás tu deuda, Savannah, y lo harás de buena gana!

Sin decir palabra, Savannah lo vio cruzar la habitación y salir al corredor. Cord cerró la puerta en silencio, dejándola sola para analizar el caos de sus sentimientos.

«¡Dios mío!» pensó, dejándose caer sobre la cama. «¿Qué hice? ¿Qué estoy haciendo? Tengo que recordar que he ganado esta vuelta», se dijo con vehemencia. Cord había estado tan seguro de sí mismo que le había dado el derecho de controlarlo y ella lo había utilizado. Estaba segura de que él no se lo había esperado en absoluto. Dejó que el peso de la acción invadiera su mente. La velada no había terminado como Cord Harding lo había planeado. En realidad tampoco había concluido de la forma en que ella lo había planeado, pero de todas maneras sentía que era ella la que llevaba la ventaja. ¿Entonces por qué la cama de pronto le pareció fría e inhóspita?

Atracción física, se dijo Savannah mientras se dirigía al baño para cepillarse los dientes. No era nada más que eso, atracción física. ¡Cord contaba con eso para llevarla al punto de rendición total, pero ella no se lo iba a permitir!

—Palabras valientes, muchacha —le dijo a la imagen en el espejo—. ¿Pero qué sucederá la próxima vez que las cosas lleguen a este extremo? ¡Sabes muy bien que estuviste a punto de decirle que no se detuviera!

El problema de ser sincero con uno mismo, decidió Savannah con pesar, mientras se encaminaba de regreso a la cama, era que uno se veía obligado a enfrentar el problema en lugar de esquivarlo. Sería mejor admitir de una buena vez que no iba a poder tolerar muchas noches como ésta. Tarde o temprano racionalizaría tanto la situación que terminaría despertando en los brazos de Cord, como él lo había pronosticado.

Se obligó a considerar esa posibilidad. ¿Y si se rendía y pagaba la deuda? La tentadora novedad de la idea se apoderó de ella por un momento. Si lo que sentía cuando estaba entre los brazos de Cord era sólo algo físico quizá fuera más fácil sacarse el antojo. ¡Y después hablaba de racionalizar! Sería Cord el que se la sacara a ella de la cabeza, le advirtió su instinto. Se encontraría enredada en la telaraña que él podría tejer a su alrededor «¡Santo Cielo!» pensó, atónita. «¡Corro peligro de enamorarme de él!»

La simpleza del razonamiento la impactó. Ahí estaba el verdadero peligro de iniciar una aventura con Cord Harding. Había que admitirlo. La intrigaba, la atraía, la hacía ser muy consciente de él. Durante los dos meses en que había trabajado para él, se había convencido de que su deseo de evitarlo en la oficina se basaba en el hecho de que siempre terminaban discutiendo o ella sentía que no la tomaba en serio. Sus fantasías románticas se habían centrado en Jeff Painter antes de que Cord apareciera en escena y luego de que Jeff fuera trasladado a San Diego, se había negado a pensar en la posibilidad de serle infiel. Después de todo, la rabia que sintió al enterarse de que Jeff había encontrado otros intereses predominó por varias semanas, cegándola a Cord hasta que todo había estallado la noche anterior en la fiesta.

Savannah sacudió la cabeza, se cubrió hasta el mentón con la sábana y se quedó mirando el cielo raso. ¡Qué lío! Debía de ser una frívola tontita si pensaba que estaba enamorada de Jeff y enseguida después estaba al borde del abismo con otro hombre. Era ridículo comparar los sentimientos. La verdad era que lo que había sentido por Jeff probablemente había sido frívolo y superficial. ¡Lo que había conocido esta noche con Cord era cualquier cosa menos eso! Y en la fiesta también había estado tensa y excitada. ¿Qué otra explicación había para la forma en que había apostado? Si la situación hubiera sido a la inversa y fuera Cord al que estaba tratando de sacarse de la cabeza, jamás hubiera permitido que Jeff Painter la empujara a un comportamiento tan audaz. ¡Pero Cord lo había hecho con toda facilidad!

De pronto se le ocurrió una idea. Al principio le pareció tan imposible que trató de olvidarla por completo. Pero eso también le resultó imposible y durante una hora, permaneció inmóvil, dejando que su imaginación jugueteara con la idea de lo que significaría hacer que Cord se enamorara de ella.

¿Cómo sería tener todo ese deseo y esa viril voluntad dirigidos a ella por amor en lugar de por el capricho de una aventura temporaria?

—No —susurró Savannah en la oscuridad—. ¡No resultaría!

Pero... ¿y si salía bien? ¿Y si lograba alimentar los sentimientos de él hacia ella hasta que abarcaran otras emociones además de las físicas? Era obvio que Cord era capaz de hacer cualquier cosa para conseguir a una mujer a la que deseaba por un fin de semana. ¿Cómo sería si él deseara casarse con ella?

Una oleada de audacia invadió a Savannah, similar a la que había sentido cuando apostó para vengarse y similar también a lo que había experimentado esa noche en los brazos de Cord. Sería un juego peligroso, se recordó. Sería necesario mantener un

estricto control sobre sí misma mientras conquistaba a Cord. No habría forma de lograrlo sin caer ella también al abismo. Se había dado cuenta esta noche de que enamorarse de Cord Harding sería increíblemente fácil. En el momento en que él se diera cuenta de esa debilidad, actuaría de inmediato, aprovechándose de la vulnerabilidad de Savannah para lograr sus propios objetivos. Tendría que ocultarle la verdad hasta tener algún indicio acerca de si sería o no capaz de amarla. Nunca había tenido ideas tan alocadas con otros hombres. De alguna manera, Cord había liberado una audacia que Savannah no sabía que poseía.

«Duérmete ya, Savannah. Quizá mañana recuperes la razón y te des cuenta de lo ridículas que son todas estas ideas» Luego de reprenderse mentalmente durante unos minutos, Savannah cerró los ojos y se durmió.

Pero la luz del nuevo día no trajo el tan ansiado sentido común. En lugar de eso, se despertó con una tal sensación de aventura que tuvo que esforzarse por no sonreír cada vez que pasaba frente a un espejo.

—Eres una idiota, muchacha —se decía cada cinco minutos—. No va a resultar. En lugar de tener a Cord a tu disposición, terminarás tú a sus pies.

Pero se prometió que tendría cuidado. Lo conquistaría en forma sutil y deliberada, usando su obvio interés por ella como señuelo.

Había que correr ciertos riesgos, se dijo Savannah, tratando de apaciguar su entusiasmo con una dosis de sentido común. Pero él le había dado su palabra de que no usaría la fuerza en el sentido físico y mientras ella lograra no perder la cabeza al estar entre sus brazos, todo saldría bien. Una parte de Savannah se negó a pensar en lo que sucedería si perdía el control, una parte profunda y femenina que le advirtió que si permitía que Cord la poseyera, todos los juegos terminarían. Si no lograba hacerlo enamorarse de ella antes de que eso sucediera, Savannah sabía que estaría perdida.

A pesar de haber pensado en los riesgos, Savannah se sobresaltó al oír los golpes a la puerta. De inmediato supo que él estaría esperando en el corredor y repentinamente todos los planes de la noche anterior le parecieron imposibles. ¡No era ninguna vampiresa! ¿Cómo iba a poder dar un golpe tan grande?

—¡Animo, Savannah! —susurró mientras metía el extremo de la camisa amarilla en la cintura de los ajustados vaqueros.

¡No te has pasado cinco años trabajando en personal sin aprender una o dos cosas acerca de la gente!. Atravesó la habitación y abrió la puerta con cautela.

—Buen día —dijo Cord amablemente. Sus ojos recorrieron la elegante figura de Savannah con una posesividad que le fastidió—. ¿Estás lista para desayunar?

—¿Dónde te alojas? —Savannah preguntó lo primero que se le ocurrió.

Con el cabello todavía húmedo, y unos pantalones que acentuaban su físico musculoso, Cord le pareció muy atractivo esa mañana. Imágenes de lo sucedido la noche anterior acudieron a su mente y Savannah tuvo que controlarse firmemente para que él no viera su reacción. ¡Si lo que Cord quería era hacerla consciente de él, pues lo estaba logrando muy bien!

—A dos puertas de tu cuarto. Se me ocurrió la idea de decirle al empleado que

eras mi esposa y que habías huido, para que me pusiera en tu habitación, pero tuve miedo de que hicieras un escándalo.

—Te aseguro que habría tirado el hotel abajo —le informó Savannah, con altivez—. Además, no sabía que teníamos una cita para el desayuno.

—Ahora que lo sabes, ¿crees que podrías apresurarte un poco? —replicó él sin inmutarse—. Tengo mucho apetito por las mañanas y si no como enseguida, suelo ponerme muy gruñón.

—Casualmente, yo también tengo hambre —dijo Savannah, haciendo una mueca—. Es una de las desventajas de ser tan alta, supongo.

Salió al corredor y cerró la puerta detrás de sí, sintiéndose como quien deja la seguridad del campamento para ir a combatir al frente.

—Tanta cortesía para aceptar mis invitaciones se me subirá a la cabeza —sonrió Cord.

—¡Prueba de invitarme con más cortesía y quizá obtengas mejores resultados! Todo lo que hiciste fue aparecerte en la puerta y preguntarme si estaba lista.

—He descubierto que contigo es mejor usar mucha determinación. Dicho sea de paso, me gusta que seas alta. Prefiero a las mujeres que no se pierden entre las sábanas. De modo que me conviene alimentarte bien.

—¡Otro comentario como ese —masculló Savannah, sonrojándose violentamente —y desayunarás completamente solo!

—Perdón —dijo él, sin sonar arrepentido en absoluto—. Me alegro de que tú también seas madrugadora. Tenía miedo de tener que sacarte de la cama. Tenemos algo en común ¿no te parece fantástico? —Se detuvo en la mitad de la escalera y la atrajo hacia él. —Buen día, Savannah, cariño.

Y se inclinó para besar el sorprendido rostro de ella.

—¡Cuidado! —chilló Savannah, temiendo perder el equilibrio.

—Tranquilízate —sonrió Cord, divertido—. No te dejaré caer. —Prosiguió con su beso, un beso posesivo e intenso que dejó a Savannah sin aliento—. Iba a hacer esto cuando abriste la puerta hace un minuto, pero me temo que hubiéramos llegado muy tarde al desayuno.

—¿Y la comida es mucho más importante? —preguntó Savannah, mientras reanudaban el descenso, tratando de ignorar el brillo en los ojos verdes de Cord.

—¿Estás insinuando que preferirías regresar a la habitación? —preguntó él con mucho interés.

—¡No!

Cord rió alegremente y la guió hacia el luminoso comedor, que había sido diseñado para dar a los huéspedes la impresión de estar en un jardín.

—La otra noche cuando te acobardaste y huiste antes del desayuno, te perdiste la oportunidad de probar una de las mejores tortillas del mundo.

—¡No me acobardé! —replicó Savannah—. ¡Debiste darte cuenta que nunca pensé pagar esa deuda! Ninguna mujer decente lo hubiera hecho.

—Es sólo una cuestión de tiempo, cariño— la corrigió Cord, mientras la ayudaba a

sentarse—. Tarde o temprano la vas a pagar. ¿Qué quieres comer? —prosiguió amablemente cambiando de un tema a otro como si ambos tuvieran la misma importancia.

—Que no te vengues de mí, espero —replicó Savannah, tomando un menú.

—Mi vida, reclamar las ganancias no es vengarse —le explicó Cord con paciencia, como si hablara con un niño malhumorado—. Uno de estos días serás sincera contigo misma y conmigo y lo admitirás. ¿Qué te parece si pedimos huevos Benedict?

Savannah, que no lograba concentrarse en la comida, a pesar de tener bastante apetito, asintió con la cabeza. ¿Cómo diablos iba a hacer para llevar adelante sus planes? Cord parecía estar siempre a cargo de todo cuando ella estaba con él. Era necesario obtener más control de la situación, para poder ser ella la que marcara el paso de esta extraña cacería.

—Preferiría que no fruncieras el ceño tan temprano a la mañana —comentó él—. Un capricho mío, sin duda, pero me gusta cuando sonrías.

—Será mejor que te acostumbres a verme con mala cara si pretendes perseguirme durante qué sé yo cuánto tiempo —replicó Savannah con voz dulce.

—¿Viste? Puedes sonreírme cuando lo intentas —declaró Cord, complacido.

—Ese tipo de expresión se considera por lo general como una sonrisa ácida —le informó Savannah con altivez.

—Por ahora aceptaré lo que venga —dijo él con bastante filosofía—. Quizá dentro de unos días haya logrado obtener sonrisas más cálidas.

—¿Qué quieres decir con eso de dentro de unos días? ¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Carmel, Cord? —preguntó Savannah con recelo.

—Anoche, luego de regresar a mi habitación, me di cuenta de que este proyecto podía llegar a tardar más de lo que había planeado, al principio —admitió con pesar.

—No creíste que te iba a echar éverdad? —comentó Savannah con satisfacción.

—Decidí tomarme las mismas vacaciones que tú —prosiguió Cord, pasando por alto el comentario de ella—. Pasaré dos semanas aquí en Carmel, contigo, querida. No importa qué hagas o adonde vayas, estaré contigo todo el tiempo.

CAPÍTULO 6

Durante un momento Savannah lo observó en silencio.

—No puedes —arriesgó por fin —tomarte dos semanas de vacaciones sin arreglar todo en la oficina. Eres el jefe.

—Esa es precisamente la razón por la que puedo hacerlo —rió Cord—. La jerarquía tiene sus ventajas.

Era obvio que quería ver la reacción de ella ante la noticia de que pensaba seguirla durante toda su estadía en Carmel.

—Una verdadera optimista como yo sabe buscar la oportunidad aun en medio de la crisis —dijo Savannah con una sonrisa desafiante.

Y era cierto, agregó en silencio. Lo que necesitaba ahora era un plan de ataque. Iba a tener a su adversario cerca durante las próximas dos semanas. Ya era hora de dejar de defenderse y comenzar a organizar una ofensiva.

—Una filosofía excelente —asintió Cord, con expresión divertida—. Creí que ibas a anunciarme tu partida y que desaparecerías en la próxima oportunidad.

—Algo en el estilo de "en este pueblo no hay lugar para los dos" —dijo Savannah cuando se acercó el camarero para tomar los pedidos.

—Algo en el estilo del pánico —la corrigió Cord cuando el camarero se marchó.

—Me subestimas —replicó Savannah con frialdad.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Ya te escapaste una vez!

—¿Estás deseando que huya? —preguntó Savannah, inclinando la cabeza hacia un lado.

—No, no —dijo Cord con una ancha sonrisa—. No hay duda de que será mucho más fácil para mí que te quedes en un solo lugar.

—No me quedo para facilitarte las cosas. ¡Me quedo porque no tengo intención de permitir que me arruines las vacaciones!

—Confío en que te haré cambiar de idea.

—Y yo confío en que podré demostrarte que no vas a tenerme bajo tu dedo —declaró Savannah con firmeza.

Se sintió entusiasmada al contemplar sus potenciales planes de acción.

—Bajo mi dedo no es exactamente donde quiero tenerte —rió Cord Prefiero la posición de anoche. —Observó complacido cómo Savannah se sonrojaba—. ¿Qué te gustaría hacer después del desayuno? —prosiguió imperturbable, como si estuviera hablando del tiempo.

Un plan de ataque se dijo Savannah, con firmeza. Necesitaba un esquema con un enfoque lógico del problema. Algo que lo hiciera consciente de ella en la misma forma que ella lo era de él. Un plan para que él la deseara para más que una aventura de fin de semana. ¡Cord Harding iba a aprender que ella era más que un desafío pasajero! De otro modo Savannah tendría que convencerse de que no había forma de profundizar los sentimientos de él más allá del actual deseo físico.

¿Cuáles eran los métodos tradicionales que usaban las mujeres a través de los años cuando querían seducir a un hombre y probar la intensidad de sus sentimientos? De pronto se le ocurrió. La táctica más simple y básica que podría decirle mucho acerca del potencial de sentimientos de Cord. Los celos. Trataría de darle celos y observaría la reacción.

—No sé que es lo que voy a hacer luego del desayuno —informó, sintiendo que había dado el primer paso en este extraño y peligroso juego—. Estoy esperando una llamada de Eric.

—Bien —respondió él con la misma calma—. Estoy seguro de que los tres podremos encontrar algo de qué hablar durante una caminata matinal.

No era una reacción demasiado prometedora, decidió Savannah, deseando poder leerle los pensamientos en esos ojos verdosos.

—No te invité a venir con nosotros —murmuró mientras el camarero ponía el plato delante de ella.

—Vamos —la reprendió Cord—. ¿No vas a ser grosera con un amigo que está de visita ¿verdad?

—Si el amigo eres tú, pues me temo que sí. Sé que comprenderás —dijo Savannah, con burla—. Después de todo, ahora que no tengo a Jeff, tengo que buscar un reemplazante. A mi edad ya no se puede perder tiempo.

—¡Santo Cielo! No estarás pensando en arrastrar al pobre Eric al altar, ¿verdad? ¿Luego de una sola salida?

Parecía genuinamente escandalizado y Savannah de no haber estado tan ocupada planeando sus próximas jugadas, hubiera reído en voz alta.

—Una tiene que mantenerse abierta a las oportunidades. Quizá Eric resulte ser nada más que una aventura de vacaciones, pero existe la posibilidad de que sea más que eso —le explicó amablemente.

—Entiendo —dijo Cord con ironía, comiendo con expresión meditabunda mientras observaba el rostro sereno de Savannah—. ¿Por qué no haces lo mismo conmigo y comenzamos a explorar las... las posibilidades?

—No, tú ya dejaste en claro que lo único que buscas es una aventura de fin de semana —comentó Savannah, sacudiendo la cabeza—. Además, Eric es muy atractivo.

—No lo sé. Anoche estaba sentado demasiado lejos de la mesa como oír la conversación —dijo Cord con un dejo de resentimiento.

—Pues ahora lo sabes. Es de la zona de San Francisco. ¡Tú sabes cuánto más sofisticados que nosotros son los del norte de California! Es un alivio encontrarse con un hombre que no use pantalones de lona celestes con un cinturón al tono.

—No hables como si me hubieras visto usando esas cosas —le advirtió Cord, riendo—. ¡Ni siquiera tengo un par de pantalones de lona y mucho menos un cinturón al tono!

—Bueno, pero te imaginas a qué me refiero.

—¿Sabes lo que pienso? —anunció Cord con serenidad—. Pienso que Eric te resulta atractivo porque te recuerda a Jeff Painter. Es un grave error, te das cuenta, tratar de reemplazar al hombre equivocado por otro igual que él.

Savannah se sorprendió al ver que Cord también había visto ese superficial parecido entre Jeff y Eric, pero logró encogerse de hombros y sonreír con descuido.

—Ya tengo edad para elegir a los hombres, gracias. Si necesito consejos, no dudaré en recurrir a ti —Apoyó el tenedor sobre el plato y dejó la servilleta sobre la mesa—. Bueno, si no te importa, creo que subiré a mi habitación. Espero que pases un día tan bueno como el que pienso pasar yo.

—No hay razón para que no sea así, ya que pienso seguirte de cerca.

—Quizá le sugiera a Eric que demos un paseo en auto —amenazó Savannah—. ¡En ese caso, creo que te resultará difícil seguirnos!

—No lo sé. ¿Cuáles son los lugares lógicos para pasear por aquí? ¿Las Diecisiete Millas a través del bosque Del Monte? ¿La zona de Big Sur? ¿Monterrey? Son todos paseos lentos donde será fácil no perderlos de vista. Todavía tengo el auto que alquilé, de modo que no será un problema. Claro, quizá sea difícil explicarle a Eric por qué los siguen. Tengo una idea mejor por si piensas pasar todo el día con él. Quédate en Carmel y yo me mantendré discretamente oculto. Será mucho más fácil para los dos. ¿Qué te parece? —concluyó alegremente.

Savannah frunció el ceño, preguntándose qué le hacía pensar a Cord que podría mantenerse discretamente oculto. Con su tamaño y su color de cabello, llamaría la atención en cualquier lugar.

—¿Me prometes que no nos molestarás? —preguntó.

—Hasta la mágica hora de las diez, cuando tu carroza volverá a convertirse en una calabaza —prometió Cord con una luminosa sonrisa.

—¿Pretendes que vuelva a poner fin a la cita a las diez si es que termino saliendo con Eric? —preguntó Savannah con frialdad, arqueando una ceja.

—Naturalmente. La táctica básica de la estrategia es que te despidas todas las noches en mis brazos ¿recuerdas?

En un momento de inspiración, Savannah reprimió los comentarios y con una encantadora sonrisa se levantó de la mesa y se dispuso a marcharse

—Savannah —dijo Cord detrás de ella, con una peligrosa voz de seda.

—¿Sí? —Ella se detuvo con un gesto de burlona cortesía.

—Te das cuenta de que no estoy bromeando, ¿verdad? No me gustaría que te llevaras una impresión incorrecta sólo porque he perdido el tiempo permitiéndote un poco de diversión.

—¿Por qué habría de llevarme una impresión incorrecta? Has sido muy claro

—dijo ella y esperó.

—Sólo quería asegurarme. Por un momento me pareció ver en tus ojos la misma expresión que vi la otra noche cuando jugamos a los naipes. Como si creyeras que todavía seguimos jugando.

—¿Acaso no es eso lo que estás haciendo? —preguntó ella con tono impertinente.

—Sólo en un sentido, mi vida —terció él—. Voy a ganar otra vez.

El resto del día se convirtió en una cacería que exasperó a Savannah. Eric llamó y quedaron en pasar la tarde juntos, recorriendo las tiendas de antigüedades y artesanías. En un pueblo tan pequeño, a Cord le resultó sumamente fácil aparecerse en distintos momentos del día. Savannah salía de una tienda con Eric a sus espaldas, y tropezaba con Cord que se disponía a entrar. Si se detenía a observar una vasija de cerámica, veía a Cord pagando algo en la caja. De vez en cuando él la saludaba alegremente desde el otro lado de la calle, como si fueran grandes amigos.

—¿No es ese el tipo que estaba en el corredor cuando te llevé de vuelta anoche?

—preguntó Eric en una oportunidad, cuando Cord se metió delante de ellos en una tienda.

—Sí, supongo que estará buscando ese objeto de arte que mencionó —respondió Savannah muy suelta de lengua, preguntándose qué estaría pensando Cord de este nuevo juego.

No parecía muy molesto de verla con Eric. ¡No había nada que indicara que estuviera celoso!

Con mucha deliberación, Savannah rozó la mano de Eric. De inmediato él se la tomó en la suya y le sonrió. Era una lástima, pensó Savannah mientras le devolvía la sonrisa, que ya se estuviera aburriendo de Eric. Pero se aseguró que Cord viera que él la tenía abrazada mientras miraban la vidriera de una librería. Gimió para sus adentros al ver que no lograba nada. Cord los saludó alegremente y siguió de largo. La única expresión que Savannah vio en los ojos verdes durante el instante que se cruzaron con los de ella fue una de franca diversión.

Durante la tarde Savannah fue a la playa con Eric, donde tuvo que escuchar un largo resumen de sus operaciones inmobiliarias más brillantes. Era un hombre agradable, se dijo Savannah, pero la idea de cenar con él no la tentaba en absoluto y sabía que seguramente la invitaría. Por otra parte, necesitaba su colaboración...

Fue entonces cuando se dio cuenta de que sería necesario manipular a los dos hombres para lograr su objetivo. El pensamiento la perturbó y la hizo sentir algo culpable.

A pesar de eso, a las diez de la noche Savannah se encontró bailando entre los brazos de Eric en el salón del hotel. Fue él quien sugirió el lugar y Savannah estaba tensa, esperando que Cord apareciera a la hora señalada y la humillara de alguna forma. Cada minuto después de las diez le pareció una eternidad, a pesar de que se esforzó por sonreír y conversar amablemente con Eric. No había señales de Cord.

—¿Te gustaría ir afuera para el tradicional golpe de aire fresco? —sonrió Eric con intención a eso de las diez y cuarto—. Hace calor aquí, y no hay nada mejor que

una brisa marina y la luz de la luna...

—¿No hay nada mejor para qué? —bromeó Savannah.

No deseaba salir con él, pero sabía que sería una jugada inteligente.

—¿Quieres averiguarlo? —sugirió Eric, guiándola hacia los ventanales que daban a una gran terraza.

Savannah lo observó y tuvo que contenerse para no fruncir el ceño. A juzgar por la expresión en el rostro de Eric, no había duda de lo que le esperaba allí afuera. ¡Pues bien, ya era una mujer adulta y en ese momento necesitaba la atención de Eric! Lo único que deseaba era que Cord apareciera a tiempo para ver el beso que se acercaba...

—He pasado un día muy agradable, Savannah —dijo Eric, masajeándole la espalda con lo que ella supuso que era un gesto sensual.

Lo único que sintió fueron deseos de alejarse. Se contuvo y le respondió con tono amable. ¿Dónde estaba Cord? Faltaba poco para que fueran las diez y media.

—Yo también, Eric. Me has hecho comenzar muy bien las vacaciones. —Savannah bostezó con delicadeza—. Creo que tenías razón acerca de la brisa marina. Su efecto se está haciendo sentir. No sé si es eso o la larga caminata que dimos esta tarde.

—¿Otra vez tienes sueño? —rió Eric, acercando la boca a la de Savannah—. Quizá sea hora que vayas a la cama —agregó con deliberación y luego la besó.

Savannah aceptó el beso sin protestar y se asombró al ver qué poco excitante era ese contacto con Eric. Aunque Cord no lograra nada más, la había hecho volverse exigente respecto de los besos a la luz de la luna, pensó.

—Eres una mujer muy interesante, Savannah —dijo Eric, disponiéndose a profundizar el beso que a Savannah comenzaba a aburrirle—. Me alegro de que nos encontráramos ayer en la playa.

Los labios de Eric acariciaron la comisura de la boca de ella y Savannah sintió deseos de terminar con eso de una vez.

¿Y si el poco tiempo que había pasado con Cord la había vuelto exigente para más que los besos? pensó con una extraña sensación. ¿Y si era más profundo que eso y su pelirrojo perseguidor se había marcado tan indeleblemente en su mente que se pasaría el resto de la vida comparando a otros hombres con él?

¡No! Savannah se juró con vehemencia que ganaría ese juego. Cord Harding iba a aprender cuál era la diferencia entre el amor y el deseo.

—Te invitaría a la casa —murmuró Eric al oído de Savannah—, pero por desgracia mis amigos no han salido hoy...

Dejó la oración en suspenso con una nota interrogante en la voz.

—¿Y entonces quieres que yo proponga ir a mi habitación? —dijo Savannah con tono burlón.

—Bueno, se me había ocurrido esa posibilidad —sonrió Eric, aparentemente confundiendo la mirada divertida de Savannah con una expresión apasionada.

Savannah abrió la boca para decirle que a pesar de que había pasado una velada agradable, no pensaba iniciar una fogosa aventura de vacaciones. La cerró de

inmediato al notar un movimiento en el salón. Aun en la penumbra pudo ver el cabello rojizo y el cuerpo musculoso. ¡Cord! Esta era la oportunidad que había estado esperando...

—No... no sé qué hacer, Eric —dijo, tratando de hablar con voz vacilante—. Después de todo, acabamos de conocernos y... —lo miró con expresión suplicante, como para darle a entender que necesitaba que la convenciera.

Quería que el próximo beso de él llegara en el momento apropiado.

—Creo que juntos lo vamos a pasar muy bien —sonrió Eric, inclinándose para besarle los labios entreabiertos.

Savannah decidió que se preocuparía más tarde por las falsas impresiones que podría estar creando. Sólo una cosa le importaba ahora. Y eso era que él la besara en el instante apropiado.

Eric la rodeó con los brazos y Savannah tuvo que admitir que la besaba con bastante pericia, pero no despertó ninguna reacción en ella. Lo único que podía pensar era si Cord tendría una buena visión de la terraza.

Por encima del hombro de Eric vio que su adversario trasponía los ventanales y salía a la terraza, encaminándose directamente hacia ellos. La dulzura de su expresión le hizo perder el ánimo. Aun peor, decidió Savannah tristemente, parecía haber risa en esos ojos. ¡Por cierto que no eran celos!

—Allí está, señorita Emery —declaró Cord alegremente, deteniéndose junto a Eric, que soltó a Savannah con expresión agitada—. El empleado de la recepción la ha estado buscando por todas partes. Le dije que si la veía le pasaría el mensaje.

—¿Qué mensaje? —preguntó Savannah, sospechando algo.

La expresión de Cord era demasiado inocente.

—Pues que llamó su marido y dijo que llegará mañana en el avión de las seis y treinta —concluyó Cord con tono servicial.

Savannah fue la única que vio la expresión diabólica debajo de la sonrisa cortés.

—¡Tu marido! —exclamó Eric, escandalizado.

—¿Qué? —dijo Savannah, tan sorprendida como él.

Echó una mirada vengativa en dirección a Cord y se volvió hacia Eric, que se disponía a alejarse rápidamente.

—Eric, escúchame —le ordenó, fastidiada por la cobardía de él.

—¡Dijiste que no estabas casada! —la acusó él—. ¿En el avión de las seis treinta, eh? ¡Santo Cielo, probablemente nos hubiera encontrado en la cama! ¡Supongo que habías estado buscando un poco de diversión hasta que llegara tu marido, pero no es justo que me hayas usado en esta forma!

—¿Por qué no te callas de una vez? —dijo Savannah con tono malévolo, advirtiendo el interés que demostraba Cord por los acontecimientos. Deseó poder gritarle a él en lugar de a Eric—. ¡No olvides que tú estabas muy contento de poder utilizarme a mí! ¡Querías que te invitara a mi habitación!

—Eso fue antes de... —protestó Eric, retrocediendo ante la iracunda expresión de Savannah.

—No trates de hacerme creer que tus intenciones eran honorables —rugió ella—. ¡Es más, creo que ninguno de ustedes dos conoce el significado de esa palabra! —Se volvió para incluir a Cord en su arrebató. Al ver que alguien más estaba por recibir el peso del sermón, Eric retrocedió aun más. —Ustedes se parecen mucho, ¿no es cierto? Ambos están tratando de ver qué pueden conseguir pagando lo menos posible. Una aventura de fin de semana, un romance de vacaciones ¿qué importa? Se divierten un poco y eso es todo. Pues se pueden ir al diablo, ¿me oyen? ¡Y ya que están, pueden ir juntos; tendrán muchísimo de qué hablar durante el camino! Estoy segura de que se divertirán mucho contándose sus aventuras con mujeres. Pero ¿saben una cosa? ¡Apuesto a que todas esas mujeres ya se olvidaron de ustedes! Al fin y al cabo, cuando los hombres se parecen tanto, es difícil identificarlos en la mente. Eso es, Eric. ¡Huye como un cobarde, no me importa en absoluto! —concluyó, golpeando el pie contra el suelo, al ver que una de sus víctimas se escapaba.

—Yo sigo aquí —dijo Cord, con tono amable—. Puedes gritarme todo lo que quieras. No escaparé, querida.

—¡Y tú, Cord Harding, deberías avergonzarte de decir semejantes mentiras! —exclamó Savannah girando para enfrentarlo con las manos sobre la cadera y una expresión feroz—. ¡Mira lo que has hecho! ¡Arruinaste toda mi velada!

—Te advertí que después de las diez todo se convertiría en una calabaza —Cord sonrió, complacido ante el resultado que había tenido su anuncio de hacía unos minutos. —¿Cómo puedes decir que te arruiné la velada cuando te salvé de tener que luchar contra los avances de tu amigo?

—Quítate esa sonrisita del rostro —le ordenó ella—. ¿Quién dijo que quería defenderme?

—Ahora eres tú la que mientes —rió Cord, acariciándole la mejilla en un gesto casi afectuoso—. Lo vi en tus ojos. No te estabas concentrando para nada en el beso de Daly.

—¿Cómo lo sabes? —lo desafió ella.

—¡En primer lugar, si hubieras estado a punto de desmayarte de pasión hubieras cerrado los ojos, en lugar de abrirlos y mirarme! En segundo lugar, no tiene importancia. Es suficiente que te diga que sé que te he hecho un favor. ¡Además ya eran más de las diez, mi vida! —le recordó—. Te aclaré que las reglas del juego las establecía yo. ¿Creíste que iba a permitir que las rompieras?

—¡Las reglas del juego! —repitió ella furiosa—. ¡Es así como ves todo este embrollo! ¿Verdad? ¡Un juego! ¡Al diablo con los hombres! ¡Preferiría no volver a verlos a ti ni a Eric por el resto de mi vida!

—¿Terminaste? —preguntó Cord con tono cortés—. En ese caso me gustaría aprovechar la oportunidad de informarte que soy muy diferente de tu amigo Daly y que comienza a molestarme que me compares con él.

—¡Dime una razón por la que eres diferente! —exclamó ella.

—Él hecho de que todavía sigo aquí esperando que te tranquilices mientras que él huyó hace un rato, debería ser suficiente para convencerte de que hay una diferencia

fundamental entre nosotros —sonrió Cord.

—¿Y? —rugió Savannah—. ¡La única diferencia que noto es que tú eres un poco más persistente!

—Soy mucho más persistente, mi vida. Casualmente, estoy decidido a ganar este "juego". También soy diferente en algunas otras cosas —agregó con una mirada traviesa—. Ahora que permití que lo besaras deberías haber dado cuenta de eso.

—¡No me permitiste que lo besara! —exclamó Savannah—. Yo le di pie. ¡Quería que lo hiciera! —Cord la guiaba hacia la entrada al salón y Savannah se dio cuenta de que tendría que hacer algo si no quería ir a parar directamente a la cama.

—Te vi salir con él hace unos minutos. Decidí darte un poco de tiempo para poder comparar y convencerte de que el lugar indicado para ti son mis brazos...

—Bueno —lo interrumpió Savannah con falsa serenidad—. Si vas a permitirme hacer comparaciones hasta las diez de la noche, creo que podré soportar que me persigas hasta que te canses. ¡Pueden suceder muchas cosas antes de las diez, si uno planea con cuidado!

¿Es que no había esperanzas?. Se preguntó Savannah con pesar. ¿Acaso Cord no se había sentido nada celoso?

—Olvidalo —dijo él con expresión divertida—. Me estoy dando cuenta que no me gusta hacer el papel del enamorado paciente. Si quieres mantener los derechos que te di para elegir el tiempo y el lugar de nuestro fin de semana, será mejor que dejes de entablar amistad con todos los Eric Daly de este mundo.

Savannah lo miró por el rabllo del ojo, preguntándose si habría logrado darle celos.

—Mientras vuelva a las diez estaré cumpliendo las reglas ¿no es así? —preguntó al tiempo que él la guiaba hacia el vestíbulo.

—Cambié las reglas —murmuró Cord.

—No es justo —protestó Savannah.

Era necesario hacer algo y rápido. Cord parecía dispuesto a ir directamente a la habitación.

—Nadie te prometió justicia, sólo muchas reglas —replicó él—. ¿Y ahora qué? —preguntó al ver que ella se resistía a subir las escaleras.

—Todavía no estoy lista para subir.

—¿Ah, no? ¿Y qué te gustaría hacer? —preguntó él con tono burlón.

—Me gustaría tomar otra copa en el salón de baile —sugirió Savannah, diciendo lo primero que se le cruzó por la mente—. Quizá bailar un poco más. Al fin y al cabo estoy de vacaciones ¿recuerdas?

—Lo recuerdo —asintió él con inesperada suavidad, dirigiéndose de nuevo hacia el salón—. Yo también estoy de vacaciones.

Cord pidió las bebidas y cuando las sirvieron, se puso de pie.

—Dijiste que querías bailar, ¿no es así?

Savannah vaciló, presintiendo un cierto peligro. Pero si quería posponer la inevitable escena en el dormitorio, no tenía alternativa. Sin una palabra, lo siguió hasta

la pista de baile.

Los brazos de Cord se cerraron alrededor de ella y el traicionero cuerpo de Savannah respondió de inmediato, como si hubiera reconocido un puerto familiar. Cord la abrazó con más fuerza y presionó la cabeza de Savannah contra su hombro. Ella sintió la satisfacción de él, pero no tuvo la fuerza de resistirse. ¿Qué podía tener de malo bailar un poco? ¡Era tan agradable estar entre los brazos de un hombre hecho a su medida!

—¿Viste qué lindo que puede ser todo cuando no luchas contra mí? —le susurró Cord al oído—. ¿Por qué quieres perder el tiempo con hombres como Eric Daly? Vamos a ser muy felices, tú y yo.

Savannah suspiró suavemente.

—Eric dijo algo muy parecido —comentó y sintió que Cord se ponía rígido. ¿Se había enojado? se preguntó esperanzada—. Los hombres hacen muchas promesas, pero a mi edad una mujer debe saber distinguir la verdad ¿no crees?

—Si puede —dijo él con tono brusco—. ¡Algunas mujeres necesitan ayuda para ese tipo de cosas!

—¿La ayuda de un hombre más grande y más sabio? —sugirió Savannah con tono inocente.

—¡En este caso sí! Savannah, por tu propio bien, no vuelvas a mencionar a Eric Daly. ¡Ya he sido demasiado paciente contigo en el día de hoy!

Savannah sintió la fuerza de los dedos de él que se movían por la curva de su espalda. ¿En qué estaría pensando? ¿Estaría fastidiado o quizá un poquito celoso? ¡Era tan fuerte! pensó como en un sueño. Pero hasta ahora no había usado esa fuerza para lastimarla. ¿Qué podía llegar a hacer él si Savannah encendía en él esa pasión que ansiaba despertar? Estás jugando con fuego otra vez, se reprendió Savannah con severidad. ¿Pero qué otra forma había de averiguar si Cord sentía algo más por ella que interés por el desafío que representaba hacerle pagar esa maldita deuda?

—Así está mejor —murmuró enseguida, al ver que ella no replicaba con sequedad a su comentario—, ¡Me gusta tu rapidez, querida, pero hay un lugar y un tiempo para todo!

Savannah se contuvo para no responderle y recibió la recompensa de un abrazo más intenso. Este tipo de cosa creaba adicción, decidió. ¡Una terminaba poniendo cualquier excusa para pagar las deudas!

Fue el ruido de un bullicioso grupo de personas que se preparaba para salir del salón de baile, lo que finalmente llevó a Savannah a tramar algunos planes.

Cord la había ayudado a sentarse y ahora le sonreía con una expresión de anticipación que dejaba bien en claro lo que estaba pensando. Savannah se reprendió mentalmente y se decidió a actuar.

—Si no te importa —sugirió suavemente, sin atreverse a mirarlo a los ojos—, me gustaría subir a mi habitación.

—No me puedo quejar, ya que durante todo el día he estado esperando el placer de acompañarte arriba —dijo Cord con voz baja y seductora que hizo que algo vibrara

dentro de Savannah

«¡Diablos!» se dijo, furiosa. «¡Soy el cazador y no la presa! ¡Tengo que dejar de actuar como la presa cada vez que veo ese brillo en sus ojos!»

Un bullicioso grupo se encaminó hacia el vestíbulo. Savannah sabía que varios de ellos tenían habitaciones en el mismo piso que ella; con un poco de suerte, se dirigirían hacia la misma escalera hacia la cual iba Cord.

—¿Estás nerviosa? —preguntó él de pronto.

—Claro que no. ¿Por qué debería estarlo? Yo soy la encargada de decidir cuándo hay que decir buenas noches ¿verdad? —replicó ella con una sonrisa burlona.

—Quizá te lo pregunto porque soy yo el que está un poco nervioso —dijo Cord con pesar.

—¡Tú! —exclamó Savannah, mirándolo con expresión sorprendida—. No te creo. ¡Nunca te he visto nervioso!

—Creo que le tengo un poco de miedo a tu fuerza de voluntad.

—¿Te refieres a lo que sucedió anoche? —preguntó ella con satisfacción.

—Nunca me gustó darme duchas frías. En especial cuando sé que no son necesarias —rió Cord.

Las parejas que Savannah había reconocido estaban subiendo las escaleras delante de ella y de Cord. Todo dependería de la forma en que sincronizara sus movimientos.

—Quizá —comentó con ironía—, podría tener menos fuerza de voluntad si pensara que tú estás nervioso.

—¿El hecho de saber que estoy algo inseguro te haría sentirte más dueña de la situación? —adivinó él con gran percepción.

—¡Tu seguridad para todo lo que haces me resulta deprimente! Y además, eres demasiado persistente. ¡No sólo en este loco juego en el que me obligas a participar, sino en los negocios, en tu manera de tratar a la gente, en todo! —se lamentó Savannah.

—Es gracioso —sonrió Cord alegremente—. Tenía la misma impresión acerca de ti. Una mujer a la que debe encararse en forma emprendedora si se desea ser respetado...

Pero Savannah ya no lo escuchaba. Toda su atención estaba fija en el grupo de jóvenes algo borrachos que caminaba delante de ellos. Sacó las llaves del bolso y esperó la oportunidad. Al llegar al final de la escalera, todos se detuvieron mientras dos de las parejas deliberaban acerca de cuál habitación usar para tomar el último trago de la noche.

Cord comenzó a abrirse paso cortésmente y Savannah logró zafarse y rodear al grupo por el otro lado. Durante unos preciosos minutos estuvo a solas.

Metió la llave en la cerradura, al tiempo que echaba una mirada por encima de su hombro. Vio que Cord había logrado trasponer el embotellamiento humano y se acercaba hacia ella. De pronto él advirtió la intención de Savannah y ella supo que iba a salirse con la suya. De repente se sintió alegre y muy dueña de la situación. Le dedicó

una sonrisa cálida, divertida y desafiante y acto seguido entró en la habitación y cerró la puerta detrás de sí.

CAPÍTULO 7

El segundo paso del plan para darle celos a Cord se le ocurrió no bien se despertó a la mañana siguiente. Luego de ducharse, marcó el número de la recepción e hizo su pedido.

—Eso es. Una rosa roja. De tallo largo. Que el florista me la mande esta tarde, alrededor de las seis, por favor. Ah, casi me olvido de la tarjeta... —Savannah pensó con todas sus fuerzas. Quería algo con el toque exacto de pasión—. Que la tarjeta diga: "Cometí un terrible error. ¿Es que todavía hay posibilidad para nosotros?" y fírmelo Jeff. ¿Entendió? Le agradezco muchísimo. Sé que el pedido le resulta algo inusual. Sí, muchas gracias.

Savannah colgó el auricular con una sonrisa complacida e instantes después oyó que golpeaban a la puerta.

Se puso de pie deprisa y luego de controlar su apariencia en el espejo, se dirigió hacia la puerta. La abrió en el preciso momento en que Cord se disponía a volver a golpear.

—Buen día, Cord —dijo con una sonrisa luminosa—. ¿Otra vez olvidé que teníamos cita para desayunar?

—¿Cómo lo adivinaste? —preguntó él, entrando en la habitación antes de que ella pudiera salir al corredor. Cerró la puerta detrás de sí—. Pero hay una o dos cosas de las que tenemos que hablar antes de bajar —agregó.

Recorrió el cuerpo de ella con los ojos, pero no dio indicios de si estaba o no resentido por lo de la noche anterior.

—¿Cuáles? —preguntó ella con tono ligero, tratando de disimular el temor que le despertaba la presencia de él en la pequeña habitación.

Le indicó que se sentara en una silla y ella se acomodó sobre un extremo de la cama, observándolo con enormes ojos inocentes.

—Que anoche estuviste a punto de hacerme perder la paciencia —murmuró Cord, echándose hacia atrás y observándola con atención—. Tuve que soportar el hecho de que anduvieras regalando los besos que me cuesta tanto sacarte, pero que te comportaras en forma tan cobarde al llegar aquí fue demasiado.

—¿Ah, sí? —preguntó Savannah con interés, mirándolo con la cabeza inclinada hacia un lado—. No me di cuenta de que te molestó lo que hice. Al fin y al cabo, no trataste de derribar la puerta ni hiciste un gran escándalo

—¿Era eso lo que deseabas? —preguntó Cord con curiosidad.

—¡No, claro que no! —le aseguró ella con vehemencia.

—Te dejé llevarte esa pequeña victoria por consideración a tu orgullo. Parecías tan complacida con tu estrategia que me dio lástima arruinarte todo y exigirte que me

dejaras entrar.

Savannah trató de disimular la sorpresa. Había estado segura de que Cord no había hecho un escándalo porque quería salvar su propio orgullo. ¡No se le había ocurrido que podía desistir de perseguirla por consideración a sus sentimientos!

—Qué amable —se burló Savannah, pero por alguna razón, le creyó

—Sí, ¿no te parece? —comentó él con tono indolente—. Te di tiempo y algo de libertad con toda mi buena voluntad, pero has abusado de las dos cosas. ¡Creo que será mejor que acorte un poco las riendas, o correré el riesgo de que te vuelvas demasiado rebelde!

Savannah tuvo que esforzarse por no levantarse y huir.

—¿Qué? —dijo con tono ligero—. ¿Otra vez vas a cambiar las reglas? ¡No sé cómo pretendes que pueda seguirte el juego, si vas a usar esas tácticas sucias!

—No quiero jugar limpio; sólo quiero ganar. Ayer fue un día muy difícil para mí —le informó con un dejo de reproche en la voz.

—Pobrecito —dijo Savannah.

—Así es. De manera que estoy seguro de que comprenderás cuando te digo que no pienso volver a pasar otro día así.

Savannah aguardó, preguntándose con qué saldría ahora.

—Decidí que puedo perseguirte mejor si pasamos el día juntos. Esto de seguirte a distancia y verme obligado a contemplar cómo flirteas con otro hombre no está saliendo demasiado bien, sabes.

Savannah se sintió invadida por la esperanza. ¡Este sí que era un indicio de celos!

Cord se puso de pie con una energía que la alarmó. Se levantó rápidamente, tratando de poner distancia entre ella y Cord. No parecía fastidiado, sólo muy decidido.

—Vamos, Cord —dijo ella con tono tranquilizador, mientras él se acercaba hacia ella.

—Vamos, Savannah —la imitó él tomándola del brazo y atrayéndola hacia sí—. Deja que te explique las nuevas reglas a las que deberás atenerte.

—Creo que no tengo ganas de escucharlas —protestó ella.

Le echó una mirada subrepticia y advirtió que era necesario tener cuidado.

—Pasaremos juntos nuestras vacaciones en Carmel —dijo él, ignorando las protestas de ella—. No entablarás amistad con hombres extraños como Eric Daly y te dedicarás exclusivamente a mí, así podré acelerar el proceso de hacerte pagar tus deudas. ¿No te parece sencillo y claro? —agregó, mirándola con una sonrisa en los ojos verdes.

—Muy claro —asintió ella con ironía.

Esta era justamente la oportunidad que necesitaba. Podía hacer que los planes de Cord sirvieran también a sus propios propósitos. Necesitaba un poco de tiempo para ver en qué coincidían, para edificar la base de algo más que una simple aventura.

—Hazme acordar que agregue "entiende y cumple las instrucciones" en tu ficha

personal cuando regresemos al trabajo —susurró Cord, atrayéndola hacia él y apoderándose de sus labios en esa forma dominante a la que Savannah comenzaba a acostumbrarse.

Durante un largo y sensual instante sintió que su boca quedaba aprisionada bajo la de él y supo que si el beso se prolongaba volvería a reaccionar a esa fuerza sensual que él utilizaba en forma tan eficaz. Cord levantó la cabeza, satisfecho.

—Vamos a desayunar. Sé que debes estar hambrienta y podremos seguir discutiendo frente a un plato de huevos con jamón. —La tomó del brazo y la guió hacia el corredor—. Después del desayuno, podrás ayudarme a buscar ese algo que necesito para poner sobre la repisa del hogar —continuó, mientras cerraba la puerta con llave.

—¿Era cierto que buscabas un objeto de arte? —preguntó Savannah con sorpresa, recordando que él había hablado de eso la otra noche, cuando Eric la había acompañado hasta la habitación.

—Por supuesto. La decoradora me recomendó que pusiera algo sobre la repisa. Seguramente aquí encuentre algo. Además, tu gusto parece ser excelente —agregó para gran asombro de Savannah.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó, cuando entraron al comedor.

—Creo que debería aclarar que tienes buen gusto para todo menos para hombres —rió Cord, ayudándola a sentarse—. Pero una vez que haya corregido ese detalle, podré confiar en ti plenamente.

—Cord, te hice una pregunta —insistió Savannah.

—¿Sobre cómo sé que tienes buen gusto? Visto que el gusto es algo tan personal, supongo que debería haber dicho que es compatible con el mío, en lugar de decir que es excelente —dijo él con tono pensativo, como si estuviera considerando un punto filosófico.

—¡Cord!

—¡Una de las cosas que admiro en ti, mi dulce Savannah —dijo él sin inmutarse— es que una vez que empiezas con algo, sigues adelante hasta que algo importante te detiene! Está bien, responderé a tu pregunta. ¿Qué sé acerca de tus preferencias? Sé que te vistes bien, que te gusta la música clásica, léase Mozart y Vivaldi, y también sé que prefieres los vinos del Norte de California. Además estoy enterado de que lees libros de ciencia ficción, referentemente con muchas aventuras.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Savannah, atónita.

—Parte por observación —terció él con un brillo en los ojos.

—¿Y el resto? —insistió ella, frunciendo el ceño.

—Alguna que otra pregunta discreta que dejé caer entre gente que te conoce —replicó él con tranquilidad.

—¡Cord Harding! ¿Quieres decir que estuviste averiguando acerca de... de lo que me gusta y lo que no me gusta? ¿Le hablaste de mí a mis amigos? —Savannah estaba entre indignada y atónita.

—Fui muy sutil, de veras —dijo él con tono tranquilizador—. Felicítame.

—¡Felicítarte! —exclamó ella—. ¡Lo que debería hacer es tirarte un vaso de agua

helada sobre la cabeza!

—Piénsalo bien, mi vida —le recomendó él con una sonrisa—. Imagínate el escándalo que armarías.

—¡No me importaría nada! —declaró Savannah—. ¿Pero por qué te tomaste la molestia de hacer esas averiguaciones?

Trató de apagar la chispa de esperanza que las palabras de él habían encendido.

—No me gusta emprender algo sin preparación previa —explicó él.

—¿Planeaste este fin de semana que me quieres forzar a compartir contigo? ¿Antes de la fiesta de Jeff? ¿Siempre gastas tanto esfuerzo en aventuras de corta duración? —preguntó Savannah.

La chispa de esperanza comenzaba a arder con más fuerza.

—No. —Cord le sonrió y Savannah supo que haría cualquier cosa con tal de ganar ese juego.

—¿Crees que un fin de semana conmigo va a ser algo especial? —preguntó con brusquedad, tratando de aparentar desinterés.

—Una experiencia memorable.

A pesar de la leve tensión que Savannah experimentaba en presencia de Cord, la mañana transcurrió en forma muy agradable, decidió ella más tarde.

—Bueno, ¿qué te parece esto? —preguntó Cord antes del almuerzo, mientras observaban una moderna escultura de metal que representaba un sol.

—No creo que sea lo que buscas. Se ve bien aquí en la tienda, pero no va a lucirse sobre tu repisa —opinó Savannah con tono pensativo—. No hay por qué apresurar la decisión —agregó, sin pensar en lo que estaba diciendo—. Vamos a estar aquí dos semanas y podremos hacer una escapada hasta Monterrey antes de decidirnos. Hay muchos anticuarios allí...

—Tienes razón, tenemos mucho tiempo —sonrió Cord, tomándole la mano con una firmeza que no invitaba a resistirse.

Savannah no lo intentó.

Las flores frescas sobre la mesa del restaurante donde almorzaron, le recordaron a Savannah la rosa que había pedido para esa noche. ¿Lograría borrar esa masculina seguridad del rostro de Cord por la romántica flor y la falsa nota de Jeff?

—¿En qué piensas? —preguntó Cord de pronto, interrumpiendo la ensoñación de Savannah justo cuando ésta estaba por hundir los dientes en un emparedado.

—En la librería de aquí al lado —inventó ella de inmediato—. Se me ocurrió que podría ser lindo echarle un vistazo después de almorzar.

—De acuerdo. —Cord sonrió—. ¿Estás segura de que era eso lo que tenías en mente? Estoy aprendiendo a leer las miradas de esos ojos de gata, sabes. Todavía no he descifrado todas las expresiones, pero me falta poco. ¡Estoy seguro de que luego de que hayamos hecho el amor, no podrás mentirme sin que me dé cuenta!

—¡Cord! —exclamó Savannah, a punto de atragantarse con el emparedado—. ¡No

te atrevas a decir algo así en público! ¡No creas que porque permito que pases el día conmigo voy a tolerar ese comportamiento!

Frunció el ceño, con indignación al advertir que se sonrojaba. Era muy desconcertante estar sentada frente a un hombre que no tenía inhibiciones acerca de dejar en claro su deseo. ¡Iba a tener que enseñarle un par de cosas acerca de la caballerosidad!

—¿A cuántos hombres —preguntó Cord con curiosidad— has logrado asustar con esa expresión feroz? El pobre Daly no pudo soportarlo por más de una noche. ¿Alguna vez le mostraste a Painter el lado filoso de tu lengua?

—Me estás provocando deliberadamente —anunció Savannah con majestuosidad—. ¡No voy a responder a esas preguntas!

—Sólo estoy tratando de hacerte ver las ventajas de tener un amante que no huirá cuando pierdas los estribos —dijo él—. ¿Cuándo aprenderás a confiar en mí, Savannah? —preguntó, repentinamente serio.

Durante un instante hubo algo en esas profundidades verdosas que hizo que Savannah sintiera deseos de extender la mano y tocar a su adversario. Tocarle con la magia de una hechicera que podría amansar a los hombres y animales más feroces y peligrosos. Tocarle y tenerlo para siempre junto a ella con los ojos verdes rebosantes de amor y adoración.

—¿Confiar en ti, Cord? —preguntó con suavidad—. ¿Por un fin de semana?

—Sí —dijo él de inmediato—. Por un fin de semana.

La magia desapareció. Savannah se negó a permitir que él viera su desilusión e inclinándose hacia adelante, juntó coraje y lo miró a los ojos con una brillante sonrisa.

—Vete al infierno —le aconsejó con tono amable.

—Querida —dijo él con una sonrisa tan brillante como la de ella—, ¡eres tan romántica!

Pasaron un rato agradable en la librería, conversando acerca de autores, personajes y mutuos descubrimientos.

—¿Por qué no dejamos todo esto en el hotel y vamos a caminar por la playa? —propuso Cord más tarde, señalando los paquetes de libros que tenían en las manos. Savannah asintió, aunque su instinto le advirtió que la playa podría resultar un

campo de batalla peligroso. Había algo en la fuerza del mar que le recordaba la intensa masculinidad de Cord y no estaba segura de que fuera prudente combinarlas.

Media hora más tarde, equipados con rompevientos y vaqueros, Savannah y Cord bajaron a la playa, y emprendieron la caminata por la orilla.

—¿Siempre te vas de vacaciones sola? —preguntó Cord luego de algunos minutos de silencio compartido.

Le había tomado la mano y Savannah estaba aprisionada junto a él. Gracias a Dios que era alta y podía seguirle el paso, pensó Savannah con una mueca. Cord no parecía estar dispuesto a aminorar la marcha para adaptarse a ella. Caminaba con los pasos largos y ágiles de un animal de presa y pretendía que ella se mantuviera a la par.

—Lo hago desde hace algunos años —respondió ella—. Acapulco, Hawai, un

crucero por el Caribe...

—¡Qué criatura tan independiente! —rió él, mirándola por el rabillo del ojo—. Creo que has andado en libertad durante demasiado tiempo —agregó con tono pensativo—. Mejor dicho, durante el tiempo justo.

—¿Justo para qué? —preguntó ella, rebelándose ante el tono superior de Cord.

—Justo para que yo te encontrara —explicó él, con los ojos cargados de intención.

—No hay duda de que te estás tomando bastantes molestias para obtener un fin de semana —comentó Savannah, con la mirada fija sobre un grupo de gaviotas.

—Ya deberías conocerme lo suficiente como para saber que soy capaz de esforzarme mucho por conseguir lo que deseo. Y si hay algo que deseo, eso eres tú, mi reina.

Se detuvo de pronto, haciéndole perder el equilibrio a Savannah, que trastabilló y fue a terminar entre sus brazos.

—Cord —comenzó a decir con firmeza, apoyando las manos sobre los hombros de él y mirándolo a los ojos—. Yo no...

No estaba segura de lo que iba a decir, sólo sabía que tenía que protestar.

—Calla —susurró Cord, sosteniéndola con un brazo y comenzando a bajarle el cierre del rompevientos con movimientos lentos y seductores.

Deslizó los dedos bajo la suave tela de la blusa y Savannah vio el brillo en sus ojos al sentir la suavidad de los senos de ella.

— ¡Te prohíbo —dijo Cord medio en broma, pero con un dejo de aspereza en la voz que transmitía una leve amenaza —que andes tan impúdicamente vestida en la playa con un hombre que no sea yo!

Savannah, que había pensado que la tela de la blusa y el rompevientos suelto eran más que suficiente protección, reaccionó de inmediato.

—¿Hasta que consigas tu fin de semana?

—¿Estás insinuando que quieres pasar más de un fin de semana conmigo? —comentó Cord con interés—. Me dejas boquiabierto. ¡Y yo que pensaba que tendría que convencerte para que pagaras la deuda mínima!

—¡Eres tan presumido que te merecerías que te sumergiera en ese mar helado! —exclamó Savannah, que se había sonrojado intensamente al ver que él había dado otro sentido a sus palabras—. ¿Qué te hace creer que deseo más que un fin de semana contigo?

—Ah, bueno —suspiró él, inclinándose hacia Savannah—, supongo que tendré que conformarme con lo que me toque.

La boca de él cubrió la suya de repente, en un asalto cálido y sensual. Hizo un débil intento por escapar, pero la mano de él, que había estado explorando la parte interna de su blusa, se cerró de repente sobre uno de sus senos, acariciándolo con tanta pasión que Savannah ya no trató de liberarse. Había una advertencia en el beso de Cord y en su caricia; una advertencia que expresaba claramente que la tendría entre sus brazos durante todo el tiempo que lo deseara.

—¿Por qué luchas contra mí, si estaremos muy bien juntos, mi dulce gata? Eres como una criatura salvaje que tiene miedo de reconocer qué agradable puede ser que la acaricien y la mimen. ¿Qué sucede, Savannah? ¿Tienes miedo de que te guste demasiado? —murmuró Cord contra su cuello—. Déjame que te muestre. Averigüemos si te gustará demasiado. Relájate y confía en mí el tiempo suficiente para que te lo demuestre...

En su voz había otra vez una sensualidad hipnótica, pensó Savannah con desesperación. ¿Cómo hacía una mujer para luchar contra esa seducción cuando todo su cuerpo ansiaba ser arrastrado al centro de ese torbellino de pasión?

—No voy a tener una aventura de fin de semana contigo, Cord —masculló Savannah—. Estoy segura de que serías el amante excepcional que te crees, pero hay otros hombres en este mundo. ¡Hombres que pueden ofrecerme más que un par de noches de sexo!

—Yo no te ofrecí un fin de semana —dijo él, apretándola con más fuerza—. Te lo gané. ¡Tú lo apostaste y ahora lo pagarás!

Antes de que ella pudiera responder, él volvió a separarle los labios, buscando la calidez interior que parecía desear, explorando, robando, exigiendo con tanta autoridad que Savannah sintió que su autocontrol quedaba anulado. El cuerpo de ella cedió ante el de él, amoldándose en forma instintiva a las necesidades de Cord.

—Savannah — suspiró él, tomándole el rostro entre las manos, mientras levantaba la cabeza durante un instante—. Algún día haremos el amor en una playa como ésta. Lo juro. Naciste para responder a la parte más básica de mí y algún día tendré esa respuesta. ¿Me crees?

El fuego de sus ojos verdes estaba a punto de consumirla, pensó ella. Sería tan fácil empujarlo más allá del límite, incitarlo a cumplir su promesa aquí y ahora.

¿Pero con qué se enfrentaría después? le preguntó su sentido común. Sólo con un increíble arrepentimiento. Nunca más volvería a ser la misma si permitía que la magia de Cord la consumiera por completo. Tendría que tener sus propios hechizos listos para atraparlo antes de rendirse.

—¿Me crees, Savannah? —preguntó él suavemente, al ver que ella permanecía en silencio.

El fuego dentro de él ardía con una fuerza y Savannah supo que sería mejor darle una respuesta.

—Creo —terció con cautela —que crees que vas a hacerlo. ¡Ay! —concluyó con un grito de sorpresa.

No la había lastimado, sólo la había asustado con un pequeño sacudón de impaciencia.

—Savannah —la amenazó casi con dulzura; la pasión en sus ojos cedió el paso a una firme decisión—, sugiero que demuestres un poco más de confianza en mí, o haré

que la playa sea ésta y el día sea hoy. ¡Y aunque la arena puede estar desierta en este momento, está abierta al público...!

—¡Cord! ¡No harías una cosa así! —exclamó Savannah con voz insegura.

—¿Quieres apostar? —Cord sonrió con expresión traviesa.

—¡No vuelvas a usar esa frase! —suplicó ella—. ¿No tienes compasión?

—No. Sólo un ardiente deseo de oírte admitir la verdad. Que te haré mía uno de estos días. ¡Dime que lo sabes, que falta poco para que terminemos con este juego!

Durante un instante, Savannah temió que hubiera adivinado. Pero no; estaba hablando del juego que él había comenzado, advirtió Savannah y sintió una oleada de alivio. No era posible que Cord supiera algo acerca de los planes de ella.

—Sí —asintió valerosamente —, falta poco para que se acabe este juego.

Lo observó sin temor, notando la satisfacción en sus ojos. Se preguntó cuál sería la reacción de Cord si supiera la forma en que se había complicado la partida. Él le sonrió con la encantadora expresión de alguien que como ha obtenido una gran concesión, puede darse el lujo de ser generoso.

—Eso es, Savannah, te resultará más fácil ahora que has admitido el resultado final. Pero no te preocupes, cariño, te daré tiempo.

Abrazándola con fuerza, Cord le subió el cierre del rompevientos, la besó sobre la nariz y se encaminó de regreso hacia el hotel. La satisfacción que sentía era obvia y suministró a Savannah el aliciente que necesitaba. Cord Harding no iba a hacer todo a su manera, se juró en silencio. ¡No iba a ser el único ganador de esa batalla!

—Qué rápido pasó el día, ¿verdad? —comentó Cord cuando se acercaban al pequeño hotel—. Ya es casi la hora de un cóctel y luego la cena. Cuando terminemos de bañarnos y sacarnos la arena de los pies, serán casi las seis. Pasaré a buscarte por tu habitación a esa hora. ¿De acuerdo?

No le estaba pidiendo permiso, pensó Savannah con ironía. Simplemente estaba tratando de ser cortés para impartir una orden implícita.

—De acuerdo —asintió Savannah, pensando en la rosa roja y la tarjeta tenían que llegar a las seis.

¡La sincronización iba a ser casi perfecta!

—Mm —rió él, deteniéndose en la entrada del hotel para volver a besarle nariz—
¡Me encanta cuando estás tan obediente!

Savannah bajó la mirada, para ocultar el brillo de venganza que temía él notara.

—Supongo que es porque estás acostumbrado a ser el jefe —suspiró.

—Probablemente tengas razón —dijo él con una sonrisa—. Hace mucho que nadie me da órdenes. ¡Supongo que uno se acostumbra a impartirlas!

Savannah se vistió con esmero esa noche. Cepilló la masa oscura de cabello hasta que relució y lo ató en un elegante moño. Eligió un audaz vestido negro sin hombros y se calzó sandalias del mismo color. Al mirarse en el espejo, seleccionó un collar y pendientes de cuentas rojas. Se sentó sobre la cama a esperar. No sabía quien llegaría primero, la rosa o Cord.

Al final, llegaron en forma casi simultánea. Cuando oyó los golpes a la puerta,

Savannah fue a abrir, fastidiada ante su creciente nerviosismo. ¿Qué le estaba sucediendo? Todo saldría como lo había planeado. Cord se daría cuenta de que tenía rivales. ¿Acaso no era eso lo que ella había querido lograr? Sin embargo, abrió la puerta con una cierta vacilación.

—Hola, Cord —dijo con tono cortés. No sabía si sentir alivio o inquietud por el hecho de que él hubiera llegado antes que la rosa—. Estoy casi lista.

—Bien. —Cord sonrió con arrogancia—. Te esperaré adentro. —Empujó la puerta y Savannah se vio obligada a retroceder.

¡Esta actitud posesiva era justamente la causa de que ella se hubiera hecho enviar esa rosa!

—¿Señorita Emery? —La voz de un joven desde el corredor los interrumpió.

—¿Sí?

Savannah pasó delante de Cord, que se había vuelto a mirar al muchacho con curiosidad.

No había dudas acerca de la ocupación del joven, pensó Savannah y sintió deseos de reír. Llevaba una camisa a flores con el nombre de la florería. En la mano sostenía una caja larga y angosta, envuelta en papel plateado y adornada por un gran moño.

—Un paquete para usted —sonrió el muchacho.

—Gracias —replicó Savannah, devolviendo la sonrisa.

Tomó la caja y se quedó observando al joven, que se alejó a grandes pasos.

—¿Qué es eso? —preguntó Cord desde la puerta.

Contempló la caja con recelo.

—¿Cómo? ¿No es una sorpresa tuya? —preguntó Savannah con tono ligero, entrando en la habitación con expresión triunfante.

—No —dijo Cord y cerró la puerta con firmeza.

Se detuvo justo detrás de Savannah y observó mientras ella desataba el moño. Ella sintió el creciente fastidio de Cord y ocultó una sonrisa. Hasta ahora, todo marchaba bien.

Abrió el paquete con la expresión de una mujer que aguarda un hermoso regalo. Hubo un tenso silencio mientras levantaba la tapa de la caja

—¡Oh! —suspiró, sacando a relucir su talento histriónico—. ¡Qué belleza!

La rosa roja yacía contra un fondo de satén blanco. La misma esencia de lo romántico.

—¿Quién diablos te envió eso? —preguntó Cord, aparentemente inmune al efecto poético.

Metió la mano en la caja y extrajo la tarjeta antes de que Savannah se diera cuenta de su intención.

—Dame eso —le ordenó ella, sosteniendo la caja con una mano mientras trataba de arrebatarle la tarjeta.

—Quiero ver quién es el idiota que se cree que puede mandarte rosas —dijo Cord, abriendo el pequeño sobre y dejándolo caer.

Savannah lo observó ansiosamente mientras él leía el breve mensaje.

Sólo cuando él levantó la furiosa mirada hacia ella, Savannah admitió que quizá había abusado con la broma. Pocas veces había visto tanta ira en el rostro de un hombre. La advertencia de Cord acerca de su carácter le volvió a la mente. Tendría que haberle hecho caso, decidió Savannah. ¡Estaba frente a un hombre que parecía dispuesto a darle una buena paliza!

CAPÍTULO 8

—¿Quién la mandó? —susurró Savannah, haciendo un último intento por seguir con su actuación. ¡De todos modos, parecía más seguro fingir inocencia!

—¿No lo sabes? —rugió Cord, aplastando la tarjeta en su mano—. ¿Acaso hay tantos hombres en tu vida que no puedes imaginarte quién te mandó una rosa roja?

Dio un paso hacia ella y Savannah retrocedió ante el impacto de la ira de él. Estaba furioso, notó. Mucho más de lo que ella se había imaginado que se enfurecería. Cada línea de su cuerpo musculoso revelaba esa furia.

—Cord, por favor —dijo Savannah con tono tranquilizador, mientras retrocedía otro paso—. No tienes derecho de enojarte tanto y tú lo sabes. ¿De quién es la tarjeta?

—¡Que no tengo derecho! —rugió Cord, pasando por alto la pregunta de ella—. ¡Cómo que no tengo derecho! ¡Sabes perfectamente bien que eres mía desde la otra noche cuando te gané jugando a los naipes!

—¡No me ganaste a mí! —exclamó Savannah, entre furiosa y asustada—. Sólo ganaste... un fin de semana.

—No necesitaba más que eso —replicó él, dando otro paso hacia ella.

En un instante Savannah estaría contra la pared, sin posibilidades de escapar. Cord no parecía estar apurado para atraparla: un animal salvaje que conoce el resultado final de la cacería y tortura a la presa sin piedad.

—Un fin de semana contigo me dejará completamente satisfecho, y voy a obtenerlo, Savannah Emery, por más rosas que te envíe Jeff Painter.

—¡Jeff! —exclamó Savannah, tratando de fingir sorpresa—. ¿Jeff mandó la rosa? Debió de haber cambiado de idea...

—¡No me importa cuántas veces cambie de idea! Ya tuvo su oportunidad y ahora me toca a mí. —Cord extendió el brazo y arrancó la rosa de las manos temblorosas de Savannah.

Ella observó cómo arrojaba la caja y su contenido dentro del papelerero más cercano.

—¡Cord, esto es ridículo! ¡Es sólo una flor!

—¿Hablaste con él, Savannah? —preguntó Cord, deteniéndose justo frente a ella

y tomándola por los hombros.

El escote del vestido negro revelaba una buena cantidad de piel y Savannah se preguntó si Cord se daría cuenta de que la estaba lastimando. Probablemente no le importaba.

—¡Respóndeme!

—¡No! —chilló ella.

Cord debió leer en sus ojos que no mentía, pues parte de las líneas duras de alrededor de su boca desaparecieron.

—¿Entonces cómo supo a donde mandar la rosa?

—¿Cómo voy a saberlo? Supongo que habrá averiguado dónde estaba de la misma forma que lo hiciste tú. ¡Preguntándole a mis compañeros de trabajo!

—Pues bien, no vas a contestarle, ¿está claro? ¡No vas a llamarlo, ni escribirle, ni verlo...!

—De... debería al menos agradecerle —sugirió Savannah con voz trémula, tratando de leer la profundidad de sentimientos en esos ojos verdes.

Había logrado su objetivo, pensó con tristeza. Cord estaba celoso, pero todavía parecía preocuparse nada más que por el fin de semana que había ganado. ¿Qué haría ella ahora?

—¡No harás nada de eso!

—Si... si me llama...

—Yo hablaré por ti —le informó Cord con arrogancia, dándole un suave sacudón admonitorio.

—¡Tengo mis derechos, Cord Harding, y no voy a permitir que me intimides! —exclamó Savannah, al límite de sus fuerzas.

La sensación de impotencia que experimentaba cada vez que él le ponía las manos encima, ya fuera por rabia o por pasión, le resultaba difícil de aceptar.

—¡Savannah —la amenazó él con increíble serenidad—, si me entero de que has tratado de ponerte en contacto con Painter, te juro que te pasarás un mes comiendo a mi mesa y admirando la obra de arte que conseguiremos para la repisa!

Savannah lo miró con enormes ojos asombrados. ¡Un mes! ¡Había hablado de un mes!

—¿Me pegarás? —preguntó ella ya que no sabía qué decir.

La mente le daba vueltas con lo que podían implicar las palabras de Cord. ¿Había sido un mero desliz de la lengua o realmente pensaba extender la relación por más de un fin de semana?

—Con todo gusto, si creyera por un momento que me desobedecerías con este asunto de Jeff Painter —le aseguró él.

—Las amenazas no son la forma más indicada de convencerme para que pague las deudas —dijo Savannah con sarcasmo.

—No estoy muy seguro de eso —replicó Cord—. Quizá las amenazas sean la única forma de tratar con una jugadora testaruda y voluntariosa que no tiene el suficiente sentido común como para entregar sus naipes y declararse vencida. ¡Te advertí acerca

de mi falta de paciencia, Savannah!

—Te comportas como si el hecho de recibir una rosa de Jeff Painter fuera culpa mía —se lamentó Savannah.

—¡Parecías muy contenta de recibirla!

—¡No sabía quien la había enviado!

—Ya te había dicho que no había sido yo.

—¿Y qué? ¡A cualquier mujer le encanta recibir rosas!

—¿Aun de parte de un hombre que acaba de dejarla por otra? —insistió él.

—Quizá el hecho de que se haya arrepentido de su decisión me resulte halagador —sugirió Savannah con gesto orgulloso.

—Yo diría —declaró Cord con firmeza—que deberías estar más interesada en un hombre que sabe lo que quiere desde el principio. ¡Uno que no se desvía de su camino por la primera falda que se le cruza!

—Reconozco que tú sabes lo que quieres, Cord —masculló Savannah, indignada—. ¡Lo que pasa es que no coincide con lo que yo deseo! ¿Cuántas veces tengo que decirte que quiero más que la promesa de un fin de semana con un hombre?

—¿Y cuántas veces tengo que decirte yo que nuestra relación no tiene por qué limitarse a un fin de semana?

Le clavó los dedos en la piel. Su rostro era una dura máscara de determinación.

—Pero hace unos minutos dijiste que todo lo que necesitabas era un fin de semana. ¡Me informaste que quedarías completamente satisfecho! —exclamó Savannah, furiosa.

Los brillantes ojos verdes todavía centelleaban con los restos de la ira, pero una expresión inescrutable cubrió el rostro de Cord mientras observaba la mirada furibunda de Savannah.

—Un fin de semana —declaró él casi con crueldad —me daría lo que busco. Si quieres que haya más entre nosotros, pues tendrás que encargarte de convencerme durante ese período.

—¡Yo! —chilló Savannah, atónita—. ¿De qué estás hablando?

Un extraño temor se apoderó de ella. Tuvo un horrible presentimiento de lo que Cord estaba por decir.

—¿No es obvio? —preguntó él, levantando una ceja castaña—. Yo aposté un fin de semana y me lo gané. Y voy a cobrármelo, Savannah, créeme. Pero —agregó con increíble serenidad— no hay nada en nuestro acuerdo que prohíba que emplees esos dos días y dos noches para apostar algo más grande...

—¿Qué? —exclamó Savannah, fastidiada y muy asustada—. ¿Se supone que la carnada para que pague mi deuda es la posibilidad de que en dos días pueda lograr que te enamores locamente de mí?

—No olvides las dos noches —terció Cord, atrayéndola hacia él y apretándole las caderas contra las suyas—. Cuando ambas partes deciden cesar las hostilidades, en dos noches pueden suceder muchas cosas.

Los labios de Cord buscaron el sensible lugar detrás de la oreja de ella, que

quedaba expuesta por el moño y Savannah se encontró mirando la firme tela de la chaqueta de vestir de él, desde una distancia de cuatro centímetros. Su cabeza era un torbellino de emociones. Cord le estaba ofreciendo otra forma de jugar su mano. Una forma más arriesgada que el método que acababa de usar. ¡Cielos! pensó Savannah con vehemencia. ¡Si él supiera que ella había querido darle celos, intencionalmente! Se preguntó si la reacción de él sería de ira por el hecho de haber sido engañado o satisfacción al descubrir que ella lo deseaba hasta el punto de tomarse todas esas molestias.

¿Pero por qué no habría de probar otra táctica? No la que sugería Cord, claro, esa era demasiado peligrosa y además, todo estaba a favor de él. Según el plan de Cord, él obtendría su fin de semana y ella tendría nada más que una remota posibilidad de lograr algo más serio. Es más, pensó Savannah con pesar, probablemente él deseaba que ella pagara la deuda con la esperanza de que la aventura duraría más de un fin de semana. Cord estaba tratando de manipularla para obtener lo que deseaba. ¿Qué sucedería si ella intentaba un acercamiento más suave? Si fingía estar al borde de la rendición. ¿Perdería él algo de esa viril agresividad al darse cuenta que ella ya no representaba un desafío? Y más importante aun... ¿Con qué la reemplazaría?

—Cord —comenzó a decir Savannah, bajando la voz a un tono más suave—, no te enfades conmigo. No voy a ponerme en contacto con Jeff.

Trató de sonar sumisa, pero no demasiado dócil.

—¡Más te vale! Elimina a Jeff y a esa estúpida rosa de tu mente, Savannah. Mi fin de semana es tu primera prioridad.

—La abrazó con más fuerza, haciéndola muy consciente de su virilidad.

—No hay duda de que eres uno de los hombres más persistentes del mundo —suspiró Savannah, cerrando los ojos al sentir la mano de él sobre su cadera—. No puedo creer que un hombre se tome todas estas molestias para cobrarse una apuesta que nunca debió haber hecho —agregó.

—El hecho de que no soy galante debió haberte advertido de que la cobraría —replicó él, levantando la cabeza y mirándola a los ojos.

—Bueno, ya dejaste en claro el asunto de la rosa y yo te prometí que no hablaría con Jeff, de modo que... —Savannah fijó los ojos en un botón de la camisa de él—... ¿podríamos bajar a cenar? —concluyó, asombrándose ante el tono suplicante de su voz.

¡Era mejor actriz de lo que había sospechado!

Cord se apartó de ella, observándola con atención. Tenía el ceño fruncido, pero la ira había desaparecido casi por completo. Savannah lo observó por el rabillo del ojo. Tendría que ser cuidadosa y no sobrereactuar, decidió, deseando que no hubiera tanta realidad en sus tácticas. Las ansias de apaciguar a Cord eran sinceras, descubrió con pesar. Era una nueva sensación para ella. Su reacción normal ante cualquier hombre que se hubiera comportado como Cord habría sido una de extrema impaciencia. Además no era nada normal para ella haber provocado una situación así.

—¿Es este el comienzo de una dulce y femenina sumisión? —preguntó Cord con interés, observando la expresión obediente de Savannah. Ella oyó la risa en su voz y de

inmediato gran parte de su deseo de apaciguarlo se evaporó—. ¿De veras vas a escucharme y obedecer?

—Haría cualquier cosa con tal de obtener una cena —dijo Savannah con voz trémula, mirándolo a los ojos con expresión suplicante.

Cord la miró por un instante y luego estalló en carcajadas.

—¡Esa es mi Savannah! Siempre con las prioridades bien en claro. Vamos, querida. Me ocuparé de que te alimentes. ¡No quiero que te quejes de que no me ocupo bien de ti!

Salieron de la habitación, dejando la rosa olvidada en el cesto de papeles junto a la cama.

Los dos días que siguieron fueron agotadores para Savannah, que estuvo en la exigente compañía de Cord casi cada minuto que estuvo despierta. Exploraron tiendas de anticuarios en Monterrey, pasearon en auto por la costa y pasaron horas caminando por las playas. Usando el objeto de arte que buscaba Cord como excusa, discutieron sobre interminables murales. Con una sensación de urgencia, Savannah trató de aprovechar cada conversación para aprender más acerca de Cord y obligarlo a aprender más acerca de ella. Tenían que hacerse amigos antes de que ella corriera el riesgo de permitir que fueran amantes, se dijo Savannah una y otra vez.

Por su parte, Cord parecía dispuesto a complacerla, sin duda pensando que sería una forma de hacerle bajar la guardia. Pero aunque a Savannah le parecía que de día se acercaban cada vez más a la amistad, los besos seductores y apasionados de Cord por las noches le dejaban la impresión de que él estaba haciendo tiempo, esperando para cobrarse el fin de semana. El saber eso fue lo que le permitió mandarlo de vuelta a su cuarto por dos noches seguidas.

—¿Cuántas noches más vamos a pasar separados? —preguntó Cord con voz ronca cuando se despedía de mala gana la segunda vez.

La apretó contra él y Savannah supo que él quería que ella respondiera a la pasión y el deseo que no se esforzaba por ocultar. La ardiente mirada color esmeralda recorrió el rostro de ella, notando el cabello desordenado, la vulnerabilidad de los labios que él había besado con pasión.

—Por favor, Cord —susurró Savannah, utilizando toda su fuerza de voluntad para mantenerse fiel a su plan—. Es una decisión tan importante que quiero estar segura...

—Dejó que su voz se perdiera, mirándolo con enormes ojos dorados.

—No tienes que tomar ninguna decisión excepto la de elegir el momento —replicó él con una mano sobre el cierre del vestido de Savannah.

La noche anterior, ella le había pedido que se marchara antes de que pudiera hacer más que besarla con intensidad. No pensaba permitir que volvieran a terminar sobre la seductora suavidad de la cama, como lo habían hecho algunas noches atrás.

—Cord, me prometiste que te irías cuando te lo pidiera —le recordó Savannah, muy consciente del cierre que se abría—. Anoche te fuiste...

—Anoche dejé que me echaras demasiado pronto —murmuró él, deslizando los dedos por la piel de la espalda de Savannah. Su boca marcó una huella de besos desde

el cuello de ella hasta el hombro—. Estaba tratando de mostrarte qué bien que colaboraras —agregó—. Pero luego de que llegué a mi cuarto, me di cuenta de que había manejado mal la situación. Te di demasiada autoridad. Ya te dije que te pareces mucho a mí, querida; isi nos dan autoridad, no vacilamos en ejercerla!

—¡Nada de eso! —protestó ella, estremeciéndose al sentir las manos de él sobre su piel—. ¿Es que no lo entiendes? ¡Tengo que estar segura!

—¿Segura de qué? —preguntó él deslizándose hacia adelante la parte superior del vestido y apretándola con más fuerza al sentir que ella se ponía rígida—. ¿Segura de que puedes dominarme? ¿Segura de que el fin de semana se llevará a cabo según tus términos? Si eso es lo que esperas, olvídalos. Estoy usando todo mi autocontrol para dejarte elegir el momento de tu entrega, pero una vez que te hayas comprometido, recogeré mis ganancias según mis propios términos. Durante un fin de semana, querida, sabrás lo que significa pertenecerme por completo.

—En lo único que puedes pensar es en cobrar esta estúpida apuesta ¿verdad?

—Es lo más importante que hay en mi agenda en este momento —le informó Cord con tono burlón, arrastrándola suavemente hacia la cama.

Savannah sintió la fuerza en el cuerpo de él y supo que estaba decidido a llevar a cabo un ataque de gran importancia; ella no estaba segura de poder resistirse. Ahogó su temor y trató de hablar con voz firme.

—Ya es hora de que te vayas, Cord.

Aguardó, muy tensa ante la posibilidad de que él se negara.

—No hablas en serio. Savannah. Ya me echaste muchas veces y luego te arrepentiste.

—Eres tan presumido que te gusta pensar que me arrepentí —replicó ella, clavando los talones para que él se detuviera—. ¡Voy a seguir echándote hasta que me decida acerca de lo que siento!

—Yo te ayudaré a decidirte —prometió él—. No seas tan cobarde, dulce Savannah, no va con tu personalidad. ¿Por qué me tienes tanto miedo?

Savannah sintió ganas de reír ante el error de él.

—No te tengo miedo, pero eso no significa que estoy dispuesta a acostarme contigo —dijo ella con vehemencia—. Ahora vete, por favor. Estás haciendo que las cosas sean muy difíciles para mí.

—Estoy tratando de facilitarte las cosas —la corrigió él, frunciendo el ceño—. Tu obstinación se debe a que tienes miedo de lo que pueda suceder después de que pasemos una noche juntos. Es eso ¿verdad? —preguntó—. ¡Tienes miedo de enamorarte de mí!

Parecía tan seguro de sí mismo que Savannah sintió deseos de pegarle.

—¡No es cierto! —exclamó, esforzándose por controlar su fastidio—. Por favor, Cord. Necesito más tiempo.

Ejerciendo toda su fuerza de voluntad, logró darle una nota suplicante a su voz. Hubiera sido mucho más placentero decirle simplemente que se fuera al diablo. Pero su instinto femenino le advertía que esté hombre no retrocedería ante un ataque verbal.

Además, era importante para su plan mantener la apariencia de que estaba por rendirse. Si fracasaba, se juró Savannah en silencio, probaría otra cosa.

—Todavía me resultas un extraño en muchos sentidos —agregó Savannah con suavidad—. ¿Es que no lo comprendes?

—Sólo porque no soy como los otros hombres con quienes has salido —le explicó Cord, masajeándole la nuca—. Pero esa no es una razón para tenerme miedo. Te aseguro que no te arrepentirás de haberme dado ese fin de semana. Te gustará, Savannah; sabes que yo puedo hacer que te guste. Ya debes de haberte dado cuenta de que hay algo especial entre nosotros, y tenemos que explorarlo.

—¿Crees que yo debo hacerlo por ese estúpido juego de naipes!

—¡Sí! —exclamó él, a punto de perder la paciencia.

Savannah recobró la calma enseguida.

—Quizá tengas razón —suspiró, deseando que él pudiera ver algo especial en ellos que sobrepasara lo físico y que colmara algo más que su deseo de una conquista—. No lo sé. Dame unos días más, Cord. No te haré esperar eternamente.

Dijo la última frase de prisa, al ver que el rostro de él se endurecía.

—No, no permitiré que nos hagas esperar mucho más tiempo —replicó Cord—. A veces pienso que la mejor manera de acabar con esto es cambiar de idea acerca de permitir que seas tú la que decida cuándo y dónde. Me parece que fue un error darte tanta autoridad.

—No, Cord —protestó Savannah, al ver el brillo calculador en los ojos de él—; te... te agradezco por tu consideración. No cambies de idea, por favor. —Qué ridículo que era estar agradeciéndole por no presionarla con algo para lo que no tenía ningún derecho, pensó Savannah, furiosa para sus adentros. Sin embargo, no quería ponerlo de mal humor mientras estaba en una situación tan delicada. Era mejor mantener la máscara gentil y suplicante por ahora—. ¿Sólo unos días más, Cord?

—¿Cuántos? —preguntó él, siguiendo la línea de la mandíbula de ella con su dedo—. ¿Uno? ¿Dos?

—Bueno, en realidad yo había pensado en una o dos semanas, —comenzó a decir ella con voz vacilante.

—¡Estás loca! —replicó él, visiblemente enfadado—. Si eso era lo que pensabas, pues olvídalo. No pienso pasarme todas las vacaciones solo en la cama. ¡Estoy aquí por algo, Savannah Emery, y no lo olvides!

Savannah permaneció inmóvil, mirándolo con expresión suplicante.

—Está bien, Savannah —suspiró él luego de un tenso momento—. Te daré un poco más de tiempo. ¿Estás segura de que eso es lo que deseas?

—Sí —murmuró ella con voz casi inaudible.

—Te advierto —prosiguió él con vehemencia, mientras recuperaba su chaqueta— que no pienso permitir que esta situación se prolongue indefinidamente.

—Cord —le recordó Savannah, al ver que él se dirigía a la puerta—, tú eres el que dijo que sabías que te habías equivocado en la forma de tratarme. Tú mismo dijiste que necesitaba tiempo para tomar la decisión...

Lo siguió desde una distancia prudencial deteniéndose cuando él se volvió para mirarla con la mano sobre el picaporte.

—Estoy haciendo todo lo posible por tratarte con guantes de seda, Savannah —le informó—. Pero hay un límite. Al fin y a cabo, me debes esos dos días y dos noches. ¡No estoy exigiendo nada injusto! Deberías saber que la paciencia no es una de mis mayores virtudes.

—¿Acaso tienes alguna virtud? —preguntó ella al ver que ya estaba casi fuera de la habitación.

—Claro que sí —replicó él—. Persevero ante la adversidad y siempre cobro lo que me deben. ¡Dos virtudes que me han conseguido el lugar en donde estoy ahora!

—¿Y eso qué es?

—¡La posición de ser tu jefe!

Acto seguido, se marchó dejando a Savannah con las palabras en la boca.

Con un mal presentimiento, Savannah se preparó para ir a dormir. Tenía la cabeza llena de planes y una sensación de que se le acababa el tiempo. ¡Maldito sea! pensó mientras se deslizaba entre las sábanas y se subía la frazada hasta el mentón. ¿Acaso él no podía pensar en otra cosa que ese fin de semana? ¿Qué iba a hacer ella si no lograba hacerlo ver más allá de cobrar las ganancias? ¿Volver a huir? Esa parecía ser la única posibilidad. ¿La perseguiría Cord? Savannah observó las sombras que bailaban en la pared y decidió que lo más probable era que la siguiera. Cord había estado en lo cierto al decir que la perseverancia era uno de sus puntos fuertes. Pero también él tenía que tener un límite. ¿Hasta dónde perseguiría a una mujer cuando lo único que deseaba de ella era un maldito fin de semana?

Si le daba esos dos días, ¿qué sucedería? Savannah se estremeció. Otra vez estaba tratando de buscar una razón para entregarse a un hombre al que debería ignorar por completo. ¿Pero no había algo de esperanza en el hecho de que Cord la deseara tan intensamente, aunque sólo fuera por dos días? No habría hecho esa apuesta si no se hubiera sentido atraído por ella...

Ahogando un gemido, Savannah dio un puñetazo a la almohada y trató de dormir. Por la mañana se le ocurriría alguna otra salida. Este asunto de fingir que estaba a punto de pagar la deuda no estaba funcionando en absoluto. Tendría que pensar en alguna otra táctica.

Pero todos sus planes se complicaron cuando a la mañana siguiente, luego de vestirse y hacer una caminata por la playa, se encontró de vuelta en su habitación, preguntándose por qué Cord no golpeaba a la puerta.

¿Se habría arrepentido? ¿Habría perdido la paciencia ante la actitud de ella? Miró el reloj e hizo una mueca. Tenía que reconocer que extrañaba los golpes de Cord a la puerta y su posesivo beso matinal.

No había dudas de que era ella la que estaba aflojando en este juego agotador.

Pues bien, se dijo, al ver que pasaba el tiempo, no iba a permanecer en la habitación hasta que a Cord se le ocurriera pasar a buscarla como si fuera una maleta. Tomó su bolso, abrió la puerta y salió al corredor, pero se detuvo de inmediato.

Había otra mujer allí, frente a la puerta del cuarto de Cord, con los brazos alrededor del cuello de él. Durante un doloroso instante, Savannah sólo pudo mirar cómo la diminuta rubia se ponía en puntas de pie para depositar un beso sobre la mejilla del hombre. Las manos de él rodeaban la cintura de avispa de la mujer.

—Nos veremos para el desayuno, querido —suspiró la rubia—. Dame unos minutos para cambiarme ¿quieres? Estos vuelos a la madrugada son cansadores ¿no crees? Pero cuando Ella me dijo que estabas de vacaciones en Carmel, no perdí un minuto en llegar hasta aquí. ¡Cómo nos vamos a divertir!

Ante la mirada incrédula de Savannah, la otra mujer palmeó la bronceada mejilla de Cord y desapareció dentro de la habitación contigua a la de él.

El primer instinto de Savannah fue de seguir a la mujer y echarla del hotel. La oleada de celos que sintió la asustó. El segundo impulso fue de enfrentarse a Cord y exigirle una explicación. Pero en el último instante el deseo de no hacer un escándalo la salvó. La última y principal reacción fue de intentar desaparecer antes de que Cord la viera.

Pero no pudo hacerlo. Mientras metía la llave dentro de la cerradura, Cord echó una mirada casual en dirección a ella, levantando una ceja con expresión interrogante.

—¡Vaya! Buen día, Savannah. ¿Vienes a buscarme para ir a desayunar? —preguntó alegremente con una sonrisa voraz.

Llevaba pantalones y una camisa abotonada a medias, que dejaba al descubierto demasiado, pensó Savannah. El cabello húmedo estaba algo revuelto, como si alguien acabara de acariciarlo.

La única posibilidad era salir airoso de la situación, se dijo Savannah.

—Quizá tengas otros planes —comentó, echando una mirada hacia la otra habitación.

—¿Te refieres a Irene? —respondió él con tono inocente—. Sí, seguramente se unirá a nosotros. Estoy descubriendo que es una criatura algo persistente.

Parecía algo preocupado por eso, y Savannah sintió deseos de gritar

—Entonces no necesitarás mi compañía —declaró, notando de pronto que le temblaban las manos.

Se volvió y se alejó majestuosamente hacia la escalera, esperando y temiendo que él la llamara. Cord no lo hizo y ella se preguntó si sería porque no pensaba explicarle nada o porque tenía miedo de despertar a los otros huéspedes.

Savannah buscó una mesa para dos en el comedor del hotel y pidió café. De pronto presintió la presencia de Cord en la habitación. De inmediato todos sus músculos y nervios se tensaron y Savannah se preguntó si su destino sería pasarse la vida reaccionando así ante un hombre. No quiso volver la cabeza y mirar hacia atrás, pero sintió que él se acercaba.

—¡Qué apurada que estabas esta mañana! —comentó él sentándose frente a Savannah y tomando el menú que ella había dejado de lado—. ¿No podías esperar para mandar la cafeína al torrente sanguíneo?

—No quería interferir con tus planes —declaró Savannah, furiosa ante el modo

indiferente de él.

—¿No sientes curiosidad acerca de Irene? —preguntó Cord, haciéndole una seña al camarero.

Observó la expresión lejana de Savannah con una mirada calculadora que la puso muy nerviosa.

—¿Curiosidad? —preguntó ella con tono helado—. No, supuse que era una... una amiga tuya.

Notó que estaba revolviendo el café con demasiada fuerza y se obligó a relajarse.

—Qué perspicaz —se burló él—. Como dijiste, es una amiga mía. Sus padres son dueños de la granja vecina a la de mi tía Ella. ¿Recuerdas a mi tía Ella? ¿La persona con quien yo hablaba por teléfono aquella vez que demostraste la faceta cobarde de tu personalidad?

—¿Otra vez vas a insistir con eso?

—No lo haré si prefieres hablar de otra cosa —propuso él de inmediato.

—Continúa —le ordenó Savannah, deseando poder clavarle el cuchillo en la garganta.

—Veamos... ¿En qué estaba? Ah, sí, los vecinos de mi tía Ella. Son los Palton, e Irene es la hija. Es también —agregó Cord con tono lacónico— una incomodidad para mí.

—¿Una antigua amante que no te deja tranquilo? —preguntó Savannah con sarcasmo.

—No exactamente —sonrió él—. Creo que la mejor forma de describirla es como una amante en potencia que no me deja tranquilo. Irene acaba de cortar con su último novio, el tercero, creo, y ha decidido que soy el próximo en la lista de posibles maridos. Ha estado persiguiendo a tía Ella para que vaya a visitarla a la granja o para que ella organice un encuentro casual. Mi pobre tía ya ha perdido la paciencia. No quiere quedar mal con los Palton ni con la dulce Irene, pero tampoco quiere seguir siendo mi guardaespaldas. Aparentemente, se rindió y le dijo a Irene que estaba en Carmel. ¡Supongo que me lo merezco, pero de todos modos, creo que la próxima vez que me tome vacaciones no le diré a nadie adonde estoy!

—Déjame ver si entendí bien —masculló, Savannah, observándolo con presión incrédula—. ¿Te persigue la hija de los vecinos de tu tía? ¿Y tú no quieres hacerle ilusiones? Pero... parecía muy atractiva...

—Lo es, pero tiene un precio muy caro —replicó él con sequedad—. Matrimonio. ¡Ni siquiera yo me atrevería a enfurecer a mi tía Ella teniendo una aventura con la hija de sus mejores amigos!

Savannah se puso pálida. Sabía que no tendría que escandalizarse tanto al oír sus deshonorables intenciones hacia el sexo opuesto, pero fue casi demasiado para ella. ¡Se había hecho tantas ilusiones! La ira comenzó a correrle lentamente por la sangre.

—Ya veo —logró decir con sorprendente calma—. ¿Y tú no estás interesado en el matrimonio?

—No ahora que estoy pensando en un fin de semana contigo —replicó él, levantando la vista al ver que se acercaba el camarero.

Savannah apretó los puños debajo de la mesa. ¿Cómo había podido enamorarse de este hombre?

—Tu tía estaba en lo cierto. Tienes que enfrentar la situación.

—Si fuera por mí, terminaría hiriendo u ofendiendo a todos: los Palton, Ella e Irene —le aseguró Cord—. Mi solución va a ser decirle a Irene que se mande a mudar. Se sentirá herida, sus padres se ofenderán y Ella estará furiosa conmigo por mi falta de tino.

—Por cierto que estás en un problema, ¿no es así? —se burló Savannah.

—Pero tú puedes ayudarme, querida —terció él antes de volverse para pedir café.

—¡Yo! ¿Qué tengo que ver yo? —exclamó ella cuando el camarero se alejó.

—Tú —le informó él —estás en la situación ideal para desalentar a Irene.

—No comprendo —susurró Savannah, atónita.

—Piénsalo —le ordenó él con suavidad, manteniendo su expresión inescrutable—. Lo único que tienes que hacer es dejar en claro que eres la mujer de turno en mi vida y que piensas serlo durante algún tiempo.

—¿Por qué tendría que hacerte algún favor? —susurró Savannah con la boca seca.

Permaneció inmóvil, mirándolo con ojos incrédulos.

—Porque yo —dijo Cord con una sonrisa peligrosa —estoy en posición de devolvértelo.

—¿Qué estás proponiendo? —preguntó Savannah, comenzando a sentirse atrapada por esos ojos verdes.

Cord se inclinó hacia adelante, y habló con dureza.

—Te permitiré tener otra oportunidad con Painter si me ayudas a salir de este embrollo.

—¿Qué?

—Ya me oíste —dijo él—. Si me haces este favor te permitiré responder a esa maldita rosa.

CAPÍTULO 9

—¡Me estás pidiendo que finja ser tu amante! —Savannah apenas podía creer lo que oía. La furia comenzó a apoderarse de ella—. Esto debe ser muy importante para ti —fue todo lo que dijo, bajando los ojos para ocultar su expresión.

Al parecer, no había ganado nada durante los últimos días. Presionado por una persistente muchacha que quería casarse, Cord estaba más dispuesto a renunciar a Savannah.

—Lo es —le confirmó él.

Savannah supo que le correspondía levantarse y salir del restaurante, dejando a Cord a solas con su dilema. Cuando se disponía a hacerlo, se oyó la voz de una mujer.

—Lamento haberte hecho esperar, cariño. ¿Pediste una taza de café para mí? —Irene se detuvo junto a la mesa, observando a la silenciosa Savannah con su mirada color miel—. ¿Quién es ésta, Cord? ¿Una amiga que conociste aquí en el hotel?

La palabra "amiga" fue dicha con un sarcasmo tan sutil que Savannah estuvo a punto de perder los estribos. ¿Realmente Cord pretendía que ella fingiera ser su amante delante de esta criatura? Aun si Savannah hubiera estado dispuesta a hacerlo, no creía que hubiera dado resultado. Era obvio que Irene se tenía confianza como para manejar a una docena de amantes.

—Irene, te presento a Savannah Emery —dijo Cord con tono sombrío, mientras la rubia se sentaba a la mesa—. Savannah... —Cord vaciló un instante—... más que una amiga.

—Comprendo —dijo Irene y su actitud de superioridad fue la gota que rebalsó la copa.

De modo que Cord deseaba que lo rescataran de las garras matrimoniales de este insecto, ¿verdad? Pues bien: Savannah lo rescataría. ¡A su manera!

—¿En serio? —preguntó Savannah con una sonrisa dulzona—. Me alegro mucho. ¡Puedes ser la primera en felicitarnos!

Savannah no se dio cuenta de que su propia sonrisa era tan peligrosa como la de Cord. Lo ignoró por completo, centrando su atención en la mujer que se había convertido en una rival. Aun sin mirarlo, Savannah sintió que Cord se ponía rígido.

—¡Felicitarlos! ¿Por qué? —El rostro de Irene ya no era tan amistoso.

—¡Cord! —lo reprendió Savannah, divertida—. ¿No le contaste?

Aguardó, regocijándose por la victoria al ver que la tensión en Cord aumentaba. Era obvio que él comenzaba a dudar, preguntándose qué era este monstruo que había creado. Pero Cordell Harding era un experto jugador y salió del paso con gran

habilidad.

—No, querida —contestó y Savannah fue la única que vio el brillo de advertencia en los ojos color esmeralda—. Dejaré que seas tú la que haga los honores.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Irene.

—Cord y yo pensábamos formalizar nuestro compromiso cuando regresáramos de este viaje —explicó Savannah, dejando caer la bomba con satisfacción—. Creí que te habrías dado cuenta...

Dejó la oración en suspenso como si fuera demasiado educada como para sugerir que la otra mujer no era muy perspicaz.

—¡Compromiso! —chilló Irene—. ¡No es posible! ¡No te creo!

—Pregúntale a Cord —sugirió Savannah, ocultado un repentino temor con un sorbo de café.

Por encima del borde de la taza, sus ojos se encontraron con los de él y hubiera dado una fortuna por saber qué estaba pensando. Quizá era mejor no saberlo, decidió. Ahora todo dependía de él. ¿Hasta qué punto deseaba que lo rescatara?

—¿Es cierto, Cord? ¿Estás realmente comprometido con esta... con esta persona? —siseó Irene, tratando de recuperar la calma.

—Sí —dijo Cord con sencillez sin dejar de mirar a Savannah por un instante—. Voy a casarme con ella.

Savannah no lo podía creer. Cord debió de haber deseado sacarse de encima el problema de Irene tanto como para someterse a la venganza de Savannah. No era demasiado, se dijo con pesar, pero iba a ser agradable ver a Cord fingiendo ser su prometido delante de Irene Faltón.

—¡Vaya, pues esto sí que es una sorpresa! Tu tía no sabe nada acerca de ello —lo acusó Irene.

—Iba a ser la primera en enterarse hasta que apareciste tú en forma tan inesperada —declaró Cord, sorprendiendo a Savannah con su talento de actor.

—¿Cuándo se casan? —preguntó Irene, con una nota de sospecha en la voz.

Savannah tomó las riendas; no confiaba en que Cord diera la respuesta adecuada.

—No hemos fijado fecha todavía, pero será dentro de poco, ¿verdad, Cord?

—Sí —confirmó él con tono burlón—. Dentro de muy poco. Savannah y yo estamos demasiado enamorados como para esperar mucho para el aspecto legal del asunto —explicó con suavidad.

Irene sacudió la cabeza con incredulidad.

—No lo puedo creer. No has dado indicios de estar enamorado de nadie...

Cord rió, sus ojos brillantes se posaron sobre la expresión cautelosa de Savannah.

—¿Quieres que te diga hasta qué punto estoy enamorado de Savannah? —le preguntó a Irene—. ¡El declaró con el tono de quién hace un anuncio sorprendente— ha manejado el Mercedes!

Savannah frunció el ceño, no comprendía en absoluto, pero era obvio que la noticia había impactado a Irene.

—¿Le permitiste manejarlo?

La diminuta rubia parecía muy afectada.

—No sólo lo manejó, sino que logró golpearlo —prosiguió Cord—. ¡Y sigo comprometido con ella!

Savannah sintió que se ruborizaba. Era obvio que el maldito Mercedes era una posesión más valorada de lo que ella había creído. Irene había quedado estupefacta ante la revelación.

—Eso sí que es un privilegio —comentó Irene con sarcasmo—. Cord no ha permitido que nadie tocara ese auto desde que lo compró hace unos meses. ¡Yo pensé que hubiera matado al que se atrevía a rayárselo! —agregó con un dejo de resentimiento.

—Pues ni siquiera le pegué —sonrió Cord—. ¡Aunque te diré que no me faltaron ganas! Eso sí que es amor ¿no crees, Irene?

—Cord, cariño, debiste haberme dicho que valorabas tanto a tu auto —murmuró Savannah—. ¡Quizá hubiera encontrado otro medio de transporte en esa ocasión particular! —Le echó una mirada fulminante.

—Recuerdo que estabas tan apurada que me dio lástima decirte que no. Además —prosiguió Cord con una ironía que solo Savannah percibió— me lo pediste con tanto cariño, y tú sabes que yo siempre hago lo que tú deseas.

Savannah casi se atragantó con el café.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Irene, esforzándose por ser cortés.

—Savannah trabaja para mí —explicó Cord.

—Trabajaba —lo corrigió ella.

—¿Vas a dejar tu empleo ahora que conseguiste un hombre con dinero? —preguntó Irene de mal modo.

—No creo que sea una buena idea trabajar para el marido de una, ¿verdad? —replicó Savannah, pasando por alto la expresión fastidiada de Cord. No sabía si estaba enojado con ella o con Irene—. Pero no voy a dejar de trabajar por completo. No —agregó con satisfacción— tengo pensado aceptar un empleo en Cameron Engineering.

Deliberadamente eligió a la competencia de la empresa de Cord y sonrió al ver que ahora era él el que casi se atragantaba con el café.

—Ni se te ocurra —le advirtió él, devolviéndole la sonrisa.

—¿Prefieres que no trabaje? —preguntó Irene, pensando que podría causar una pelea.

—¡No me importa que trabajes, pero puedo asegurar que no será para William Cameron! —declaró Cord, hablándole directamente a Savannah, cuya sonrisa seguía siendo una burla.

—Pero, tesoro, acabas de decirme que tú siempre haces lo que yo deseo, de modo que no haría declaraciones apresuradas, si estuviera en tu lugar —ronroneó Savannah.

—¿Todas las novias torturan así a sus futuros maridos? —preguntó Cord, como si estuviera interesadísimo en un extraño fenómeno social.

—No lo sé —dijo Savannah con tono cortés—. ¿Por qué no se lo preguntas a Irene? ¿No me dijiste que estuvo comprometida varias veces?

—¿Qué?

Hubo una exclamación furiosa por parte de Irene y Savannah sintió satisfacción por haber sido ella la causante.

—¡Cord! ¡Cómo pudiste hacer eso! —lo acusó Irene, al borde de las lágrimas.

—Estee... Savannah no... no comprendió mis palabras, Irene —dijo él de inmediato—. Tú sabes que yo te comprendo respecto de los otros noviazgos.

—Siempre creí que me comprendías —susurró Irene, levantando los ojos ante la mirada impaciente de él—. Ellos no eran importantes, Cord, tú lo sabes. Sólo estaba probando mis alas, como tú me lo habías aconsejado...

—¡Qué dulce! —murmuró Savannah, dedicándole una radiante sonrisa—. ¡Una relación de hermanos! ¿Supongo que se desarrolló durante tus visitas a la granja de tu tía, Cord?

—Nuestra relación no fue la de hermanos —le informó Irene con resentimiento—. Cord y yo fuimos muy íntimos en... en otro sentido —declaró con tono teatral.

—¿Una relación de padre-hija, quizá? —sugirió Savannah, decidiendo que Irene debía tener alrededor de veintitrés años.

Vio que Cord hacía una mueca.

—¡En absoluto! —chilló Irene.

Iba a continuar cuando Cord la interrumpió.

—Creo que será mejor que pidamos el desayuno o el camarero perderá todo interés en esta mesa —declaró con firmeza, incluyendo a ambas mujeres en la implícita orden—. ¿Qué vas a tomar, Irene?

—Nada más que una taza de café y quizá un poco de fruta. No tengo mucha hambre —dijo Irene con voz triste.

—Bien —dijo Cord con tono alentador, mirando a Savannah con expresión decidida—. ¿Para ti lo de siempre, mi vida?

Las palabras eran corteses, pero Savannah supo que si decía algo incorrecto en ese momento, se encontrará con el menú enroscado alrededor del cuello.

—Sí, querido —asintió con tono sumiso.

Los ojos dorados reflejaban la risa que la sacudía por dentro.

Durante el desayuno, Irene aprovechó cada oportunidad para mencionar su misteriosa relación previa con Cord y Savannah respondió tratando a la diminuta rubia como si fuera un insecto al que pronto se eliminaría. Cord, atrapado entre las dos, se esforzaba por mantener una atmósfera cortés alrededor de la mesa. Sus intentos por apaciguar a Irene y controlar los comentarios cada vez más audaces de Savannah resultaron muy divertidos para su supuesta prometida, que se preguntó si él sabría en lo que se estaba metiendo cuando le había pedido que lo ayudara a salir de ese embrollo.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte, Irene? —preguntó Cord, buscando un tema sin

controversias.

—No... no lo sé —vaciló Irene—. Pensé que podríamos pasar un tiempo juntos, pero...

—Pero eres demasiado sensible como para interrumpir a una pareja de novios ¿verdad? —concluyó Savannah alegremente—. Te diré lo que puedes hacer, Irene. ¿Por qué no averiguas a qué hora salen los vuelos de regreso y luego Cord y yo te llevamos al aeropuerto?

Irene le echó una mirada fulminante, pero no dijo nada hasta que terminaron de desayunar. Cuando llegaron al vestíbulo, Cord desapareció con la excusa de que tenía que buscar su chaqueta. No bien él estuvo fuera de la vista la rubia atacó a Savannah.

—¡No vas a salirte con la tuya! —siseó furiosa—. Él no es ningún tonto y no tardará en darse cuenta de que no eres más que una cualquiera que anda detrás del dinero. ¡Quizá se conforme con acostarse contigo durante un tiempo, pero nunca llegará al matrimonio!

—Pareces muy segura de eso —comentó Savannah con serenidad, mirando a su adversaria con los párpados entornados.

Ahora que Cord no estaba presente, ambas habían sacado las garras a relucir.

—¡Lo estoy! —chilló Irene—. ¡Supongo que te estará haciendo creer que se casará contigo para obtener lo que quiere de ti, sin demasiada persuasión!

—¿Ah, sí? —terció Savannah con tono peligroso—. ¿Siempre tiene que recurrir a eso para lograr que una mujer se acueste con él?

Irene se sonrojó de rabia.

—¡Me imagino que toma el camino más corto hasta el objetivo!

—¿Y ese camino incluye comprarle a la víctima un anillo de compromiso?

—¡Tú no llevas anillo! —exclamó Irene con tono triunfante.

—Ah, allí estás, Cord —anunció Savannah al ver que él se acercaba con recelo—. Irene acaba de comentar que no llevo anillo y estaba por contarle que nuestro programa para hoy era ir a comprar uno. ¿Crees que deberíamos invitarla para que venga a elegirlo con nosotros?

Savannah tuvo que reconocer que Cord reaccionó bien ante el desafío.

Una misteriosa expresión cruzó por los ojos color esmeralda y luego Cord le sonrió con obvia intimidad.

—Pero mi vida, yo siempre creí que eso era algo que correspondía sólo a la pareja de novios; aunque si realmente deseas la opinión de otra mujer...

Levantó una ceja rojiza y aguardó la decisión de ella.

—Preferiría que fuéramos sólo nosotros dos, pero ella es tu amiga y no quise ser descortés —sonrió Savannah, echando una mirada a la furibunda Irene.

—¿Te importa, Irene? —preguntó Cord con amabilidad—. Podríamos arreglar para encontrarnos a la hora del almuerzo, si quieres.

—¿De veras vas a comprarle un anillo?

Irene parecía estupefacta y Savannah se preguntó qué tipo de fantasía se había estado haciendo acerca de Cord.

—Por supuesto —declaró él, tomando a Savannah de la mano, con gesto posesivo—. Me gusta que mi mujer lleve un símbolo tradicional de esclavitud. Supongo que en algunos aspectos soy algo anticuado —añadió, ignorando la mirada fulminante de Savannah—. Será mejor que nos pongamos en marcha —prosiguió alegremente, tomando a su falsa prometida con mano de acero—. Nos encontraremos aquí para el almuerzo. Irene. ¿Por qué no vas a caminar por la playa? Hace demasiado frío para nadar, pero una caminata hace bien.

Con un saludo casual en dirección de la apabullada rubia, Cord arrastró a Savannah por la puerta del hotel hasta la calle.

—¡Uff! —protestó Cord cuando salieron a la acera—. ¡No sé si sentirme halagado u horrorizado ante la forma en que acudiste a "rescatarme"! ¿Siempre interpretas tus papeles con tanto entusiasmo?

—Te lo mereces por tratar de hacerme pasar por tu amante —declaró Savannah muy satisfecha. Tenía que apresurar el paso para evitar ser arrastrada por la calle—. ¿Por qué tanto apuro? Tenemos una excelente excusa para salvarnos de tu encantadora vecina hasta la hora del almuerzo.

—¡Pero ella quería a toda costa ver el anillo! —le recordó Cord, sin aminorar la marcha.

Había una expresión decidida en su rostro que hizo que Savannah sintiera un leve temor.

—Detalles, detalles —refunfuñó—. Inventaré una buena razón por la que no pudimos encontrar uno.

—No hay pretextos. Vas a tener un anillo a la hora del almuerzo o Irene sospechará que algo anda mal. La conozco. Todavía no cree del todo esto del compromiso. Deja de arrastrar los pies, Savannah —agregó con impaciencia tironeándole suavemente del brazo—. Tú fuiste la que comenzó todo esto, ¡ahora vas a terminarlo!

—Pero, Cord —protestó ella—. No quiero un anillo. Después habrá que devolverlo y al fin y al cabo no es que realmente estemos comprometidos...

—¡Tendrías que haber pensado en eso antes de elevarte de la categoría de amante a la de futura esposa!

Mucho más tarde, Savannah seguía protestando cuando Cord, aparentemente al límite de su paciencia, anunció que darían un paseo por la playa, para ver si Savannah se agotaba lo suficiente como para dejar de reñirlo.

—¡No te estoy riñendo! —exclamó ella, consciente del peso del hermoso anillo de brillantes sobre su dedo—. ¡Sólo estoy diciendo que no me gusta que me usen!

—¿Quién usa a quién? —replicó Cord, guiándola por la arena hasta unas piscinas rocosas no lejos del hotel—. Yo soy el que debería quejarse. ¡No todos los días la amante de uno declara que va a convertirse en su esposa!

—¡No soy tu amante! Además, no pienso serlo. ¡Ni siquiera durante ese estúpido fin de semana que insistes en cobrarte!

—No mientas —le recomendó Cord, sonriendo con repentina picardía—. Ambos sabemos que estoy a punto de tener el fin de semana en la palma de la mano —Cord se detuvo de pronto, obligándola a hacer lo mismo—. Admítelo, Savannah —le ordenó con suavidad, tomando el rostro tormentoso de ella entre sus manos—. Dime la verdad, querida. ¡Quiero oírte admitirlo!

—No te daré esa satisfacción —dijo Savannah, dando un paso hacia atrás con gesto rencoroso.

Fue entonces cuando divisó a Irene que estaba sobre un pequeño acantilado sobre ellos. La otra mujer los miraba con una expresión de ávida curiosidad que alertó a Savannah. Con repentina inspiración, se volvió de nuevo hacia Cord.

—Bésame —le ordenó acomodándose entre los brazos de él—. Irene nos mira.

—Con todo gusto —asintió Cord de inmediato. Antes de que Savannah pudiera arrepentirse, la tenía apretada contra él—. Confío en que sabes lo que estás haciendo, Savannah Emery —agregó antes de tomar posesión de la boca de ella.

Savannah, sin estar segura de entender sus propias acciones, cedió a la tentación del momento. Era maravilloso poder disfrutar de la apasionada magia de Cord. Casi sintió ganas de agradecerle a Irene por la excusa. Y esa, decidió mientras sus labios se abrían bajo los de Cord, era la forma en que llevaría adelante el juego mientras Irene estuviera cerca. Al fin y al cabo, se dijo Savannah con firmeza, ya que estaba podía aprovechar al máximo esta extraña situación.

—¿Esta noche, Savannah? —susurró Cord en forma persuasiva, trazando un camino de fuego hasta la oreja de ella—. ¿Comenzamos nuestro fin de semana esta noche? Di que sí, cariño. Sé que lo deseas tanto como yo.

La apretó con más fuerza contra su cuerpo ardiente y Savannah creyó sentir que él temblaba

—Olvidas que hago esto sólo para salvarte de una situación embarazosa. No tengo intención de darte realmente ese fin de semana —dijo Savannah con voz desesperada.

Sabía que la presencia de Irene no tenía que hacerle llegar tan lejos.

—¿No? —preguntó Cord con suavidad.

Su boca estaba a unos milímetros de la de ella y había una burlona satisfacción en sus ojos.

—¿No? Tú... tú dijiste... —dijo Savannah con vehemencia—... Me prometiste una recompensa para ayudarte. Dijiste que podría ponerme en contacto con Jeff. ¡Cord! —concluyó con un grito al sentir que él la apretaba con más fuerza—. ¡Me estás lastimando!

—Tienes suerte de que no te cause daños serios —dijo él, apretando los dientes— ¿No sabes que no se debe hablar de un hombre cuando se está en los brazos de otro?

—¡Eres tú el que estaba tan desesperado por escapar de la dulce Irene que me

ofreciste otra oportunidad con Jeff! —se defendió Savannah—. ¡Yo... yo no volveré a hablar de él si tú no vuelves a sacar el tema de ese maldito fin de semana!

Él la observó durante un largo instante y luego suspiró con resignación.

—Eres la mujer más obstinada, exasperante y difícil que he conocido ¿sabes?

—Le pasó un brazo sobre los hombros y comenzó a caminar por la playa hacia donde los aguardaba Irene—. Uno de estos días me vas a hacer ir demasiado lejos.

—¡Qué descaró! ¡Acusarme a mí de ser difícil! —exclamó Savannah, pero no pudo continuar, ya que Irene corrió hacia ellos, con los ojos fijos sobre Cord.

—Allí estás. Creí que te habrías olvidado del almuerzo —exclamó alegremente, ignorando a Savannah.

—Imposible. Savannah y yo compartimos, entre otras cosas, un ávido interés por la comida —anunció Cord con tono burlón.

—Sí. —Irene le dedicó una sonrisa almibarada a Savannah—. Noté que esta mañana tomaste un desayuno descomunal, Savannah. Ten cuidado con eso. A Cord le gustan las mujeres delgadas. Ah, veo que conseguiste el anillo.

Savannah levantó la mano para que Irene pudiera inspeccionarlo de cerca.

—Muy lindo —dijo Irene con indiferencia, mientras los tres emprendían el regreso al hotel—. ¿Recuerdas cuando me dijiste que los diamantes te parecían tan fríos, Cord?

Sorprendida. Savannah levantó la mirada hacia el rostro inescrutable de Cord. Había sido él el que había elegido el diamante que ella llevaba.

—No recuerdo haber dicho eso, Irene —replicó él con serenidad—, pero de todos modos es una piedra ideal para Savannah. ¡Fuego y hielo!

La apretó contra él y Savannah no se resistió. A pesar de su fastidio, estar cerca del cuerpo musculoso de Cord la hacía sentirse protegida. Protegida de Irene y de alguna manera, también del futuro.

Disfrutando de esa sensación y de todas las atenciones que le brindaba Cord delante de Irene. Savannah se dejó llevar por el nuevo juego de fingir ser la prometida de Cordell Harding. Durante el resto de la tarde interpretó el papel de una mujer enamorada de un hombre que le corresponde los sentimientos. Sentía una inmensa satisfacción al ver que Irene experimentaba una obvia frustración ante la situación y cuando llegó la noche Savannah estuvo segura de que la rubia no se quedaría por mucho más tiempo. Por un lado, lamentaría ver partir a su rival, ya que al marcharse Irene, Savannah ya no tendría excusa para seguir el juego.

—¿Ya has decidido hasta cuándo te quedarás? —preguntó Cord con amabilidad cuando terminaron de cenar y pasaron al salón.

—Creo que saldré mañana por la mañana —respondió ella lentamente, echando una mirada furiosa en dirección a Savannah, que fingió no darse cuenta—. Iré a visitar a unos amigos en Santa Cruz y luego tomaré el avión a San Francisco. Robert está allí, sabes, y ha estado tratando de convencerme para que nos arreglemos.

Se detuvo un instante para ver que efecto hacía el anuncio sobre los otros, pero Cord no hizo más que asentir cortésmente.

—Parecía el mejor de todos. —Cord sacó una silla para Savannah.

Irene disimuló una expresión de fastidio y adoptó una actitud amable, conversando a granel y utilizando su anterior asociación con Cord para tratar de crear una atmósfera de intimidad que dejara a Savannah fuera de la conversación.

Pero Savannah estaba decidida a que eso no sucediera. De tanto en tanto, sus ojos se encontraban con los de Cord y había en ellos una mirada cálida y prometedora destinada a demostrar la intimidad que había entre ella y Cord y que Irene se esforzaba por imitar. Cord le respondía con bastante entusiasmo. Le sonreía con una ardiente y viril expresión que Savannah jamás había visto en el rostro de otro hombre. La hacía sentirse deseada, como si fuera la única mujer en la habitación, y si también la hacía sentirse perseguida, decidió ignorar ese aspecto. Excluir a Irene de la relación era lo único que le importaba.

—Bailemos, Cord —ordenó Savannah de pronto, presintiendo que Irene iba a pedirle lo mismo.

Sin una palabra él se puso de pie y la guió hacia la pista, donde ella se acomodó entre sus brazos. Cord habló poco, pero ella sintió la tensión en la forma en que la tenía apretada contra él y se preguntó cuál sería la causa. ¿Acaso no se daba cuenta de que había eliminado a Irene casi por completo del panorama? Cuando Savannah diera por terminada la velada, la otra mujer estaría haciendo las maletas. Un pensamiento agradable. Cuando Cord la llevó de vuelta a la mesa, Savannah dejó que su mano permaneciera unos minutos sobre el brazo de él, ya que sabía que Irene la estaba observando furiosa. Cord le apretó los dedos y dejó su mano sobre la de ella.

—Creí que no te gustaban las mujeres pegajosas. Cord —comentó Irene con resentimiento al ver el gesto de él.

—Siempre hay una excepción en la vida de un hombre. —Cord sonrió y se acercó aun más a Savannah—. ¡Con esta mujer en particular, la idea es que se me pegue lo más posible!

Al ver la mirada traviesa de él, Savannah sonrió divertida; experimentaba una sensación de poder. No iba a durar, por supuesto; esto era sólo una pantomima para engañar a Irene, y no bien la otra mujer se marchara, Savannah tendría que volver a poner distancia entre ella y Cord. Pero por ahora...

Era tarde cuando finalmente Savannah decidió poner fin a la velada. Su rival había sido derrotada casi por completo y quedaba un solo paso para sellar definitivamente la imagen de la pareja enamorada.

—¿Te importa si terminamos la noche aquí, querido? —preguntó mirando a Cord de soslayo—. Estoy lista para ir a la cama —agregó insinuando un doble sentido.

—En absoluto —replicó Cord—. ¿Nos disculpas, Irene? —Se puso de pie y ayudó a Savannah a hacer lo mismo.

—Subiré con ustedes —dijo Irene de inmediato con una expresión que dejaba en claro lo que estaba pensando.

«Quiere saber si duermo con Cord», pensó Savannah, mientras planeaba su siguiente paso. Al fin y al cabo, Irene había encontrado a Cord solo esa mañana. Bueno,

el epílogo del jueguito de esta noche tendría que eliminar cualquier idea que Irene pudiera tener acerca de hacer una visita nocturna a la habitación de Cord.

Subieron la escalera y Savannah se detuvo frente a la puerta de su habitación. Se volvió hacia Irene, sin soltar el brazo de Cord, a quien esto no pareció molestarle en absoluto.

—¿Te veremos mañana a la hora del desayuno o te irás temprano para Santa Cruz, Irene? —preguntó Savannah alegremente.

Irene echó una mirada a la mano que Savannah tenía apoyada sobre el brazo de Cord.

—Todavía no he decidido —respondió con frialdad.

—Bueno, quizá nos levantemos algo tarde, de modo que no nos esperes —le aconsejó Savannah con gentileza—. Al fin y al cabo, estamos de vacaciones y no tenemos que cumplir ningún horario, Aquí está la llave, querido —agregó, sacándola del bolso y entregándosela a Cord.

Acompañó la acción con una sonrisa seductora y sintió deseos de reír al ver la sorpresa en los ojos verdes. Cord abrió la puerta y le devolvió la llave, mirándola con curiosidad.

Luego de una última sonrisa condescendiente en dirección a Irene, Savannah tomó a Cord de la mano, sintiendo el inmediato apretón de él, y como si lo hubiera hecho muchas otras veces, guió a Cord dentro de la habitación. Antes de cerrar la puerta suavemente, tuvo una última visión de la expresión frustrada y furiosa de Irene.

—Creo que estás a salvo por esta noche —bromeó Savannah, soltando la mano de Cord y volviéndose para presionar la oreja contra la puerta—. Se está yendo para su habitación. Apuesto a que nunca te imaginaste lo buena actriz que soy. Quizá debería buscar otro empleo aparte de mi trabajo en la sección de personal cuando regrese a Costa Mesa.

Se enderezó y se volvió hacia Cord con una sonrisa, que se congeló de inmediato cuando vio que Cord había atravesado la habitación y se estaba sacando la corbata.

—No te pongas demasiado cómodo —comentó con acidez, frunciendo el ceño—. En unos pocos minutos podrás regresar a tu habitación. Ten cuidado de no hacer ruido para que Irene no te oiga.

—Parecería que tuvieras experiencia en organizar este tipo de cosas

Cord sonrió con una expresión afectuosa y divertida que alarmó extrañamente a Savannah.

—No hago nada más que lo que tú me pediste que hiciera —señaló Savannah. Cord se quitó la chaqueta y la arrojó sobre una silla—. Te... te estaba haciendo un favor...

—No, Savannah —la corrigió él con tono serio—. Fuiste mucho más allá de lo que yo te pedí.

Había algo muy masculino y amenazador en la manera en que comenzó a desabotonarse los puños de la camisa. Savannah se mordió el labio con nerviosismo. De pronto se dio cuenta de que tendría que tener mucho cuidado con la forma en que

terminaría su estrategia de esa noche

—¡Cord! —comenzó a decir con decisión—, ¡ni se te ocurra creer que vas a quedarte aquí!

Estaba inmóvil, apoyada contra la puerta.

—Se acabaron los juegos, querida —le anunció él, terminando con los puños y comenzando a desabotonarse la camisa.

—¡Juegos! —exclamó Savannah, preguntándose otra vez si él habría descubierto sus planes—. ¡Pero si yo no estoy jugando, Cord!

—Has estado jugando todo el día, Savannah —dijo él, sonriendo al ver la expresión tensa de ella.

Terminó con el último botón y se acercó hacia Savannah con tanta determinación que ella supo que esta vez él iba a concluir lo que empezaba.

—Y esta noche vas a descubrir cómo terminan esos juegos.

CAPÍTULO 10

—¿Te divirtió representar el papel de mi futura esposa, Savannah? —preguntó Cord con interés mientras avanzaba hacia ella—. A mí personalmente me gustó. Parecías muy posesiva, cariño, pero me imaginé que serías ese tipo de mujer.

Savannah se alejó de la puerta, deslizándose por la pared. Tendría que tomar el control de la situación de inmediato. Sintió la boca seca e instintivamente se pasó la lengua por los labios.

—Cord, no tienes derecho de...

—Es más —prosiguió él, cambiando de dirección para seguir los movimientos de ella—, parecías estar muy bien en el papel de la novia. Tan bien como lo estás en mis brazos cuando dejas de resistirte.

—Cord, lo que estás haciendo es injusto —insistió Savannah, poniendo la silla entre ellos con un rápido salto.

Odiaba tener que estar a la defensiva como ahora. El papel de cazador le salía naturalmente a Cordell Harding pero a ella no le gustaba ser la presa.

—¿Injusto? —replicó él con tono burlón—. Tú eres la que es injusta. ¿Quieres que te diga por qué?

—¡Dame una razón! —lo desafió Savannah con valor, deseando de pronto que Cord dejara de perseguirla o que la atrapara de una vez y terminara con este asunto.

Tenía los nervios tan tensos que creyó que se cortarían en cualquier momento. Él lo estaba haciendo intencionalmente, decidió con creciente ira. Le estaba mostrando el lado primitivo de su personalidad, como si quisiera hacerla sentir indefensa.

—¿Por dónde quieres que comience? —preguntó, rodeando la silla y atrapándola contra el costado de la cama, sin tocarla en ningún momento—. En primer lugar, está el hecho de que no quisiste cumplir la apuesta desde un principio.

—¡No vuelvas a insistir con eso!

¡Estaba tan cerca! Savannah consideró la posibilidad de correr por encima de la cama hacia el otro lado. Tendría que moverse rápidamente.

—Después tenemos el robo de mi auto nuevo...

—¡Cord!

—Puedo continuar con la forma en que seguiste negándote a saldar la deuda, aun cuando yo había sido tan generoso como para permitirte elegir el momento y el lugar.

—¡Generoso! —protestó Savannah, mirándolo con expresión furiosa. Deseó poder permanecer indiferente ante la vista del abundante vello en su ancho tórax o el aroma cálido y sensual que brotaba de Cord—. ¡Me dijiste que podría ver a otros hombres y cambiaste de idea luego de que salí un par de noches! ¡Eso no es generosidad!

—De modo que subestime mi propia fuerza. —Cord se encogió de hombros como si eso no fuera importante y apoyó las manos sobre la cadera—. Déjame ver, ¿qué sucedió después? Ah sí, la rosa y esa empalagosa tarjeta de un hombre que no tiene ningún derecho de ponerse en contacto contigo. ¡Y tú parecías encantada de recibirla!

—la acusó.

—Te lo dije —comenzó a decir Savannah, pero él la hizo callar con un movimiento de la mano.

—Después llegamos a la forma en que me has estado provocando —continuó él inexorablemente.

—¡No! —dijo Savannah, sintiéndose culpable—. ¡No fue mi intención provocarte!

Pero lo había hecho y el saberlo la ponía más nerviosa. Trató de disimular su reacción bajo una expresión iracunda.

—Quizá tú no quieras llamarlo provocación, pero para mí es eso. Durante todo el día he estado sometido a las miradas, las caricias y las exigencias de una mujer enamorada y eso, mi dulce Savannah, fue lo que finalmente me llevó demasiado lejos. No fue tu obstinación ni tus comentarios sarcásticos, como esperé al principio. Lo que desencadenó todo fue verte fingir estar locamente enamorada. Hiciste demasiadas promesas con esos ojos dorados y ahora voy a cobrarlas.

—¡No! —chilló Savannah, tratando de huir por sobre la cama.

Pero fue demasiado tarde. Sin mayor esfuerzo. Cord extendió el brazo y la tomó de la muñeca, atrayéndola hacia su pecho. Savannah apoyó las manos sobre los hombros de él, buscando el equilibrio en forma instintiva. No podía apartar la mirada de esos brillantes ojos verdes.

Empujó contra él con todas sus fuerzas, al mismo tiempo tratando de hilvanar un discurso coherente. Era terriblemente difícil pensar bajo la tensión del momento. Los brazos de Cord se cerraron alrededor de ella en forma implacable, apretándola contra la intimidad de sus muslos. Savannah sintió el fuego que ardía en él, vio la mirada apasionada y supo que sus débiles argumentos se disolverían bajo el impacto del deseo de él. No obstante, el orgullo de Savannah le exigió algún esfuerzo.

—¿Y tu promesa? —susurró con tono suplicante—. La que me hiciste esta mañana cuando me pediste que te ayudara.

—No recuerdo ninguna promesa —murmuró él contemplándolos ojos de ella como si fueran piscinas en las que pronto se sumergiría.

—¡No digas eso! Sabes perfectamente bien a qué me refiero. Dijiste que si te ayudaba a salvarte de Irene me permitirías otra oportunidad con Jeff.

—Ah, esa promesa —terció él, deslizándole una mano por la espalda con gesto sensual—. Esa promesa fue hecha sobre la premisa de que fingirías ser mi amante. Quedó cancelada en el mismo instante en que le dijiste a Irene que estábamos comprometidos.

—¡Diablos! ¡No puedes hacerme esto! —se lamentó Savannah con impotencia, estremeciéndose ante el contacto con la mano de él.

—De todos modos —prosiguió él con vehemencia, acariciándole la vulnerable piel de la nuca—, quizá luego de un par de noches en mi cama, Painter ya no te resulte tan atractivo.

Con el rápido y sorpresivo impacto de un halcón que se precipita, la boca de Cord se apoderó de la de Savannah, derribando las débiles barreras de ella con toda

facilidad. Antes de que ella pudiera defenderse, él le había separado los labios y exploraba la calidez interior, apoderándose de ella. Savannah se estremeció y él la abrazó con más fuerza, hasta que ella no pudo moverse sin amoldarse de alguna manera al cuerpo de él.

—¡Cord! —exclamó desesperadamente, cuando los labios de él liberaron los suyos para trazar un camino hasta su oreja—. ¡No voy a ser tu amante!

—No —asintió él con sorprendente seriedad levantándola en sus brazos—. Serás mi compañera. Una amante es una tontuela que sirve de juguete durante un tiempo. Esta noche sabrás lo que significa pertenecerme por completo. ¡No tendrá nada que ver con algo tan superficial como una amante!

La depositó sobre la cama dejándose caer sobre ella y aprisionándole las muñecas cuando ella hizo un último intento por zafarse. Con la mano que tenía libre se dirigió intencionalmente a los botones de la blusa de Savannah, y comenzó a desprenderlos sin dejar de mirarla un instante. Cuando terminó esa sensual acción, Savannah se estremecía bajo sus caricias.

—Háblame, Savannah —le ordenó con voz aterciopelada, deslizando los dedos por la suave piel de ella, deteniéndose para desabotonarle el broche delantero del sostén—. Háblame como si realmente fueras a casarte conmigo. Quiero oír tus palabras de amor y deseo.

—¡Ay, Cord! —Logró decir ella al sentir que él dejaba al descubierto uno de sus senos y se inclinaba para besarlos suavemente—. ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Nada más que una noche?

—Quiero mi fin de semana —susurró él con pasión, acariciando el seno de ella con la lengua—. Quiero las dos noches y los dos días que te gané en ese juego de naipes, mi dulce Savannah. ¡Y durante ese tiempo, quiero de ti todo lo que tienes para ofrecerle a un hombre!

Quitó la tela de la camisa y del sostén del otro seno y lo acarició hasta que Savannah creyó que enloquecería.

—¿Y qué me darás a cambio? —susurró ella.

Cord acomodó el peso y la sujetó con más fuerza. Estaba casi encima de ella ahora, haciéndole sentir la fuerza de su cuerpo.

—Tendrás todo lo que tu coraje te permita tomar —terció él, soltándole las muñecas para quitarle por completo la blusa.

Con un gesto instintivamente violento, la arrojó a un rincón de la habitación y reanudó el trabajo con el resto de la ropa de Savannah.

Al cabo de unos momentos, Savannah yacía completamente desnuda sobre la cama, observando cómo Cord se desvestía con impaciencia. ¡Qué apuesto que era! pensó de pronto, y sus ojos comenzaron a reflejar la creciente pasión que presentía dentro de ella. Terriblemente viril y capaz de hacerla consciente de su propia femineidad. Había dicho que le daría todo lo que ella tuviera el coraje de tomar...

Temblando de deseo y aprensión, Savannah pasó los brazos alrededor del cuello de Cord, que había terminado de desvestirse y ahora yacía junto a ella. Se sorprendió

al sentir que él se estremecía. De pronto Savannah recuperó el coraje. Apoyó la cabeza contra el brazo de él y lo miró a los ojos.

—Una mujer como yo desea más de un hombre que una o dos noches de pasión —le advirtió con tono suave y ardiente.

—¿De veras? —terció Cord cubriendo el cuerpo de Savannah con el suyo. Sus ojos estaban a unos pocos centímetros de los de ella—. ¿Qué es lo que deseas?

Dejó que el peso de su cuerpo la hundiera entre las sábanas, hasta que Savannah supo que jamás podría escapar, aun si hubiera querido hacerlo. Cord le tomó el rostro entre las manos, acariciándole la línea de la mandíbula con los dedos.

—Quiere todo lo que puede obtener —murmuró Savannah, enredando los dedos en el grueso cabello rojizo—. Ella... yo... yo quiero amor, pasión y sinceridad...

—¿Quieres atarme a tu lado? —preguntó él, con una sonrisa muy viril.

—¡Sí! —exclamó Savannah, fastidiada por la risa de Cord. Tiró con fuerza del cabello y arqueó el cuerpo contra el de él—. No puedes pedirme todo y no darme nada a cambio —declaró sabiendo que él podría hacer todo lo que quisiera en ese momento.

—Ya te dije —le recordó Cord, utilizando la fuerza para dominar los esfuerzos de ella —que puedes tomar todo lo que quieras. —Inclinó la cabeza y trazó un camino de besos ardientes desde el cuello de Savannah hasta un punto entre sus pechos—. ¡Demuéstrame hasta qué punto me deseas, Savannah! —le ordenó con voz ronca.

Savannah reaccionó al viril deseo de él como si fuera una droga. Su propia rabia, deseo y pasión se unieron para formar una fuente de poder que ella no había imaginado que poseía, y Savannah los utilizaba con intuición femenina.

Pero por más que Savannah se esforzara por intensificar o controlar las caricias, Cord estaba siempre un paso más adelante que ella, utilizando su propio poder para dominarla y controlarla, hasta que de pronto ella se dio cuenta de que respondía a las caricias y las exigencias de Cord como si él fuera la fuente del poder y no el objetivo.

—Te deseo —admitió Savannah con un hilo de voz, mientras las manos de Cord exploraban y se apoderaban de las partes más íntimas de su cuerpo.

—Y yo te deseo a ti —dijo él con voz ronca—. Te he deseado durante tanto tiempo que ya no soporto esperar más.

La boca cálida, apasionada y exigente de Cord volvió a cubrir la de ella.

Savannah sintió que él se estremecía y le acarició la musculosa espalda, regocijándose ante la reacción de Cord.

—Dime que me perteneces, Savannah —le ordenó Cord, apartando la boca de la de Savannah—. ¡Dime que hoy me pagarás esa maldita deuda sin reservas, sin guardarte nada para ti!

Savannah abrió los ojos para encontrarse con la ardiente exigencia en los de él y se oyó a sí misma susurrar con voz suave y seductora:

—Sí, Cord. Esta noche te pertenezco.

En silencio, agregó con vehemencia: «Y tú me perteneces a mí. ¡Podrá ser sólo por una o dos noches, pero tomaré todo lo que pueda!»

Con un gemido de deseo y triunfo, Cord le separó las piernas con las suyas y se

deslizó al abrazo final con un fuego y una pasión que hicieron que Savannah lanzara una suave exclamación antes de entregarse, con esa entrega que es también una trampa para el sexo fuerte. Una trampa que cada mujer tiene dentro de sí, esperando que el hombre indicado la haga saltar y quede atrapado en ella.

Savannah sintió que su fuerza se unía a la de Cord, que la guió hasta una vertiginosa altura y luego cayó con ella por el abismo en un triunfal desafío a todas las cosas del mundo excepto ellos.

Los efectos de la pasión se apaciguaron lentamente, dejando a Savannah acurrucada entre los brazos de Cord, escuchando los latidos del corazón de él. Ambos estaban húmedos por la transpiración y agotados como si hubieran corrido una gran distancia.

—Fue mejor de lo que soñé, Savannah —murmuró Cord con inmensa satisfacción—. Dime que a ti también te gustó. No me mientas. No ahora.

—Fue perfecto, Cord. La cosa más emocionante y excitante que me ha sucedido—le dijo ella con absoluta sinceridad y sintió la complacida respuesta del cuerpo de él.

—Bien —susurró Cord con voz soñolienta—. Duérmete, mi vida. Hablaremos por la mañana.

Savannah sintió que él se hundía en un profundo sueño y se preguntó qué sería de ella ahora.

Savannah durmió de a ratos, despertándose al cabo de unas dos horas, para ver a Cord apoyado sobre el codo, mirándola en la oscuridad y acariciándola suavemente.

Al ver que ella abría los ojos, Cord sonrió y depositó un lánguido beso sobre el pecho de Savannah.

—No podía esperar hasta la mañana —le explicó con vehemencia—. Todavía no me acostumbré a tener un tesoro así en mi cama, al alcance de la mano.

Volvió a hacerle el amor, esta vez con una lenta y erótica gracia que hizo que Savannah gimiera de placer. Esto pareció complacer mucho a Cord.

Cuando Savannah se despertó de nuevo, había una luz grisácea en la habitación que le informó que no faltaba mucho para el amanecer. Junto con la luz llegaron los ásperos bordes de la realidad.

Volvió la cabeza y observó a Cord mientras dormía, disfrutando de la apariencia vulnerable que le daba el sueño, vulnerabilidad que ella no había creído que existía en él. Cord era todo lo que ella había deseado en un hombre. «¡Dios mío!» Pensó con una enorme tristeza. «¿Cómo voy a poder vivir sin él?»

Tarde o temprano descubriría la respuesta a esa horrible pregunta, se dijo Savannah con firmeza. Cord no le había ofrecido nada más que la promesa de una aventura. Una aventura que quizá sólo durara un par de días. ¿Si Savannah había llegado a sentir esto por él en tan corto tiempo cómo se sentiría si se quedaba hasta que él se cansaba de ella? De pronto, la idea de aferrarse a él en un futuro que debía ser vivido día a día la aterrorizó.

Sería mejor cortar por lo sano, le aconsejó su sentido común. Ella era una mujer

fuerte, pero no estaba segura de tener la fortaleza para sobrevivir al hecho de ser la amante de Cord. A pesar de toda la pasión que había corrido entre ellos la noche anterior, no habían hablado de amor ni permanencia.

Sintiéndose sola y desamparada, a pesar de que Cord dormía junto a ella, Savannah se sentó en la cama, tratando de decidir qué hacer. Sólo un sentimiento parecía ofrecerle alguna fuerza en ese momento. La ira.

Deliberadamente Savannah dejó que su tristeza acerca del futuro se convirtiera en una ardiente furia que le trajo una extraña calidez y determinación. Era todo culpa de Cord, decidió de pronto. Desde el momento en que él había entrado en su vida, haciéndola participar de ese estúpido juego de naipes hasta la noche anterior, cuando le había hecho saber con seguridad que jamás quedaría satisfecha con otro hombre, la había presionado y empujado a este desastre. ¡Era todo culpa de él, y no había nada que ella pudiera hacer para castigarlo!

Savannah se levantó de la cama, cuidando de no despertar al león que dormía. Deseaba tomar una ducha, pero no lo hizo por temor a despertarlo. Lo importante ahora era escapar y Savannah concentró su creciente rabia y energía en ese objetivo. No se quedaría aquí para ser la amante de un hombre que le había robado el corazón y no parecía interesado en dar el suyo a cambio. ¡Si Cord hubiera sentido amor por ella seguramente lo habría demostrado la noche anterior!

Temblando de frío, Savannah se puso los vaqueros y un pulóver. No tenía tiempo de empacar. Cord podría despertar de un momento a otro. Tomó su bolso, que contenía lo esencial para la vida de una mujer y se dirigió hacia la puerta.

Fue entonces cuando vio las llaves que anoche Cord había dejado caer sobre la silla mientras se desvestía. Las llaves del automóvil alquilado. Sin detenerse a pensar un instante Savannah las tomó, cuidando de que no tintinearan y salió subrepticamente al corredor.

Mientras bajaba las escaleras del silencioso hotel experimentó una horrible desolación. Al pasar por la recepción, se le ocurrió pagar por la habitación, pero decidió que Cord podría encargarse de eso. ¡Era lo menos que podía hacer luego de tratarla en esa forma!

Fue difícil mantener viva la llama de su ira para que le proporcionara la fuerza que necesitaba para no volverse y correr de regreso a la habitación, pero Savannah lo logró manteniendo la triste perspectiva de un futuro con Cord constantemente delante de los ojos. Ojos que se llenaron de lágrimas mientras atravesaba la pequeña playa de estacionamiento, tratando de recordar dónde habían estacionado el auto.

Finalmente dio con el coche y tuvo que secarse las lágrimas para poder insertar la llave en la puerta. Entró y enseguida lo puso en marcha. Pasando el brazo sobre el respaldo del asiento, se volvió para mirar por la ventanilla trasera antes de poner la marcha atrás y se quedó paralizada al ver que Cord se acercaba implacablemente hacia el vehículo.

Sus rasgos firmes reflejaban una fina y amenazadora furia que hizo que el estado de ánimo de Savannah pareciera dócil en comparación. Cord se movió con tanta

velocidad que llegó a la puerta del auto antes de que Savannah pudiera mover la palanca de cambios. La ventanilla estaba abierta.

—Dame las llaves, Savannah —rugió, inclinándose y clavando los ojos en los de ella—. ¡Ahora mismo! —exclamó al ver que ella permanecía en silencio, vacilando.

Instintivamente Savannah obedeció; quitó las llaves de la ignición y las dejó caer en la mano que extendía Cord.

—Vamos, bájate de mi auto —le ordenó Cord, abriendo la puerta con un movimiento furioso.

Savannah lo miró y sintió miedo. Luchó contra él con su única arma: la ira.

—¡No te atrevas a darme órdenes, Cord Harding! —exclamó—. ¡Después de lo que me hiciste, la forma en que me trataste, no tienes derecho de decirme nada!

—¡O te bajas del auto por ti misma o te arrastro afuera! ¡Tú eliges!

Viendo que no había alternativa, Savannah descendió del vehículo y se sorprendió al comprobar que las rodillas la sostenían.

—¡Tienes coraje, mujer, lo reconozco! —masculló Cord mientras guardaba las llaves en el bolsillo. Llevaba los mismos pantalones y camisa que había usado la noche anterior. No se había tomado el tiempo de abotonar la camisa, que flameaba suavemente en la fría brisa matutina—. ¿Dónde diablos creías que ibas a irte? —exclamó, tomándola por los hombros.

Savannah respiró hondo, mientras trataba de decidir cómo responder a la pregunta de él. Nunca había visto a un hombre tan enojado. Todo lo que se decía acerca del mal carácter de los pelirrojos aparentemente era cierto. Los ojos verdes centelleaban con una intensidad que la asustaba y la palidez alrededor de la boca de Cord reflejaba la ira que apenas podía contener. Pero Savannah también sentía una ira casi incontenible.

—¿Dónde crees que iba? —lo increpó con valentía—. ¡Estaba tratando de alejarme de ti!

—¿Cuántas veces crees que voy a dejarte escapar? —exclamó Cord hundiendo los dedos en la suave piel de los hombros de ella—. ¿Cómo tengo que enseñarte que me perteneces, Savannah Emery? ¿Tengo que pegarte? ¿Lo lograré con eso? ¡Créeme, no vacilaré un instante si eso es lo que hay que hacer para controlarte! He sido muy paciente contigo y ¿qué es lo que obtuve a cambio? ¡Tretas y mentiras!

—¡Es lo que te mereces por la forma en que me has perseguido como si fuera una... una presa! —chilló Savannah. No le importaba despertar a los huéspedes del hotel—. ¡Pues bien, anoche obtuviste tu victoria y espero que hayas disfrutado, porque es la última vez que tendrás esa oportunidad!

—¡Nada de eso! —rugió Cord, sacudiéndola como si fuera un gatito—. ¡Eres mía ahora, Savannah y te poseeré todas las veces que quiera! ¡Y responderás de la misma forma en que lo hiciste anoche! No puedes resistirte a lo que hay entre nosotros y uno de estos días admitirás la verdad. ¡Te juro que te ataré a la cama hasta que lo admitas! ¡No voy a darte otra oportunidad para escapar!

—¡No puedes impedírmelo! —gritó Savannah furiosa.

Chispas doradas brotaban de sus ojos al enfrentarlo con valentía, los puños apretados contra el cuerpo.

—¿Quieres apostar? —la amenazó Cord, atrayéndola hacia él.

Las palabras de él hicieron que Savannah recordara con pesar la forma en que se había metido en esa situación. Permaneció inmóvil, en silencio.

—Haré cualquier cosa para amansarte, Savannah. ¡Quiero que me obedezcas nada más que a mí, pequeña tigresa! Me desharé de cualquier hombre que se cruce en tu camino con la misma facilidad con que me deshice de Jeff Painter y Eric Daly...

—¡Jeff! —Exclamó ella, estupefacta—. ¿De qué estás hablando? —Una chispa de esperanza renació en ella—. No habrá sido intencionalmente...

—¿Qué mandé a Painter a la oficina de San Diego? —concluyó él sin rodeos—. Eso fue exactamente lo que hice no bien me di cuenta de que pensabas concentrarte en él mientras estuviera cerca. Quería que la competencia estuviera lejos de la vista y lejos del corazón. Pero él no quedó lejos de tu corazón ¿verdad, Savannah? Estaba planeando el próximo paso de mi campaña cuando afortunadamente él hizo lo que yo esperaba que hiciera y se buscó otra mujer. Es un hombre débil y supuse que no tardaría mucho. ¡Lo más frustrante de todo fue que tú insistías en mantenerte fiel!

—¿Arruinaste intencionalmente mi romance con Jeff? —preguntó Savannah, atónita.

—Sí —Cord asintió con gesto decidido—. ¡Y fui a la fiesta sabiendo exactamente cuál sería tu estado de ánimo!

—¿Cómo ibas a saberlo? —susurró Savannah, sin saber si debía regañarlo o llorar.

—Lo supe porque, como ya te dije antes, te pareces mucho a mí, Savannah. En esa posición, yo hubiera estado más que interesado en vengarme de alguien y ¿qué mejor víctima que la persona responsable de eliminar a tu candidato del panorama? —Los ojos de Cord brillaron con satisfacción al recordar el episodio—. ¡Fue muy fácil convencerte para que aceptaras jugar a los naipes y dejarte pensar que eras invencible hasta que aceptaras la apuesta que yo quería!

—¿Quieres decir que habías planeado hacerme aceptar una apuesta por un fin de semana entero? —preguntó Savannah.

No comprendía bien lo que sucedía, pero sabía que debía llegar al fondo del asunto si deseaba tener un poco de tranquilidad.

Cord sonrió y sacudió la cabeza.

—No, mujer loca. Sólo tenía pensado ganarme una cena y un beso. Pensé que sería suficiente para comenzar a hacer que tomaras conciencia de mí. Cuando logré hacerte apostar ese fin de semana, no pude creer en mi propia suerte. ¡Creí que nunca aceptarías esa apuesta!

—¡Hiciste trampa! —exclamó Savannah.

—Con toda mi alma —le confirmó él, muy satisfecho.

—¡Eres lo más ladino, mentiroso y estafador que he conocido! —rugió Savannah—. Pues no te servirá para nada, Cord. No voy a ser tu amante ¿me oyes? ¡Me rehúso!

—¿Por qué? —le preguntó él, acercando el rostro al de ella—. Dime por qué no quieres serlo. —Había una nota áspera en su voz.

—¡Dios mío! —suspiró Savannah, indignada por la falta de percepción de Cord—. ¿No te has dado cuenta todavía? ¿No se te ocurre la razón? No quiero nada más que un fin de semana o una semana o dos contigo. —Vio que el rostro de Cord se endurecía y prosiguió con increíble valentía—. ¡Quiero toda una vida contigo y tú no estás dispuesto a ofrecérmela! ¿No lo entiendes, Cord? —le gritó—. ¡Te amo!

Durante un instante hubo un increíble silencio en la turbulenta atmósfera que ardía entre ellos. Y de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, la ira desapareció del rostro de Cord y otra expresión tomó su lugar. Una expresión que era una mezcla de alivio, risa y viril satisfacción.

—¡Me amas! —repitió, dándole otro suave sacudón que hizo que le castañetearan los dientes—. ¡Me amas! ¡Diablos, mujer, por qué no me lo dijiste!

—Por qué tenía que decírtelo —lo increpó Savannah, sin saber qué era lo que él sentía—. ¡Te hubieras aprovechado de eso para conseguir tu maldito fin de semana!

—Tienes razón —asintió Cord, riendo—. ¡Hubiera usado la primer arma que tuviera a mano! —agregó con vehemencia. Las verdes profundidades de sus ojos la envolvieron, bebiéndose la expresión tensa y beligerante de Savannah—. ¿No te das cuenta de por qué ese fin de semana significaba tanto para mí, tontita?

—¿Por qué? —preguntó Savannah, casi sin atreverse a respirar.

—Porque iba a utilizarlo para hacerte tan absolutamente mía que no pudieras decir que no cuando te dijera que nos casaríamos.

—¡Casarnos! —Ahora era Savannah la que no creía lo que oía—. ¿Cord, estás diciendo que desde el principio querías casarte conmigo? ¿Que me amas?

—Tanto que hubiera movido el cielo y la tierra para obtenerte, mi dulce Savannah —dijo Cord, abrazándola con fuerza.

A Savannah no le importó. Se sentía demasiado feliz como para preocuparse de detalles secundarios tales como respirar.

—Cord —suspiró feliz. Tenía los ojos húmedos, pero esta vez la causa era la felicidad—. ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué no me dejaste saber lo que sentías? Yo creí que lo único que tú deseabas era un fin de semana. La obsesión de cobrarte una estúpida apuesta para salvar tu orgullo.

—No me amabas al principio, Savannah —le recordó él con suavidad, acunándola contra él y protegiéndola de la fría brisa con su cuerpo cálido—. Seguías pensando en Painter y en lo que podría haber habido entre ustedes. Tenía que encontrar una forma para que me vieras y te dieras cuenta de que yo era el hombre indicado para ti. Tenía la idea de que si lograba meterte... —Se interrumpió de pronto y Savannah rió al oír su tono apesadumbrado.

—¿Sí, Cord? —insistió, echándose hacia atrás y mirándolo con afecto.

—Tenía la idea de que si lograba meterte en mi cama —dijo él con determinación, disfrutando al verla sonrojarse—, todo se aclararía. Decidí que un fin de semana de aprender cuánto te necesitaba y cuánto me necesitabas tú a mí sería suficiente.

—Pero insistías con que lo único que querías era un fin de semana —señaló Savannah.

—Al final del cual ibas a estar tan debilitada que no objetarías a la idea de casarte conmigo —replicó Cord—. ¡Debí haber sabido qué la docilidad no era una de tus mayores virtudes!

—No, pero descubrí que los juegos sí lo son —replicó ella con impertinencia—. Mientras tú perseguías tus objetivos, Cord, yo me ocupaba de los míos. Quería hacer que me vieras como algo más que una aventura de fin de semana. ¿Por qué crees que flirteé con Eric Daly?

—¿Para darme celos? —adivinó él, y las líneas de su boca se endurecieron. Savannah asintió, tan tranquila como antes.

—Y después vino la rosa y la nota de Jeff. Me las mandé a mí misma, Cord.

—¡Creo que después de todo voy a pegarte! —declaró él—. Estuviste al borde del desastre con esa broma —agregó—. Nunca más vuelvas a usar a otro hombre para manipularme ¿me oyes?

—Sí, Cord —asintió Savannah dócilmente, pero los ojos le brillaban.

—De todos modos, no había necesidad de recurrir a esa táctica —prosiguió él con tono burlón—. ¡Limitate a seguir amándome, Savannah, y estaré completamente a tus pies!

—Cord, acerca de Irene... —comenzó a decir Savannah con delicadeza.

—¿Qué pasa con ella? ¡Creí haberte explicado que no estoy interesado en Irene!

—Lo sé, pero estabas dispuesto a permitir que regresara con Jeff nada más que para salvarte de ella...

—Más ardidés de mi parte —confesó Cord con un suspiro—. Estaba comenzando a desesperarme y cuando ella llegó, me pareció que era la oportunidad ideal para meterte aun más en mi vida. ¡Se me ocurrió que si comenzabas a representar el papel de mi amante, terminarías acostumbrándote a esa posición! ¡Por cierto que no pensaba permitir que volvieras con Painter!

—Pero como de costumbre, te gané —le informó Savannah con una cálida sonrisa—. ¡Quería representar el papel de esposa, no el de amante!

—¡Me gustó tanto tu actuación que decidí averiguar qué tal sería convertirme en tu marido! —sonrió Cord—. ¡Cásate conmigo, Savannah! —le ordenó, tomándola entre sus brazos.

—Cuando quieras —suspiró ella.

—Tan pronto como podamos obtener un permiso.

—¿Por qué tanto apuro? —preguntó Savannah, pensando en el resto de sus vacaciones en Carmel.

—Es mi responsabilidad hacer lo posible para evitar que continúes con tu nueva línea de trabajo —le informó él, inclinándose para apoderarse de la boca de ella.

—¿Cuál línea de trabajo? —preguntó Savannah, justo antes de que la besara.

—El robo de autos.

—¿Crees que me puedes rehabilitar? —murmuró Savannah al cabo de unos

minutos, cuando él le liberó momentáneamente la boca.

—Dedicaré mi vida a esa tarea —rió Cord—. Al fin y al cabo, yo fui el que te inicié en esa vida de delito. ¡Lo menos que puedo hacer para proteger a la sociedad es vigilarte durante el resto de mi vida!

—No sabía que estabas tan interesado en proteger a la sociedad —sonrió Savannah con admiración—. Siempre te imagine como un hombre que vivía según sus propias reglas y dejaba que la sociedad cuidara de sí misma.

—Sí, pero en este caso, mis intereses están en juego. Tengo que encontrar la forma de proteger mis medios de transporte —suspiró Cord, rodeándole la cintura con el brazo y guiándola de nuevo hacia la calidez del hotel.

—Cord —dijo con vehemencia—, te aseguro que manejo bien. Yo no fui la que rayó tu auto esa noche...

—No hay problema —la tranquilizó Cord con magnanimidad—. Podrás compensar por ello en la noche de bodas —Inclinó la cabeza y besó a Savannah en la nariz—. ¿Me debes mucho ¿no es cierto, mi amor? Estoy dispuesto a pasar el resto de mi vida cobrándomelo.

Tres noches más tarde, Savannah se deslizó entre los brazos de su marido y se dispuso a entregarse al placer de bailar con Cord Harding. Cerró los ojos, apoyó la cabeza sobre el hombro de él y exhaló un suspiro satisfecho cuando comenzó la música.

—¿Estás contenta, señora Harding? —preguntó Cord con suavidad, apretándola contra él.

—Muy feliz, señor Harding. —Savannah sonrió—. ¿Y tú?

—Me hace gracia tu pregunta. —Savannah sintió la risa que brotaba de Cord—. Nunca estuve tan feliz en mi vida. ¡Y nunca —agregó con vehemencia— me sentí tan aliviado como esta tarde cuando por fin metimos al último pariente en el avión y los despachamos fuera de Carmel!

Savannah rió al recordar el episodio.

—Si alguna vez me pregunté cómo habías llegado a tener tanto éxito en los negocios—declaró—, ahora sé la respuesta. Durante los últimos tres días has demostrado ser un excelente organizador. Arreglaste la ceremonia en esa hermosa capilla junto al mar, conseguiste un pastor, te encargaste de los análisis de sangre... —Savannah se interrumpió por un instante para observar la alianza de oro que llevaba en el dedo.

—¡Lo que tú presenciaste fueron las acciones de un hombre desesperado! —le informó Cord con vehemencia, abrazándola con más fuerza—. ¡Recibir a la tía Ella justo después de despachar a la dulce Irene me dejó completamente estupefacto!

—Es una persona encantadora, Cord. Me agradó muchísimo —lo interrumpió Savannah impulsivamente.

—¡A mí también, menos cuando tomó las riendas y comenzó a organizar mi casamiento!

—Bueno, era tu única parienta y era lógico que quisiera estar aquí.

—Supongo que una vez que ella estuvo en escena fue inevitable que tuviéramos que ponernos en contacto con tus padres de inmediato —suspiró Cord—. No esperaba que aparecieran esa misma noche. Nunca me dijiste que vivían en San Francisco. ¡Santo Cielo, para ellos el viaje hasta aquí no fue más que un paseo!

—Se encariñaron mucho contigo y con la tía Ella —comentó Savannah, recordando lo complacido que había estado su padre con Cord.

—¡No dudo que nos llevaremos muy bien en el futuro, pero había planeado tenerte solo para mí luego de que me deshice de Irene y que comprendiste que te amaba! Por cierto que no me esperaba que todas las habitaciones del hotel se llenaran de parientes. ¡Creo que tengo bastante coraje, pero la idea de tener que enfrentarlos todas las noches era demasiado, hasta para mí!

—¡Estoy anonadada! —bromeó Savannah, al pensar en la obvia frustración de Cord en los últimos tres días—. ¿Dejaste que algo tan trivial como una banda de parientes obstaculizara tus deseos viriles?

—¡Qué trivial ni trivial! Tu padre es casi tan grandote como yo y parecía en muy buen estado físico a pesar de que es bastante mayor que yo. Además, tenía miedo de entrar en tu habitación y encontrarme con tu madre que había venido a charlar con su querida hija. Y por supuesto que la tía Ella tuvo que meterse en la cabeza la idea de conformar con todas las reglas de buenas costumbres. ¡Dejó bien en claro que sería mejor que me comportara bien si deseaba caerle en gracia a mis futuros parientes políticos!

—¡Pobre Cord! —rió Savannah.

—Eso es, búrlate de mí terció él—. ¡Por fin llegó mi noche de bodas y pienso disfrutarla intensamente!

Savannah se ruborizó al oír las palabras de él y ocultó el rostro en el hombro de Cord.

— ¡Cord! ¡Alguien te escuchará!

—¡La peor parte de estos tres días de abstinencia forzada fue que sabía exactamente lo que me estaba perdiendo!

Cord pasó por alto las protestas de Savannah, que temía que una pareja que bailaba cerca de ellos lo escuchara.

—¿No sientes compasión por mí? —imploró Cord—. ¿Por lo solo que me sentía en la cama, mirando el cielo raso y pensando en lo maravilloso que había sido tenerte en mi lecho? Nunca se me ocurrió que después de haberte tenido conmigo tendría que volver a pasar las noches solo.

—Probablemente sirvió para fortalecer tu carácter —replicó Savannah animadamente.

—¡Reconozco que sirvió para inspirarme! —acotó Cord—. ¿Por qué te crees que logré convencer al predicador para que nos incluyera en su agenda esta tarde? Él tenía planeado jugar al golf, sabes. ¿Tienes alguna idea de lo difícil que es privar a un hombre de su partida de golf? Estaba decidido a pasarnos para mañana y tuve que defender mi caso con uñas y dientes.

Savannah rió y decidió que probablemente había tomado demasiado champaña. Acurrucada entre los brazos de Cord, disfrutaba de la forma posesiva y tierna en que él la abrazaba.

—Mi héroe —murmuró con burlona admiración.

—Mmmm —dijo él, mordisqueándole la oreja—. Tu héroe acaba de pasar los tres días más difíciles de su vida. Creo que es hora de recompensarlo, ¿no?

—¿Ya estás cansado de bailar? —preguntó ella con tono inocente.

—Estoy cansado de enloquecerme poco a poco al tenerte en mis brazos, pero no poder hacerte el amor. Te he esperado mucho tiempo, mi dulce Savannah...

—¿Tres días enteros? —rió ella sintiendo que se le aceleraba el pulso ante el tono suave y seductor de Cord.

—Una vida entera —la corrigió él. Savannah sintió el cálido aliento de Cord sobre su cabello—. ¡Ven a ser mi esposa, Savannah Harding!

Ella echó la cabeza hacia atrás, experimentando de pronto una extraña aprensión. Durante un instante observó el rostro de Cord. Al ver el deseo contenido, la viril necesidad y la pasión, susurró con un hilo de voz:

—¡Cord, mi amor! ¿Estás bien, pero bien seguro?

Los ojos verdes centellearon con amor y ternura. Cord se detuvo en forma abrupta, en el medio de la pista de baile. Savannah notó que la música no había cesado y que la otra gente observaba a la pareja inmóvil. Ignorando las miradas divertidas, Cord tomó el rostro de Savannah entre sus grandes manos.

—Nunca en mi vida he estado tan seguro de algo, dulce Savannah. Eres mi verdadero amor y desde hoy en adelante no permitiré que te separes de mí. ¿Me crees?

Savannah miró el rostro duro de Cord y de pronto descubrió una inesperada vulnerabilidad en este hombre fuerte. Se sintió emocionada y con ganas de protegerlo. El amor que ardía dentro de ella se reflejó en sus ojos y Cord lo leyó.

—Te creo, Cord.

—Entonces ven a mí, mi hermosa esposa y deja que te demuestre mi amor en la forma en que un hombre como yo debe hacerlo.

Savannah no dijo nada, pero esbozó una trémula sonrisa, que fue en sí una respuesta. Cord la rodeó con un brazo y la guió fuera de la pista.

Esa tarde, el primer paso de Cord como marido de Savannah había sido de solicitar a la administración del hotel que pasara las cosas de Savannah a la habitación de él. Se había conformado con eso, pero aparentemente la administración no había hecho lo mismo. Además de pasar las maletas de Savannah había provisto una botella de champaña helado dentro de un balde plateado. Dos copas con un moño estaban a cada lado.

—¡Qué lindo! — Savannah sonrió cuando Cord abrió la puerta del cuarto y vio el obsequio del hotel.

Dio un paso hacia adelante para mirar la etiqueta de la botella, pero Cord le tomó la mano y la atrajo hacia él, mientras cerraba la puerta con llave.

—Lo beberemos más tarde —le informó Cord, y Savannah supo que no podría negarse al deseo de él.

Ni quería hacerlo. Se preguntó si alguna vez podría negarle algo a este hombre cuando la miraba con tanto amor y deseo. Con dedos temblorosos acarició la mejilla de él y asintió.

—Más tarde —repitió ella.

Cord le tomó la mano, la apretó contra su pecho y la besó antes de tomarla entre sus brazos.

—Te necesito mucho más de lo que necesito el champaña ahora —sonrió inclinándose para besarla en forma lánguida y sensual, que avivó la llama del deseo que Savannah sentía solo por este hombre.

—Te amo, Cord —susurró.

Sus ojos eran piscinas de oro líquido.

—¿Para siempre? —preguntó él con voz ronca.

—Para siempre.

Sin decir una palabra, Cord comenzó a bajarle el cierre del vestido y Savannah se sorprendió y se emocionó al sentir que las manos le temblaban. ¡No era la única que tenía las emociones a flor de piel esa noche!

—Ah, Savannah —suspiró Cord cuando el vestido cayó al piso—. ¡Eres tan perfecta para mí! Acaríciame, mi amor, desvísteme y déjame sentir tus manos sobre mi cuerpo. Te he deseado tanto...

A Savannah le costó un inmenso esfuerzo desprender los botones de la camisa de Cord. El pulso le latía con tanta fuerza que parecía haber perdido el control de sus dedos. Pero al cabo de unos instantes apartó la tela de los hombros de él, dejando el poderoso torso al descubierto. Luego de un momento sintió que su sostén caía al piso y que Cord le acariciaba los senos, sin dejar de mirarla a los ojos.

Savannah dejó escapar un gemido que reflejaba su deseo. Cord sonrió con satisfacción y Savannah supo exactamente lo que él estaba pensando.

—Sí —susurró él y su voz era una caricia—. Por fin eres mi mujer. Y yo soy tu hombre.

Se inclinó hacia adelante y le acarició los senos con la lengua. Savannah lo oyó gemir y luego él se enderezó y la levantó en sus brazos.

Savannah hundió suavemente las uñas en los músculos de la espalda de Cord mientras él atravesaba la habitación y la dejaba sobre la cama abierta. Luego de deshacerse del resto de su ropa, se recostó junto a ella.

—Te amo, te deseo y te necesito, mi dulce, dulce Savannah —susurró con voz ronca.

Con una mano le acarició el cuerpo, siguiendo los contornos de la cadera y los muslos. Cada fibra de Savannah vibraba bajo ese contacto. Sentía un inmenso deseo de confiar en ese hombre, complacerlo y amarlo. Un hombre que igualaba la pasión y la fuerza de ella. Un verdadero compañero. Como en un sueño, Savannah le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia ella.

—Mi amor —murmuró Cord dejando que el impacto de su considerable peso cargara sobre ella hasta que quedó atrapada debajo de él—. Dime que me perteneces, que nunca me dejarás —suplicó con voz ronca.

—Ya no habrá dudas en mi mente, querido —le aseguró Savannah—. Soy tuya y tú eres mío.

Aprisionando los tobillos de ella con sus pies para afirmarla más debajo de él, Cord trazó con su boca una huella de fuego hasta el pecho de Savannah. Ella comenzó a moverse casi sin darse cuenta, respondiendo al creciente deseo. Le acarició la espalda, bajando hasta la cintura y las caderas, gozando de sentirlo tan cerca.

—Eres tan fuerte, tan femenina y apasionada —susurró Cord.

Sus dedos hallaron el área protegida de los muslos de ella y comenzó a trazar un camino erótico y sensual que hizo que Savannah se estremeciera de deseo.

Las manos de ella parecían tener vida propia, buscando, explorando, acariciando. Sintió los suspiros de él que respondía intensamente a sus caricias.

—Me haces perder la cabeza, mi reina —la acusó él, volviéndose sobre la espalda y subiéndola sin esfuerzo encima de su pecho.

El cabello de Savannah cayó sobre los hombros de él y ella susurró algo cálido y sensual que lo excitó aun más de lo que ella creía posible.

Savannah aprovechó la nueva posición para explorarlo y descubrir qué era lo que más le gustaba, disfrutando de la sensación de fuerza y amor que experimentaba. Cord dejó que la ola de la pasión de ella fluyera sobre él, permitiendo que ella tomara la iniciativa hasta que Savannah experimentó tanta excitación y pasión que creyó que estallaría. Él le sonrió con los ojos brillantes de alegría, pasión y deseo.

—Una valquiria en mi cama —susurró Cord, rodeándole la cintura con las manos.

—Sí —asintió ella con una cálida sonrisa que expresaba el placer que sentía—. ¿Algún problema?

—Ninguno en absoluto —le aseguró Cord con una sonrisa que tenía algo de salvaje y primitivo—. ¡Todos los hombres deberían ser tan afortunados!

Incitada por la reacción de Cord, Savannah se dejó llevar por su pasión, asombrándose ante la intensidad de su deseo. Nunca se le había ocurrido que podría ser capaz de sentir tanta pasión. Su fuerza rodeó a Cord, atándolo como un antiguo hechizo. Este era su hombre y lo sujetaría con todas las cadenas que pudiera forjar.

Respirando entrecortadamente, Savannah se dispuso a iniciar la culminación de su pasión, llena de deseo de terminar su conquista de Cordell Harding.

En ese momento, cuando cambió de posición para tomar control de las fuerzas que había desencadenado, la habitación comenzó a dar vueltas ante sus ojos. Confundida, se dio cuenta de que Cord la había tomado de la cintura y que la hacía rodar de nuevo sobre la cama. Antes de que Savannah pudiera protestar por el cambio de posición, él estuvo sobre ella, un tierno y poderoso gigante que busca a su mujer.

—¡Cord! —exclamó ella, percibiendo que él había llegado al punto culmine de su deseo y que se disponía a satisfacerlo plenamente.

—Me apoderaré de toda tu fuerza —terció él apartándole las piernas y

dejándole ver su deseo en la forma más clara de todas.

—Y yo tomaré la tuya, —le aseguró Savannah, entrelazando los brazos alrededor del cuello de Cord.

—¡Sí! —asintió él y luego la conversación coherente se tornó imposible.

La habitación recibió los ecos de los suaves suspiros de Savannah y los viriles gemidos de Cord.

Un poderoso ritmo se estableció entre ellos, que permitió un fácil intercambio de amor, pasión y deseo. Incrementó su intensidad hasta que Savannah perdió conciencia de todo menos de Cord y del deseo de aferrarse a él con todas sus fuerzas.

Cord la estrechaba con tanta fuerza que ella no podía hacer ningún movimiento que no respondiera a las caricias y al deseo de él. Cord estaba entrenando el cuerpo de ella de tal forma que Savannah supo instintivamente que reaccionaría sólo a sus caricias, sus miradas y sus deseos. Él la estaba dominando, haciéndola suya para toda la vida.

Finalmente, en un último impulso de fuerza, Savannah sintió que estallaba y se disolvía en una brillante cascada de fuegos artificiales. Oyó el gemido de satisfacción de Cord y luego juntos se desmoronaron en un húmedo enredo de brazos y piernas.

Mucho más tarde, Savannah abrió los ojos y vio que la lánguida mirada verde de Cord le recorría el cuerpo. Cuando él se dio cuenta de que ella lo miraba, le sonrió.

—Hola, señora de Harding —susurró enredando los dedos en el cabello de ella—. ¿Te dije lo feliz que me hace que me ames?

—¿No tienes dudas al respecto?—Savannah rió y le acarició el pecho con gesto tierno y suave.

—Ninguna en absoluto —le informó él—. ¿Tú tienes alguna duda acerca de mí?

—No —susurró Savannah con sinceridad.

—¡Que bien funciona la comunicación por medio del lenguaje del cuerpo!

Cord sonrió con ternura y luego se puso serio.

—¡Dios mío! ¡No sé como pude vivir hasta ahora sin ti!

Savannah emitió una suave risita.

—Yo tampoco sabía lo que me estaba perdiendo hasta que te conocí —admitió.

Cord se apoyó sobre la almohada, estrechándola contra él. Juntos descansaron en silencio por un momento, recobrando las energías y disfrutando de la tranquilidad luego de la pasión.

—Este puede ser un buen momento para abrir ese champaña —comentó Cord por fin—. ¿Puedo tentarte con un poco de champaña en la cama, mi amor?

—Suena algo audaz —murmuró Savannah con expresión risueña.

—¿Te parece? —preguntó él volviendo la cabeza para observar la botella que estaba sobre el tocador—. Quizá tengas razón, pero ¿cómo podemos saberlo si no lo probamos?

—Es un buen argumento —asintió Savannah, bostezando y corriéndose un poco para que él pudiera sentarse—. Supongo que sólo descubriremos la verdad luego de probar.

—Quizá caigamos en una irredimible corrupción —comentó Cord.

Se puso de pie y cruzó la habitación sin ocultar su desnudez. Desapareció por un instante dentro del baño y Savannah oyó correr el agua. Al cabo de unos minutos Cord reapareció, con una toalla entre las manos.

Savannah observó divertida como él destapaba la botella con pericia, usando la toalla para controlar la espuma.

—Por mi esposa —susurró Cord, llevando las copas llenas hasta la cama y sentándose con cuidado.

—Por mi marido —replicó Savannah.

Aceptó la copa y bebió un sorbo.

—Y por la apuesta que hizo posible todo esto —agregó Cord, bebiendo otro poco.

—No sé si debería brindar por eso —bromeó Savannah—. ¡Al fin y al cabo, hiciste trampa y luego tuviste el descaro de hacerte el ofendido cuando te acusé! —agregó, riendo.

—Mi vida —sonrió Cord en una cálida e íntima amenaza—, hubiera hecho cualquier cosa por conseguirte. ¿Qué importancia tiene el honor de un hombre cuando se juega algo tan importante como la mujer de su vida?

Terminó el contenido del vaso y lo dejó sobre la mesita junto a la cama.

—En el futuro, recuerda que me rebajaré a cualquier cosa con tal de aferrarme a ti.

—¿Amenazas? —bromeó Savannah echándole una mirada provocativa.

—¿Pero cómo se te ocurrió algo así? —preguntó Cord arqueando una ceja.

Extendió el brazo y le quitó la copa de las manos.

—Por la forma en que me miraste esta tarde cuando me pusiste el anillo en el dedo —confesó Savannah.

Cord le levantó la mano y besó la alianza de oro.

—¿Se notó? —preguntó con pesar.

—¿El hecho de que tenías la expresión de alguien que acaba de cobrarse la primera cuota de una deuda de juego? Sí, me temo que se notó. ¡Y no te hagas el arrepentido! ¡Te conozco demasiado bien como para dejarme engañar por esa expresión! —rió Savannah.

—Lo que nos lleva al tema de ese fin de semana que todavía me debes —dijo Cord.

—¿Qué fin de semana? Ya has pasado dos noches conmigo. ¿Acaso eso no anula la apuesta? —protestó Savannah con una sonrisa, retrocediendo por entre las sábanas al ver la mirada en los ojos verdes de Cord.

—La apuesta fue por un fin de semana —le recordó él—. No dos noches cualesquiera. Además, está ese asuntito del auto. Pensaba cobrarme eso esta noche...

Con un rápido movimiento tomó a Savannah del tobillo y la obligó a recostarse sobre la cama. Acto seguido, se dejó caer suavemente sobre ella, apresándola entre él y la cama, mientras ella se retorció y reía.

—No vale —chilló Savannah cuando él le apresó las muñecas y la inmovilizó con las

piernas—. No puedes usar la excusa de esas deudas ficticias cada vez que tengas ganas de hacer el amor.

—¿Estás segura? —preguntó Cord.

Sus dedos habían comenzado a recorrer las partes más íntimas del cuerpo de Savannah.

—¡Sí! —exclamó ella, estremeciéndose bajo las caricias de Cord.

—¿Quieres apostar? —preguntó él y luego su boca se apoderó de la de Savannah, alejando de la mente de ella todas las ideas acerca de no querer saldar sus deudas de juego.

Jayne Castle - Locura de fin de semana (Harlequín by Mariquiña)